


Asociación de Periodistas  Europeos



ESPAÑOLEANDO CHUMY CHÚMEZ EN EL DIARIO MADRID

Españoleando es una recopilación de las mejores viñetas dibujadas por Chumy Chúmez entre 1967 y 1971 para la página tres del Diario *Madrid*.

Para muchos expertos la época del *Madrid* es la más importante en la carrera del dibujante donostiarra, tanto por la calidad de su dibujo como por el contenido de sus viñetas. Durante esos años Chumy Chúmez ejerció de «editorialista involuntario» del periódico y, a través del humor y de la ironía, defendió incansablemente la igualdad y la libertad.

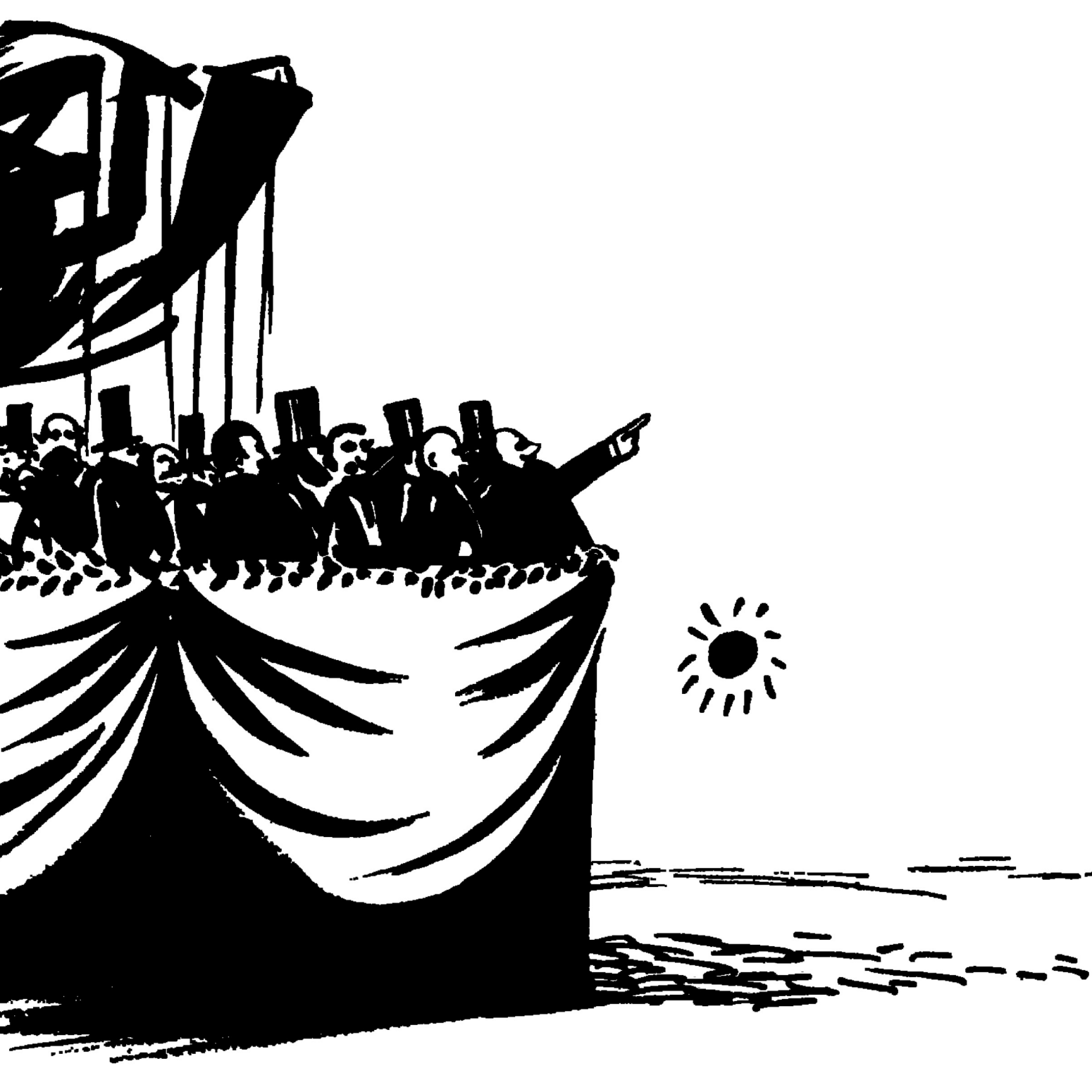
Este catálogo, que ha sido editado por la Asociación de Periodistas Europeos con la colaboración de la Fundación Diario Madrid y bajo los auspicios de Caja Duero, recoge las 250 viñetas de la exposición que bajo el mismo título recorrerá distintos lugares de la geografía española. El volumen cuenta además con textos de Jesús Pardo, Miguel Ángel Gozalo, Felipe Hernández Cava, Antonio Fontán, Julio Feroso y Miguel Ángel Aguilar. .

José María González Castrillo, Chumy Chúmez, nació en San Sebastián en 1927. Además de estudiar dibujo y pintura se formó como profesor mercantil. Trabajó en los semanarios *La Codorniz* y *Triunfo* y en el diario *Madrid*, donde colaboró de manera habitual hasta que fue cerrado por orden gubernativa en 1971. En los años de transición fundó el semanario de humor *Hermano Lobo*.

Rodó documentales, redactó guiones cinematográficos y dirigió películas, entre otras *Dios bendiga cada rincón de esta casa* y *¿Pero no vas a cambiar nunca Margarita?*, producidas por Manuel Summers. Trabajó como tertuliano en radio y televisión y escribió, entre otras obras, *Yo fui feliz en la guerra*, *Por fin un hombre honrado* o *Pase usted sin llamar*. En 1991 recibió el Premio de Periodismo Francisco Cerecedo. Murió en 2003.



YA LO
VE VD:
AQUÍ,
ESPAÑO LEANDO



ÍNDICE

TEXTOS

- 8 **Hablamos de Chumy Chúmez, por *Julio Feroso***
- 10 **Caricatura, inteligencia, ironía, por *Antonio Fontán***
- 12 **¡Arre!, por *Miguel Ángel Aguilar***
- 14 **Radiografía de un extraterrestre, por *Jesús Pardo***
- 17 **El artista intelectual, por *Miguel Ángel Gozalo***
- 21 **La vida es inocente, por *Felipe Hernández Cava***

CATÁLOGO DE VIÑETAS

- 29 **Pobres a la vista**
- 45 **Ricos con chistera**
- 69 **Ver, oír y callar**
- 95 **Adanes y Evas**
- 119 **Typical Spanish**
- 141 **De nuestra cosecha**
- 161 **De padres a hijos**
- 187 **Desde el estrado**
- 213 **Al extranjero**
- 225 **El peso de la (in) cultura**
- 243 **Guerra y paz**
- 265 **Sobre ruedas**
- 281 **Asuntos del más allá**

10 de octubre de 1969. Una viñeta en blanco en cuyo margen superior aparece dibujado un pequeño sol. De la esquina inferior izquierda surge una silueta que podría identificarse con la del dibujante que se pregunta «¿a que alguien se da por aludido?»

Hablamos de los finales de los años sesenta y principios de los setenta. Hablamos de la dictadura. Hablamos de un periódico, el *Madrid*, que trataba de sobrevivir a las constantes sanciones con que el régimen premiaba su falta de adhesión. Hablamos de un joven dibujante donostiarra que conseguía esquivar a diario la censura para mostrarnos en clave de humor su visión de nuestro país y nuestras gentes. Y lo hacía abordando temas tan fácilmente censurables como la propia censura. Hablamos de Chumy Chúmez.

Cuarenta años después de que José María González Castrillo (Chumy Chúmez) iniciara su andadura en este periódico vespertino, y pasados cinco desde que nos abandonara, la Asociación de Periodistas Europeos, con la colaboración de la Fundación Diario Madrid, ha sacado a la luz una selección de sus mejores viñetas publicadas en la página tres del citado diario entre 1967 y 1971.

A través de estos dibujos se entiende, por ejemplo, la relación entre el periodista (en este caso dibujante) y el lector. Basta con ver cómo un individuo se enfrenta a la lectura de un periódico preguntándose «Vamos a ver qué tengo que imaginarme hoy».

La selección de las viñetas realizada por los organizadores consigue representar de manera fiel las inquietudes de aquella sociedad: la desigualdad entre ricos muy ricos y pobres muy pobres, las relaciones casi comerciales de pareja, la idiosincrasia de lo español elevada a parodia, la incredulidad de los ciudadanos de a pie ante la oratoria de sus políticos, la modernidad como motivo del distanciamiento generacional y, como corresponde a un hipocondriaco confeso, los asuntos del más allá.

Sorprende descubrir que a pesar de la crudeza de los temas representados, en la mayoría de las viñetas se esconde a modo de firma ese pequeño pero esperanzador sol que, de algún modo, ofrece un atisbo de luz al final del túnel.

En Caja Duero hemos querido sumarnos a esta exposición que aporta un excelente ejemplo de cómo mantener el sentido del humor en épocas de dificultades, de tinieblas y de silencios. Que sigamos hablando de Chumy Chúmez.

JULIO FERMOSO
Presidente de Caja Duero

Los estudiosos de la historia de la caricatura en España suelen proclamar que el gran maestro de este género artístico fue nada menos que Goya. Sus estampas tenían a veces un sentido irónico y aun satírico. Pero en no pocos casos —o series— revestían una intención política e incluso historiográfica: para reír, para alabar, para herir.

Estas aparentemente modestas obras de arte —más propias del dibujo que de la pintura— alcanzaron un gran desarrollo con su aparición a lo largo del pasado siglo como colaboración habitual e indispensable en la prensa diaria. Sus buenos creadores han llegado a disfrutar de un general reconocimiento. Pueden ser severos jueces de conductas y costumbres. Pero cuando son de verdad buenos artistas y tienen corazón, gozan de popularidad y simpatía. Eso fue lo que ocurrió con Chumy Chúmez y sus «caricaturas» del *Madrid*.

A él le gustaba decir que lo que él hacía eran eso: «caricaturas». Quizá pensaba que era una manera modesta de nombrar a los diarios y aplaudidos trabajos periodísticos. Porque en realidad esos trabajos de Chumy eran pequeñas y verdaderas obras de arte y modestas o brillantes lecciones de sociología. Digo periodísticos en el sentido técnico y profesional de la palabra.

Chumy dibujaba sus «monos» todas las jornadas con el lápiz, los ojos y la mente en torno a la realidad de la vida nacional. Era un informador, un analista y un crítico, pero siempre —y ese

fue uno de los más apreciables rasgos de humanidad de su obra— con respeto por las personas cuando juzgaba severamente situaciones o hábitos sociales.

Era un inteligente y agudo observador de la sociedad de su tiempo y además un buen escritor. Las cortas frases que acompañaban o ilustraban sus dibujos eran en ocasiones muestras de ese difícil ejercicio literario que consiste en expresar en pocas palabras un pensamiento o una opinión que con ellas se dice. Realmente, casi siempre dibujo y texto constituían una unidad. Parecían una ocurrencia, pero solían envolver una idea y respondían a una filosofía. Años después, sin él delante, siempre tan irónico consigo mismo y con las muestras de su oficio, se aprecian mejor su significación y sus valores. La muestra que hoy ofrecemos, en colaboración con la Asociación de Periodistas Europeos y con el patrocinio de Caja Duero, es una prueba evidente del interés que la obra de nuestro recordado José María González Castrillo (Chumy Chúmez) conserva en la historia del dibujo y de la prensa española años después de que perdiéramos a su autor.

ANTONIO FONTÁN

Presidente de la Fundación Diario Madrid

Parece que se conservan muy pocos originales de las viñetas que Chumy Chúmez publicó en la página tres del diario *Madrid* entre 1967 y el 25 de noviembre de 1971, cuando se recibió la orden de cierre del Gobierno de Franco que cancelaba su inscripción preceptiva en el registro de publicaciones de aquella Ley de Prensa. En una de las que me regaló aparece el dibujo de un plutócrata con chistera a horcajadas sobre un obrero mientras el fumeti proclama «En nombre de la ley de tantos de tantos de mil novecientos tantos, ¡arre!»

Otra lleva como leyenda lo de «Queda terminantemente prohibido todo lo que no es obligatorio». Chumy publicó antes y después en muchas revistas, pero donde se hizo periodista fue con sus colaboraciones diarias en el *Madrid* de aquellos años que vivimos peligrosamente. A él también le rinde homenaje la placa descubierta en el chaflán que forman las calles de Maldonado y Pardiñas en el barrio de Salamanca, donde estuvo el escorialito que fue sede del periódico, porque Chumy formó parte de los que trabajaron en aquella redacción defendiendo las libertades.

Escribe Rafael Sánchez Ferlosio en su libro *Y vendrán más años malos y nos harán más ciegos* que «cuando el humor se constituye en género es que ha resuelto apartarse respetuosamente de las cosas serias, a fin de que éstas puedan ejercer sin embarazo su petulante tiranía y que así, la pretendida rebeldía del humorismo contra las cosas serias resulta un pacto secreto de complicidad».

Puede que el humor de las viñetas de Chumy Chúmez no se constituyera en género pero desde luego no se apartó sino que se mofó de las cosas serias, ni dejó de perturbar su petulante tiranía. Nunca firmó pacto alguno de complicidad. Chumy era un ser libre que fabricaba los espacios para que fueran libres sus viñetas de cada día.

Ahora, casi 37 años después de aquel cierre definitivo del periódico, dictado con afán de ejemplarizar y disuadir a los colegas, viene esta exposición de Chumy Chúmez hace tiempo prometida. Le ha precedido hace un año una antología preparada también en la Asociación de Periodistas Europeos donde se conserva la colección del *Madrid*. Juan Oñate y sus colaboradores nos ponen ante un maestro, ante un clásico con perfiles de perennidad. Pasen y comprueben su rabiosa vigencia.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR
Secretario General de la Asociación de Periodista Europeos

En el contexto y a ojos de cualquier español consciente y pensante y sintiente de las épocas prepostfranquista y postprepostfranquista, que es cuando yo le conocí, Chúmy Chúmez era, a todas luces, un extraterrestre.

Chúmy desdeñaba profundamente cualquier exceso y no tenía en cuenta nada que no pudiese tocarse con los dedos, ya fuesen éstos mentales o físicos. Él no entendía de rojos o de blancos, de libertarios o de totalitaristas, y su único lema político válido era: libertad pura y simple, regida por el más común de los sentidos.

No era religioso ni escéptico, ni despreciaba o admiraba a los fanáticos, lo fueran de lo que fuese. Siendo estrictamente a-religioso, ni los entendía ni se molestaba en entenderles: no concebía creer en nada invisible o intáctil, aunque sentía inteligente interés por el misticismo puro, y decía que era una forma de inteligencia que él no entendía, pero cuya evidente existencia respetaba.

Ajeno a derechismos o izquierdismos, él era, simplemente, a-político. Ni romántico ni naturalista, sino amigo de lo que Stendhal llamaba «ver en lo que es», y viéndolo como realmente es, o sea: humano; Chúmy era, cambiando un verso que, me parece recordar, es de Vicente Gaos, una especie de «ángel fieramente humano».

Profundamente fiel a sus amigos, pero muy perspicaz en la elección de estos, y tan tierno con los débiles cuanto fuerte, o irónico, según los casos, con los fuertes. En toda mi larga y honda amistad con él, nunca le cogí en una mentira o en un renuncio, en una ficción o en una trampa o zancadilla. Su franqueza era total, su candor muy resabido, y su falta de prejuicios y respetos humanos omniabarcante.

Era eminentemente práctico y pragmático, y esto le permitía considerar a la mayor parte de la gente que estaba entonces en candelero como simples farsantes conscientes, inconscientes o incluso subconscientes de serlo. «Nadie tiene la culpa de ser tonto», me dijo un día. «Por tanto no me cabe tener pena o admiración a los tontos; ni puedo rezar por ellos, porque no sé a quién. Lo único que puedo hacer es tomar nota de su existencia, y cuidarme de ellos.»

Chúmy era tan atento y servicial como realista. A cualquier exabrupto, viniera de quien viniese, respondía erizándose y replicando con cortante ironía, de la que yo mismo fui blanco en más de una ocasión; tenía la sensibilidad autodefensiva del felino. Al mismo tiempo, era muy cuidadoso y solícito con quienes le merecían cualquier medida de cariño o con quienes estaban en simple correspondencia: a mi vuelta de Londres, y viéndome poco menos que desamparado en el ambiente literario madrileño de entonces, me dio colaboraciones en su revista de humor *Hermano*

Lobo, para la que disponía de colaboradores mucho más seguros que yo: «Lo hice porque quería ayudarte», me confesó cuando ya esa confesión no podía herirme. En una ocasión me explicó con detalle la razón por la que él evitaba a las mujeres difíciles: «Es que cuestan muy caras.» Y procedió a detallarme, uno a uno, y céntimo a céntimo, los gastos mínimos imprescindibles para llegar a la primera sesión de catre con ellas.

Chúmy Chúmez fue un gran hombre, quizás precisamente porque de humano él lo tenía todo menos el exceso, la retórica, la falsedad, el disimulo. Era soberbio, no arrogante; inteligente, no ladino; ambicioso, no codicioso. Y nada modesto, pues él, como Manuel Azaña, «tenía del demonio la soberbia». Al mismo tiempo cauto observador del ambiente y ágil en sus reacciones ante cualquier atisbo de peligro, era muy difícil echarle una zancadilla. Al «humano, demasiado humano», de Nietzsche, él habría corregido: «No, simplemente humano.»

Almorzábamos de manera habitual en el restaurante Picardías de la calle de la Cruz, junto a la Puerta del Sol. Aquella última sobremesa transcurría sin que Chumy dejara traslucir en lo más mínimo que estaba al corriente de vivir sus días finales. Le ofrecí que fijara la fecha de la próxima vez. Chumy fijó el almuerzo —tal día, a tal hora— sabiendo que me daría plantón porque tenía cita previa con la vieja dama.

Coronaba así, humanamente, una vida insólitamente humana.

Sólo con echar un vistazo a la selección de viñetas de esta antología se comprende en seguida como era Chumy Chúmez, en la vida administrativa José María González Castrillo, donostiarra de ascendencia abulense, que adoptó ese nombre cuando hizo las milicias universitarias y sus compañeros vascos castellanizaban irónicamente sus apellidos con la terminación «ez». A Chumy le interesaba todo, y sabía de todo. Era polifacético. Pintaba, escribía artículos y novelas, hizo películas, fue un excepcional dibujante, leía a los clásicos y a los psicoanalistas, compraba todos los periódicos, era un gran *gourmet*, viajaba constantemente, llegó a estudiar sueco por culpa de una novia, había aprendido a bailar flamenco y claqué, y hasta a boxear, y se desenvolvía muy bien como ebanista, el oficio de su padre.

Habiendo tratado a Chumy, entiendo perfectamente aquella prevención de F. Scott Fitzgerald sobre el artista que no se conforma con el don recibido del arte, sino que, además, piensa por su cuenta y lo proclama: «Hay que cuidarse del artista intelectual, el artista que no encaja.» Chumy militaba brillantemente en los dos campos, el de observar la naturaleza y copiarla, y el de contribuir a cambiar la vida, para mejorarla.

Esta antología se centra en sus años del diario *Madrid*, donde, en su página tres, se convirtió en un referente obligado de la vida política y social de España. Chumy venía de *La Codorniz* (donde había comenzado con un chiste clásico, el de un buzo con una sirena sentada sobre sus

rodillas) y de la admiración por Mihura y Tono, y del periódico *Madrid*, fundado por Juan Pujol, que fue finalmente cerrado por el régimen anterior, cuando lo dirigía Antonio Fontán, venía de un pasado conservador y de la censura anterior a la Ley de Prensa de 1966. El humor crítico de «la revista más audaz para el lector más inteligente» se dio la mano con la aventura aperturista y liberal del nuevo diario *Madrid* gracias a la persona esquiva, aparentemente fría y despegada, de Chumy Chúmez.

El *Madrid* fue un periódico al que se acercaron gentes muy diversas, como los pájaros van al árbol que aparece en el paisaje. Cuantos allí nos juntamos creíamos que valía la pena aprovechar las nuevas circunstancias de apertura informativa y Chumy se sumó al empeño con entusiasmo. Su rico retablo de campesinos, gordos con chistera, señoritos a caballo, obreros, tecnócratas, soldados norteamericanos con Vietnam al fondo, jóvenes airados, trabajadores con pancarta, automovilistas varados y la Muerte, asomándose con su paciencia y su guadaña, se convirtieron en el editorial más breve y directo de aquella página tres, que acabaría silenciada con el cierre total del periódico a finales de 1971.

Después, Chumy continuó en *Triunfo* y fundó *Hermano Lobo*, e hizo otras muchas cosas, y salió en la televisión y publicó en casi todas partes, y se casó con una china norteamericana y

tuvo un hijo, y cambió Málaga por Soria. Pero la huella del diario *Madrid* fue profunda. Tanta, que en una de las últimas visitas que le hice al hospital, en abril de 2003, cuando ya nos estaba diciendo adiós a ojos vistas, al pedirnos un periódico y llevarle uno cualquiera, comentó: «Pero, ¿qué periódico es este? Traedme el *Madrid*.»

En el *Madrid* final, tarde a tarde, Chumy acompasó sus trazos de tinta china a lo que estaba pasando en el mundo y en España. Chumy, que se envolvía en ironía y aparente escepticismo, era un creyente fervoroso en muchas cosas. Creía en el hombre, en la condición humana, en la posibilidad de redención, en la capacidad de las personas para el entendimiento y en la legítima búsqueda de la felicidad. Y denunciaba las injusticias, los abusos, la pobreza, la insolente distancia que separa a indefensos de poderosos, las amenazas crecientes a la libertad (el *Madrid* sufrió diversos expedientes y, tras un cierre de cuatro meses, la cancelación definitiva), la hipocresía y tantas cosas que eran tan evidentes, y todavía lo son, en la vida española.

Porque sus dibujos estaban pegados a la actualidad, pero, como los aviones después de deslizarse por la pista, subían de pronto a un cielo despejado y pasaban de la anécdota a la categoría. El chiste de Chumy se comentaba, se recortaba, se vigilaba. Bajo esas chisteras anacrónicas estaba una clase dirigente que no se resignaba a perder influencia y bajo la piedra que

agobiaba al sufrido productor, como llamaba la propaganda oficial a los obreros, se adivinaba la posibilidad de que, cuando se juntaran las voces en un sindicato, el granito podría transformarse en munición para ser lanzada contra el caballo del señorito.

Pero todo ello sin grandilocuencia, con ironía, con ese escalofrío de melancolía que es el humor. Sabiendo que no es fácil cambiar las cosas en España. Porque, como decía un colegial a otro en una de sus viñetas: «Si no fuese porque piden fechas, la historia de España sería facilísima, porque es siempre lo mismo.»

Recuerdo uno de sus dibujos, publicado algún día de aquel sombrío noviembre de 1971 en que se barruntaba el cierre del periódico. Un funámbulo avanza con el balancín sobre el vacío y dice: «Dios mío, que siga no faltándome la cuerda.» Chumy no le temía a la cuerda ni a la necesidad de hacer equilibrios. Era un artista que no encajaba.

Chumy Chúmez era, de entre todos los escépticos que he conocido, el que más sólidamente argumentada tenía su desconfianza hacia las verdades irrefutables y el modo en que las mismas nos aherrojan. Por dudar, dudaba hasta del mismísimo nihilismo, en su afán de ser lúcido y exigente consigo mismo hasta el límite, como aquel Novalis capaz de señalar lo que tildamos de verdadero como un error total que no genera más que sumisión y fácil acomodo. En consecuencia, se negó siempre a acatar cualquier valor que viniese avalado por una supuesta primacía, ya fuera en el orden artístico o en el del pensamiento, que él interpretaba como una coacción para su sentido provocativo y siempre polémico de la auténtica libertad.

Mientras algunos amigos se preguntaban a menudo cómo era posible que yo, dado a enredarme con la ética y sus variaciones, le fuera tan fiel y próximo, a mí no me cabía la menor duda de estar ante uno de los más declarados y perspicaces enemigos de los asentimientos colectivos que desplazan al individuo del centro de las cosas y le empujan a un vacío compartido al que él se asomaba con una risa «destrozapadres» que reclamaba la mayor legitimidad de la vida frente al pensamiento.

Por otro lado, Chumy no era uno de esos oportunistas calculadores, amigos de alcanzar la notoriedad, por fugaz que fuera, merced a la impostada audacia de lucir la máscara del provo-

gador, sino alguien que se entregaba a lo más íntimo y escondido de su yo para afirmarlo contra cualquier atisbo de objetividad idealizada como cierta (lo que le podía empujar, cuando le convocaban para un debate televisivo o radiofónico, a participar indistintamente entre los que estaban a favor o en contra de lo que allí hubiera de dirimirse).

Lector empedernido de Freud, al que se acercó para comprender algo mejor el complejo de Edipo del que jamás dejó de hacer gala y otros traumas infantiles sin resolver, y al que consideraba uno de los mejores escritores del siglo XX, reprochaba al intelectual moravo el haberse detenido en el umbral de algunas de sus percepciones de la coercitiva moral burguesa por miedo a recibir una mayor sanción social que la que ya tuvo.

Chumy, en cambio, apostó por desentenderse de cualquier atadura, de cualquier juicio externo y, del mismo modo que en esa brillante etapa del diario *Madrid*, se fue desasiendo del magisterio de Steinberg, que pesaba sobre todos los renovadores gráficos de su generación, soltó amarras, pese a la existencia de la censura, con la bonhomía del chiste español para practicar un humor acorde con su salvaje júbilo de total autonomía.

Fue en ese periódico de trágico final donde empezó a ser realmente grande y arrebatado mientras conformaba y confirmaba el tono de una línea exultante, hecha de mucha vida propia,

en la que los sentidos se vaciaban sobre el papel para atacar el lado más intemporal de una sociedad triunfante, llamada a perpetuarse en esos trazos esenciales más allá de la muerte del dictador, y a la que caricaturizaba hasta el estereotipo para hacer sus contradicciones plenamente visibles: ricos de los de siempre, pobres de universal solemnidad, súbditos —que no ciudadanos— con la piedra de Sísifo sobre las espaldas...

Como sus queridos Stan Laurel y Oliver Hardy, él se valía de una alegría sin contaminar por la bilis para otear las ruinas de un sistema enfermo, e incluso muerto en alguno de sus ámbitos, en el que el Estado cumplía el papel de controlador de todas las desigualdades y, lo que para Chumy era peor, de productor de sujetos tan homogéneos como fragmentados. Esta guerra, que siempre fue personal, sin banderas ni carnés, le llevaría, empero, a ser malinterpretado como izquierdista o derechista en función de la orientación política de cada uno de los gobiernos bajo los que le tocó vivir. Pero su crítica, sin embargo, jamás varió un ápice. E incluso cuando fue «políticamente incorrecto» —con las mujeres y otras razas, fundamentalmente— seguía irguiéndose sobre la idea de que teníamos que emanciparnos de muchos de los miedos de la razón y establecer algunos pactos con los demonios sancionados por la misma.

Con esa premisa, se pasó los años experimentando y, por qué no, jugando —era de los que tenían, como su amigo Manolo Summers, al juego como un supuesto indispensable para la plenitud humana— con todo lo que estuviera sometido a ese exceso de luz que posee lo incontrovertible... Con todo menos con la Muerte, con la honra de la cual fue uno de los pocos humoristas que estableció un fecundo pacto: el de arrebatarla a las sombras a las que suele estar confinada para dejarla defenderse como una desconocida capaz de suscitar nos tanto espanto como jocosidad.

No es que no temiera a sus espasmos, hipocondríaco impenitente como fue, dado a hacerse análisis duplicados para confrontarlos, pero en Ella hallaba una petulancia y un orgullo que no dejaban de resultarle familiares y que constituían la mejor contrapartida del orden y, también, del concepto de culpa.

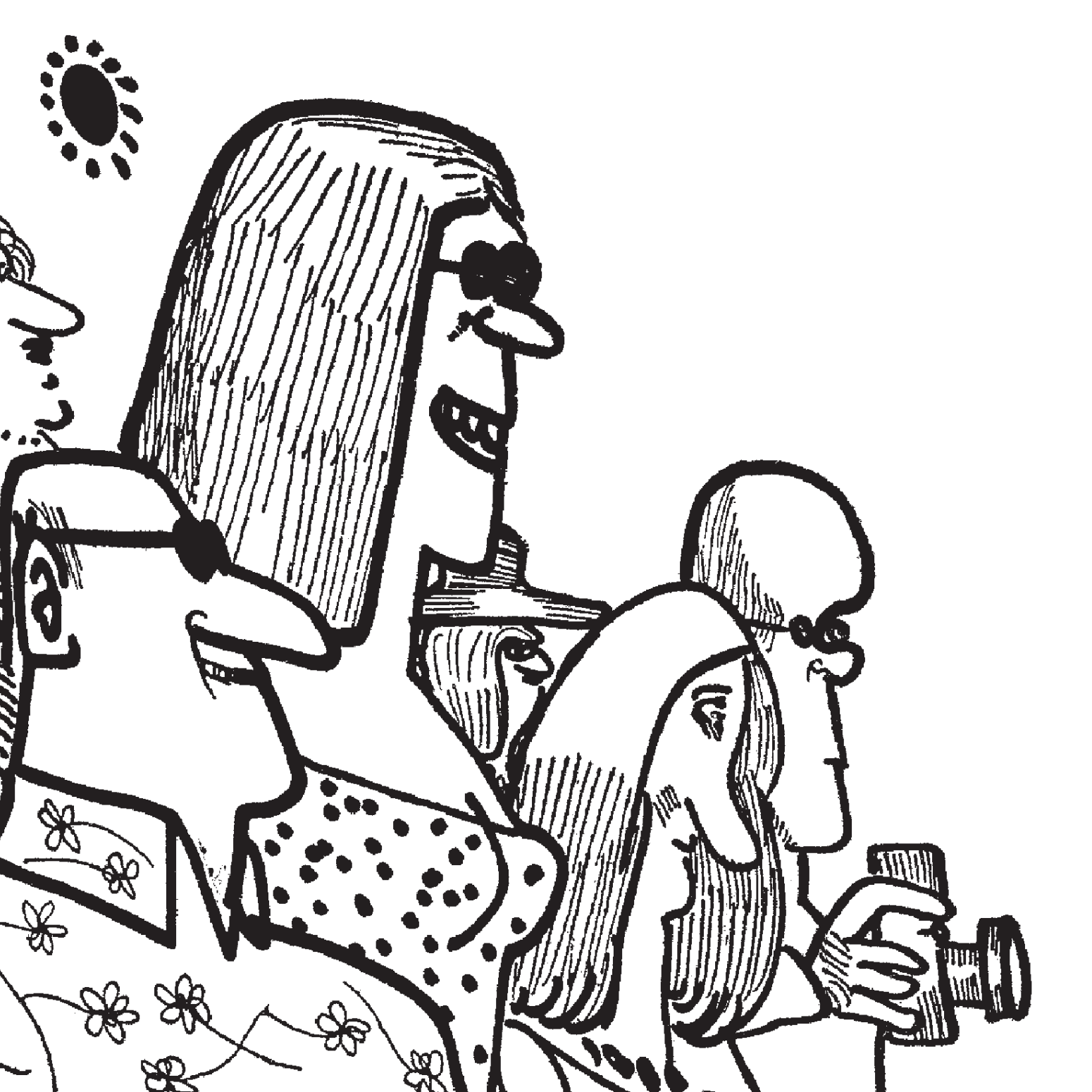
Ya he dicho en múltiples ocasiones que Chumy fue uno de los más grandes humoristas de todos los tiempos y que inauguró toda una época de fidelidad a lo terrenal frente a los discursos que propugnaban paraísos impersonales, sin diversidades ni contrastes. Y así, cuando me enseñaba uno de sus gozosos apuntes del natural, que luego acarreaba hasta los chistes para reanimarlos, para sacarlos de lo rutinario, mientras yo enjuiciaba sus errores estéticos, él siempre

acababa sentenciando: «Puede que tengas razón, pero el disfrute que tuve con la mujer que posó como modelo está por encima de esos razonamientos.»

Tuvo, por tanto, que batirse con una gramática engañosa y endogámica del dibujo humorístico, en la que todo estaba demasiado jerarquizado, para hablar con grandeza de lo que nos ocupa y nos distrae mientras, lejos de cualquier atisbo sublime, esperamos que la Parca venga a susurrarnos su mejor chiste al oído, el único que hará temblar de risa nuestras esperanzas.

Sin más aspavientos que los del pincel, y sin necesidad de encontrar acólitos a los que vencer, Chumy golpeaba las buenas conciencias, que a menudo veíamos en el otro, no en nosotros mismos, y dejaba fluir todo lo reprimido por los escrúpulos para que nada ni nadie pudiesen ampararse en la palinodia de las excusas.

Y cuando ahora miro sus trabajos para el diario *Madrid* hallo el reflejo de una sociedad en la que se ejercía a destajo la violencia, como siempre, y, frente a ella, sin más sometimiento que a lo que es consustancialmente humano, un hombre, un humorista, un portentoso dibujante, que sólo reconocía su superioridad a esa Señora Abstracta, todo huesos y guadaña en ristre, que es la única en condiciones de ofrecer a todos y para todos un régimen igualitario.

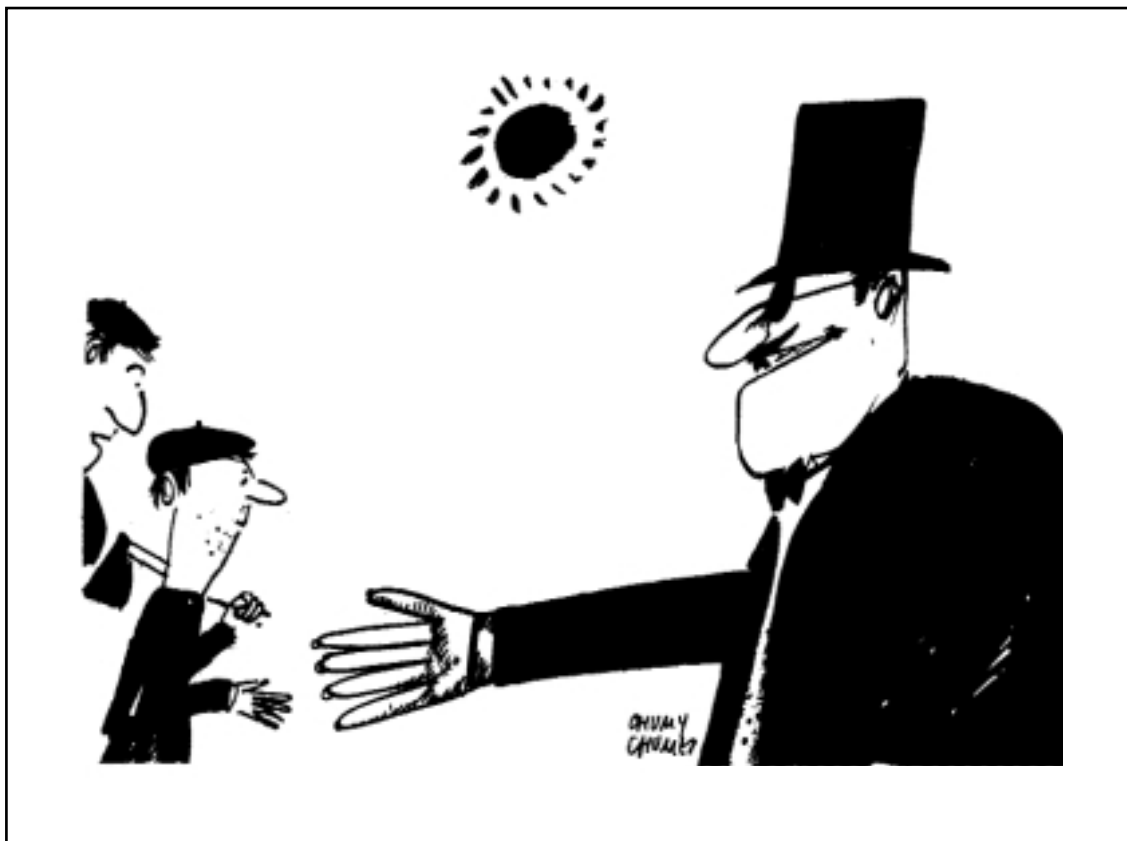


CATÁLOGO DE VIÑETAS

POBRES A LA VISTA

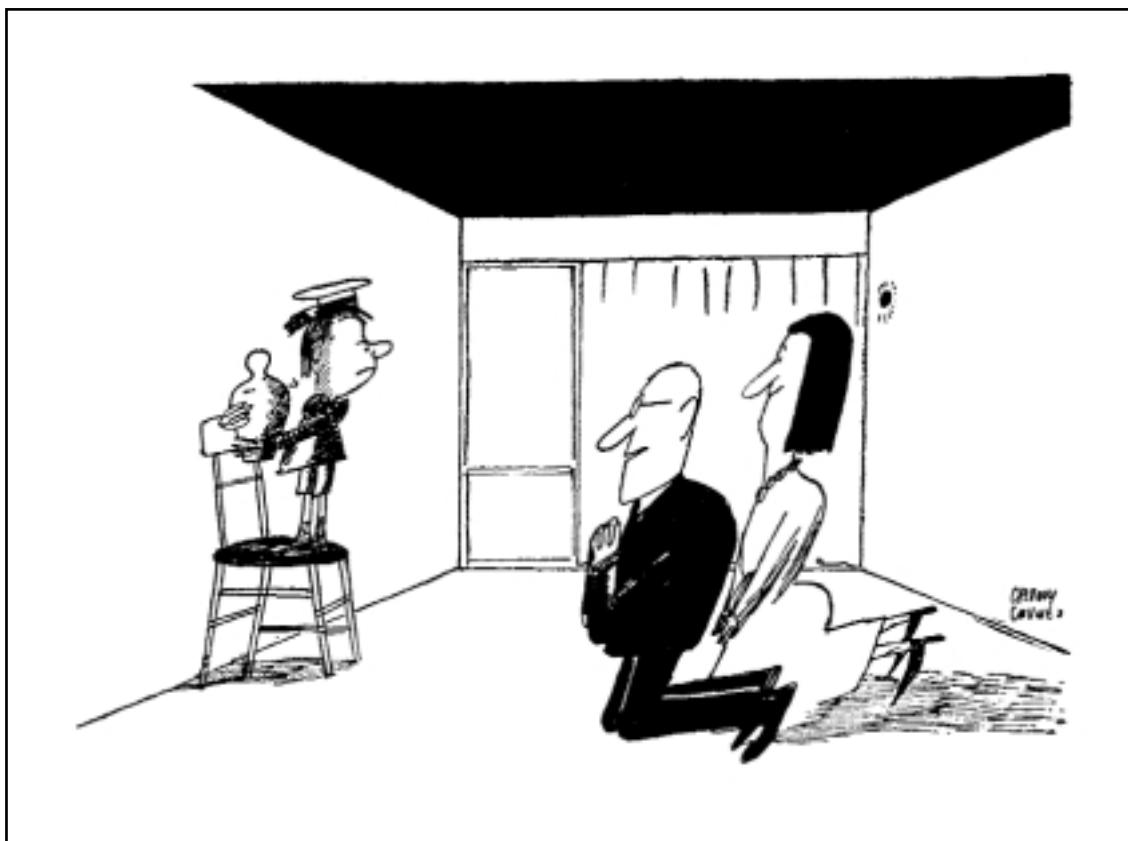


OSWALDO
OSWALDO

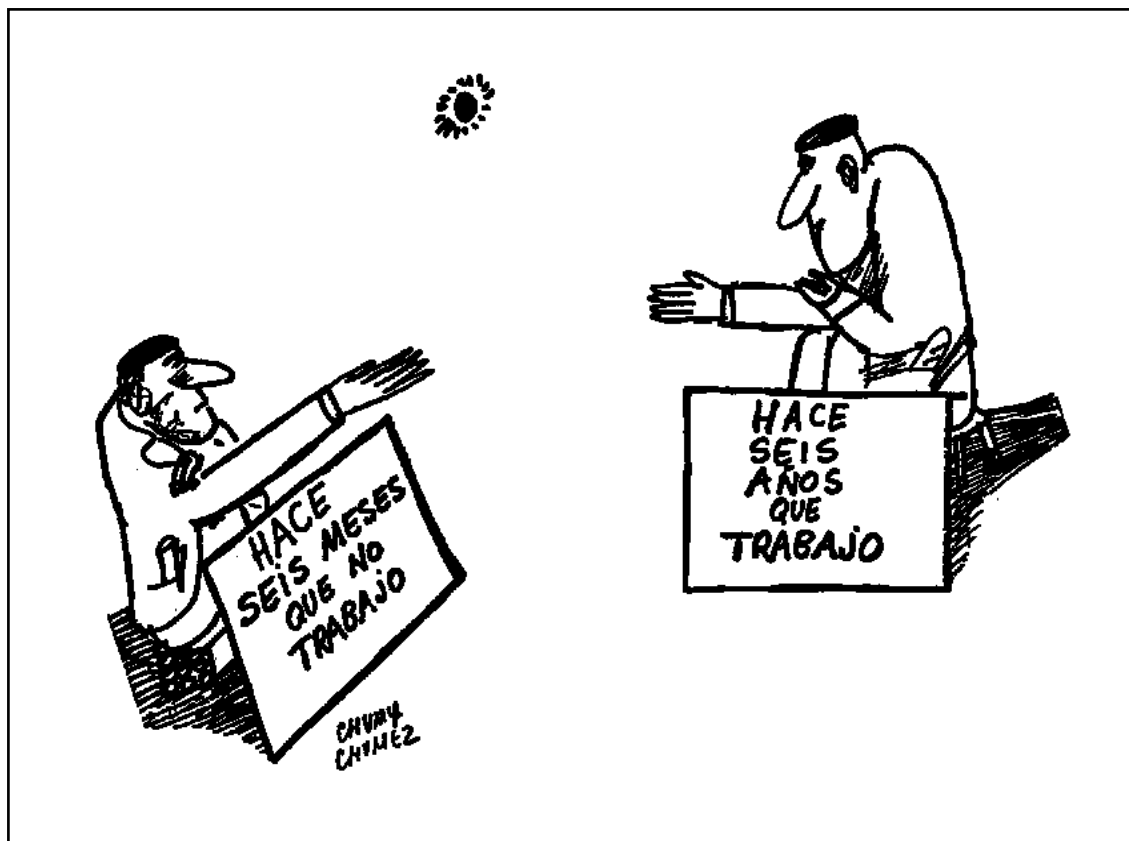


—¡Ea! Acabemos de una vez con las rencillas entre
el capital y el trabajo. ¡Vengan esos cinco!

—¡Cuidado!, que se quedará con tres o cuatro si te descuidas.

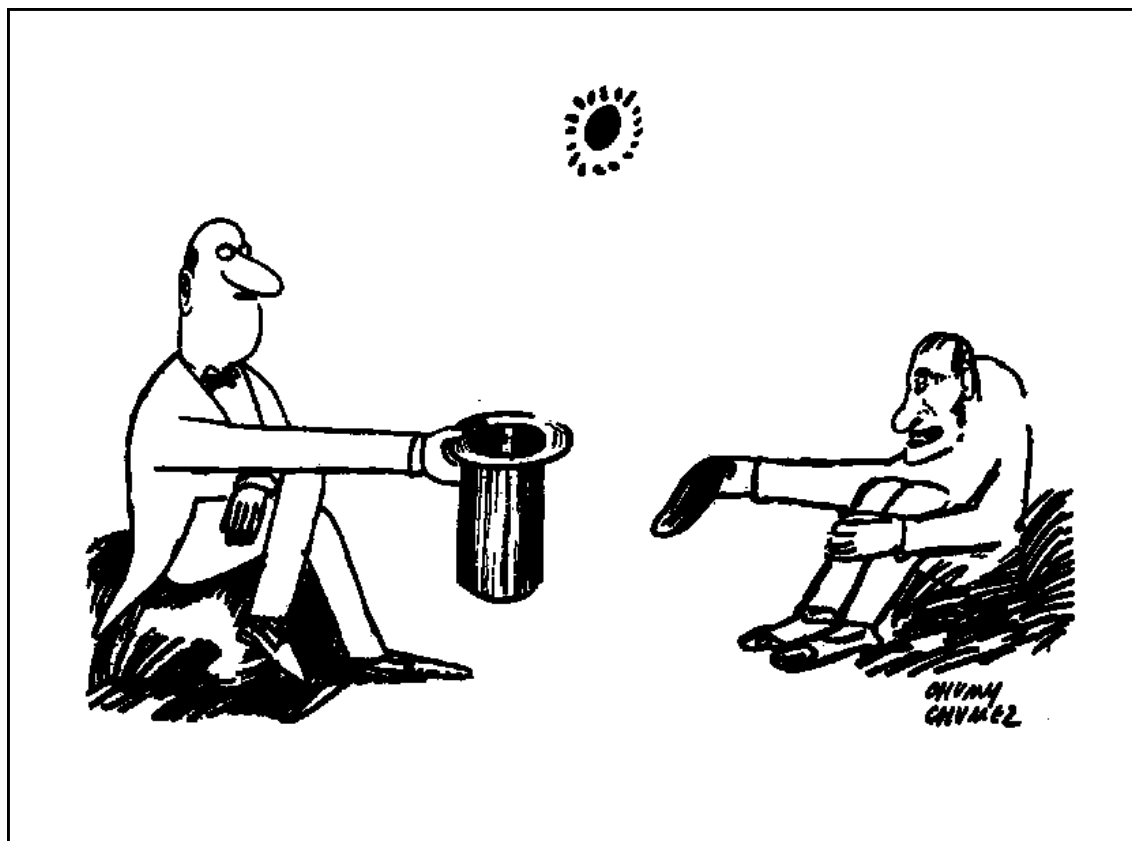


—Escucha, hijo mío. Efectivamente, el ahorro es un deber social de todos los ciudadanos. Sin ahorro no hay —como dices— financiación empresarial y, por ende, podemos caer fácilmente en las redes del imperialismo capitalista de otros pueblos más ricos. El ahorro es el bien máximo de la comunidad, estamos de acuerdo; pero es que si no rompes la hucha y nos prestas las cuarenta pesetas que tienes ahorradas, mañana no come en esta casa ni Rita la cantadora.

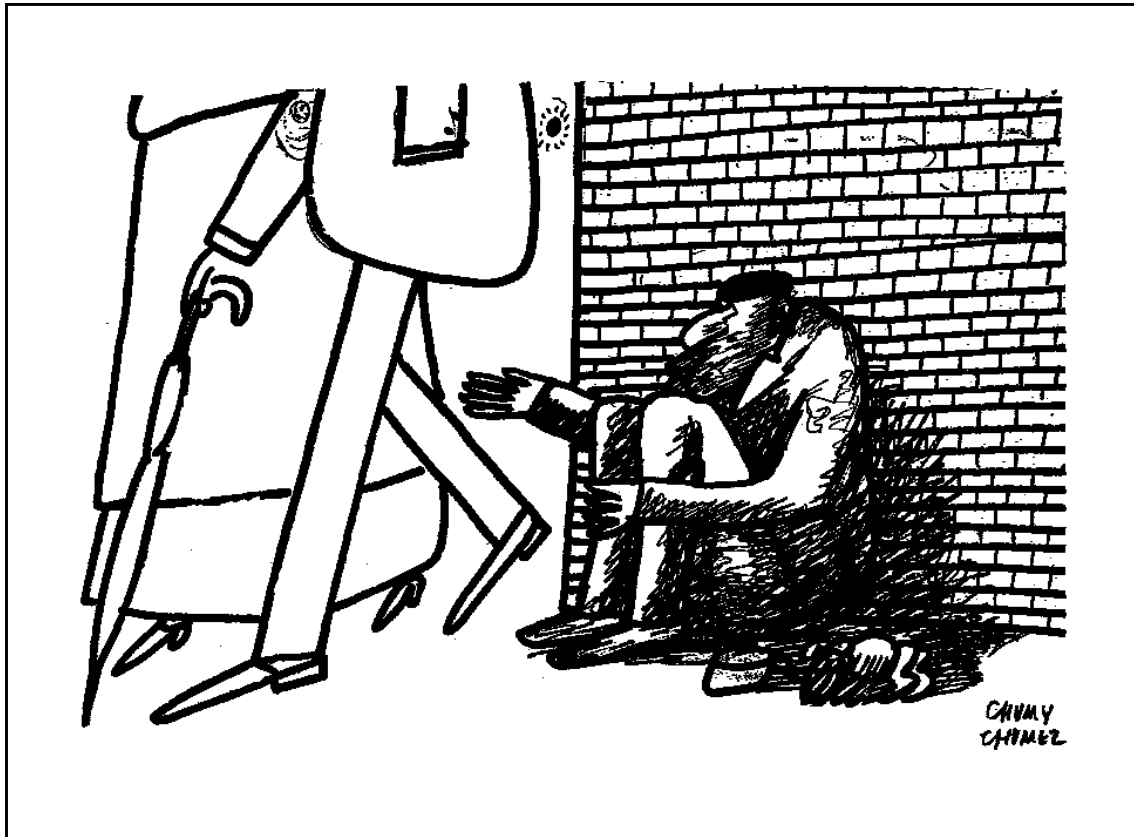




—¡Tengo unas ganas de que llegue el verano, para pasar sólo hambre...!



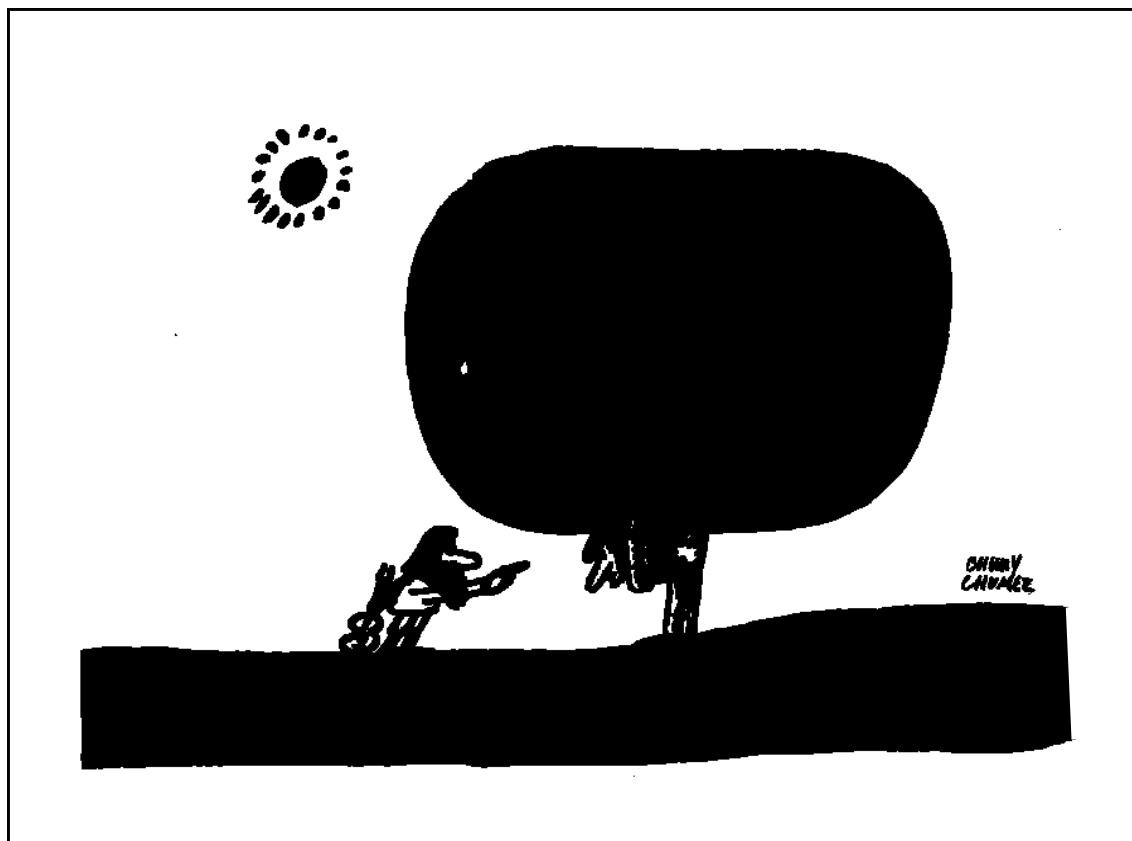
—Hasta en esto tienen suerte. En su gorra cabe más.



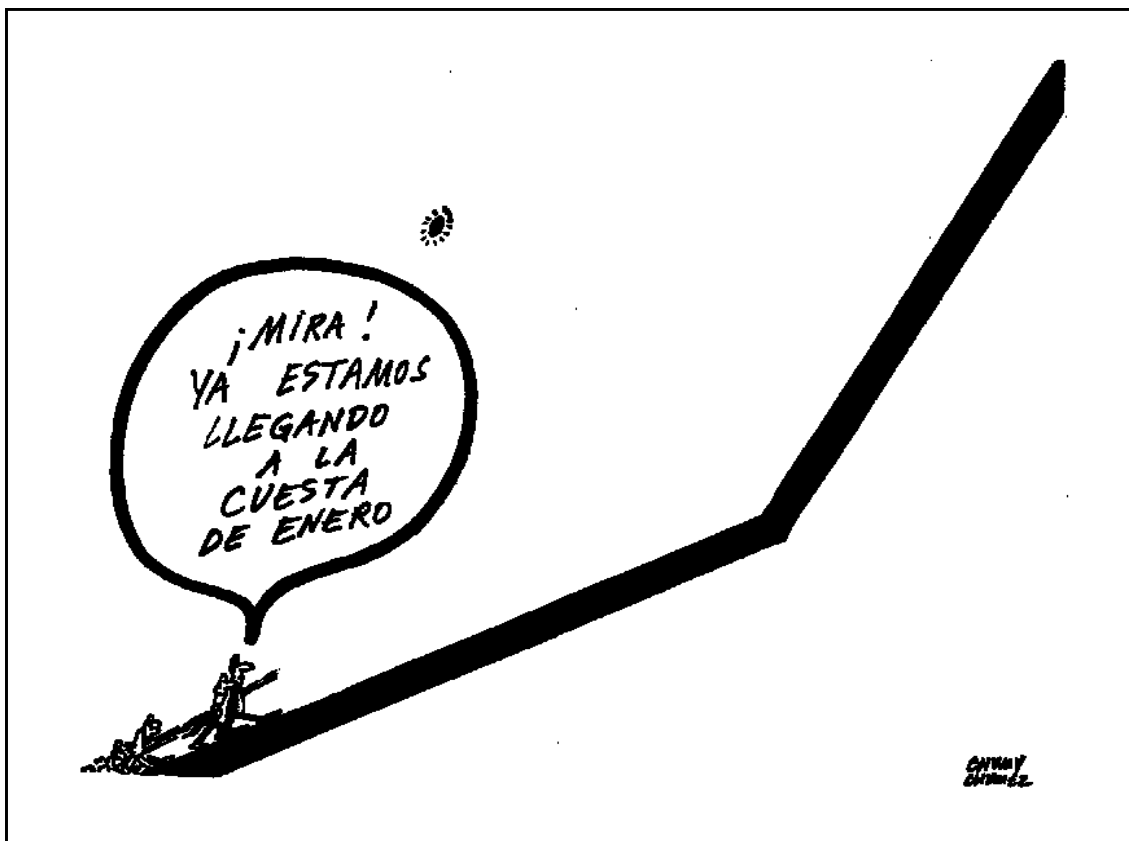
—Una limosnita para este pobrecito que no ha cumplido sus deberes para con la sociedad de consumo a que pertenece...







—Buen hombre, debe usted protestar como yo, dejándose la barba.







—No, no creas que son tan buenos. Les mueve a trabajar el egoísmo. Lo hacen por dinero.



—Servidor no tiene más grupo de presión que la necesidad.

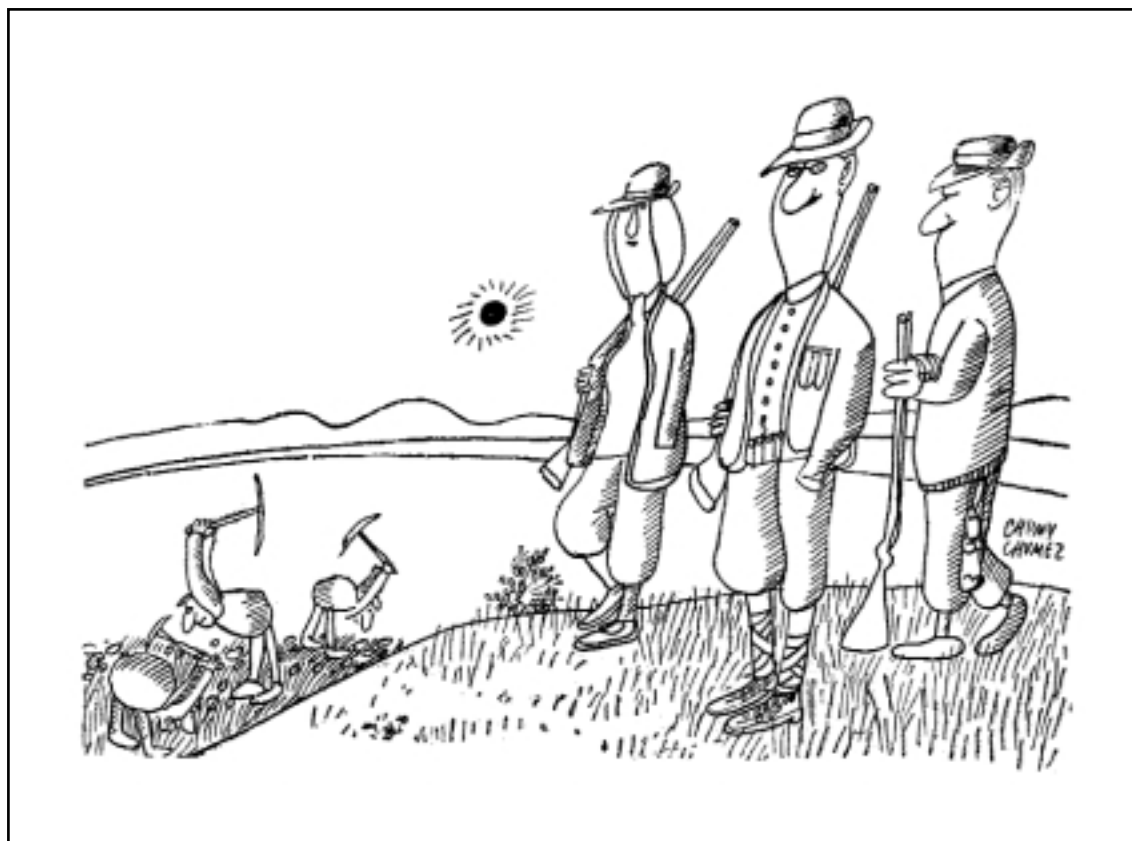


—Mira, un espantahombres.

RICOS CON CHISTERA



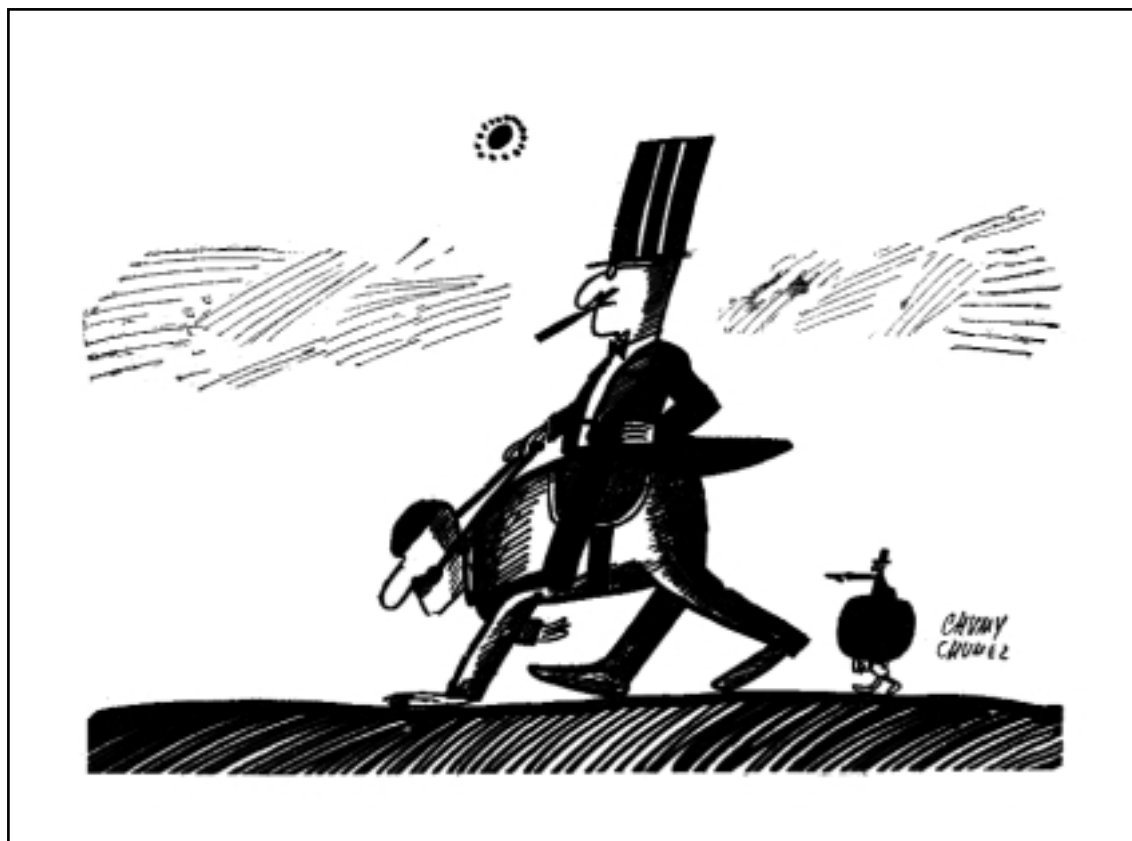
*CHISTERA
CHISTERA*



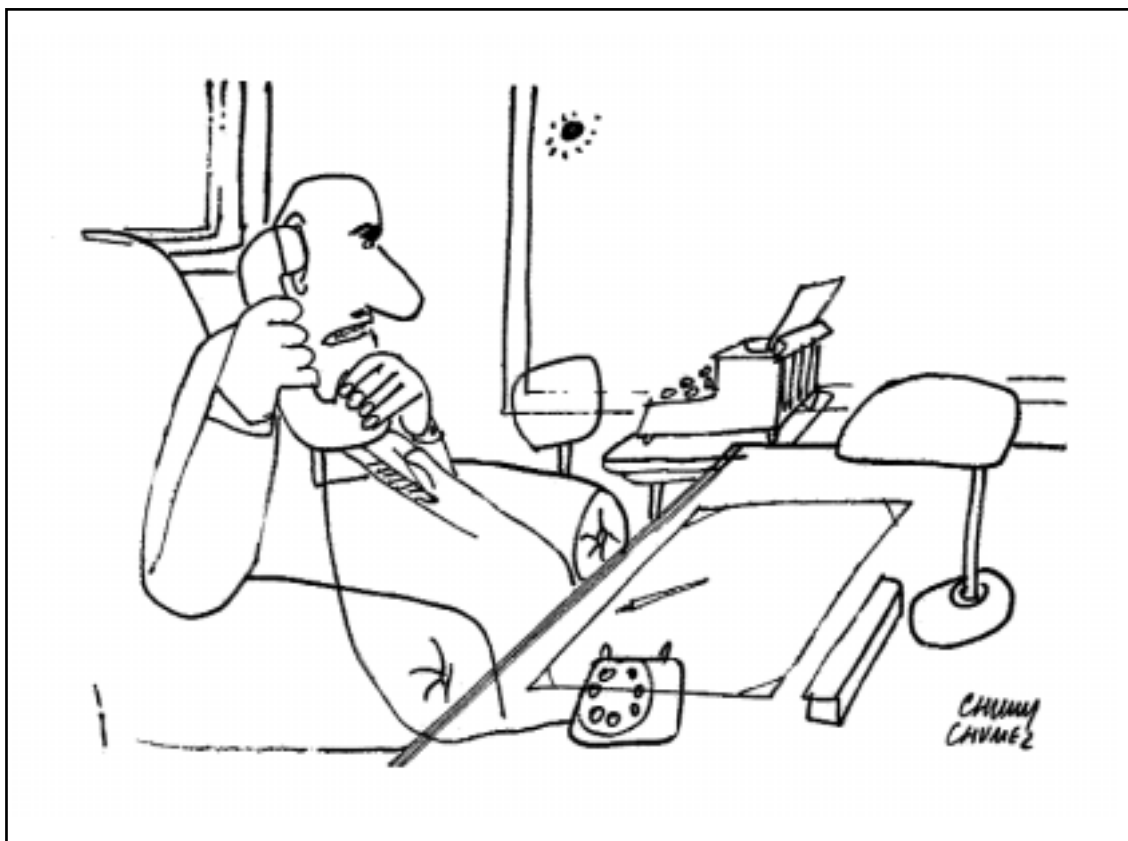
—Esta gente se queja de vicio. Yo siempre que vengo al campo me lo paso divinamente.



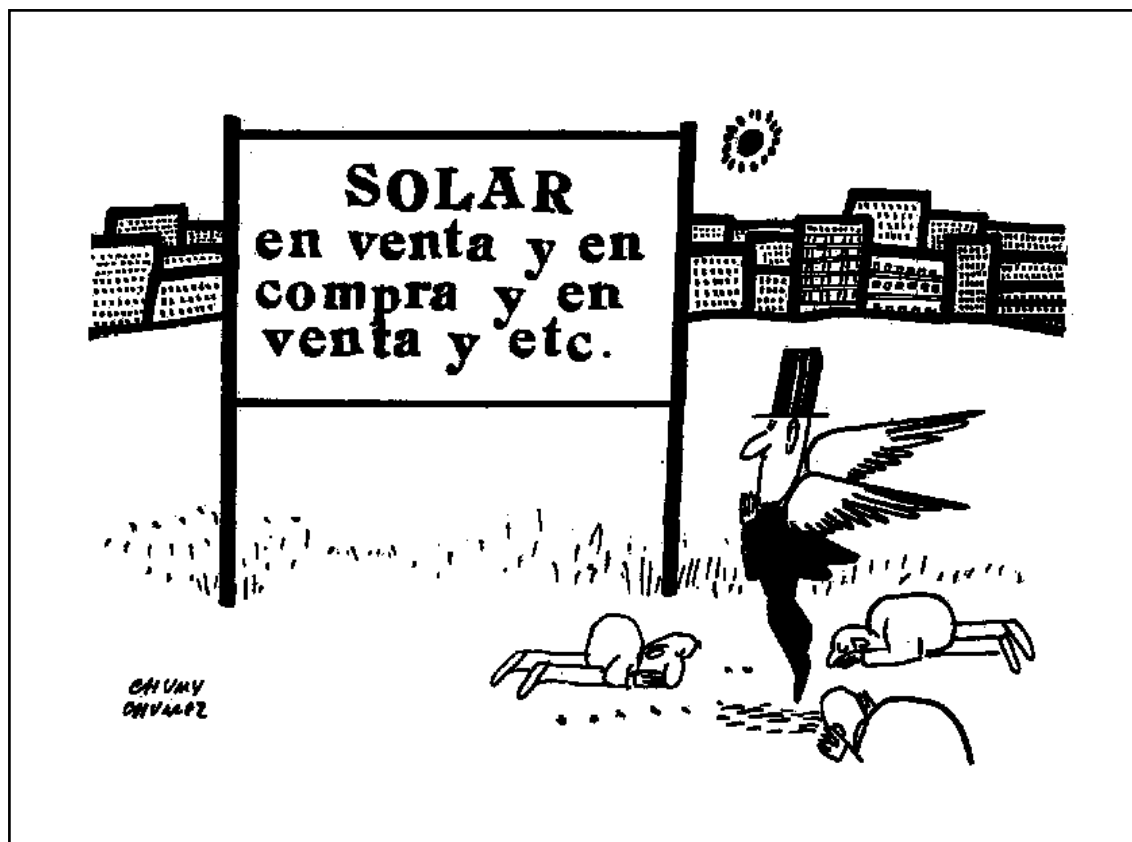
—¡Vicioso! Sólo piensa en beber.



—Yo no sé por qué no quieren ver que nosotros también hacemos economía dirigida.



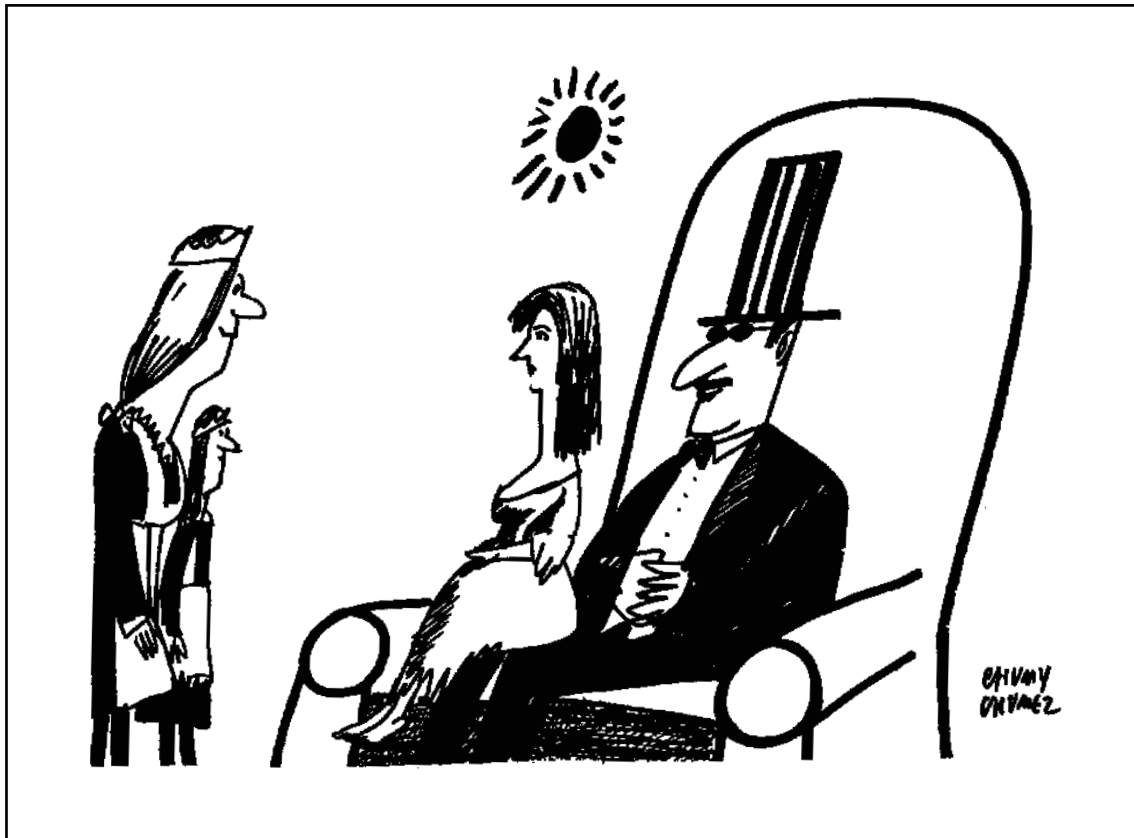
—¡Si no fuera por mi señora y los niños, y el coche, y el piso, y el chalet de la Sierra, y el fuera borda, y el sueldo más las pagas, le iba yo a decir a este cobarde más de cuatro verdades!



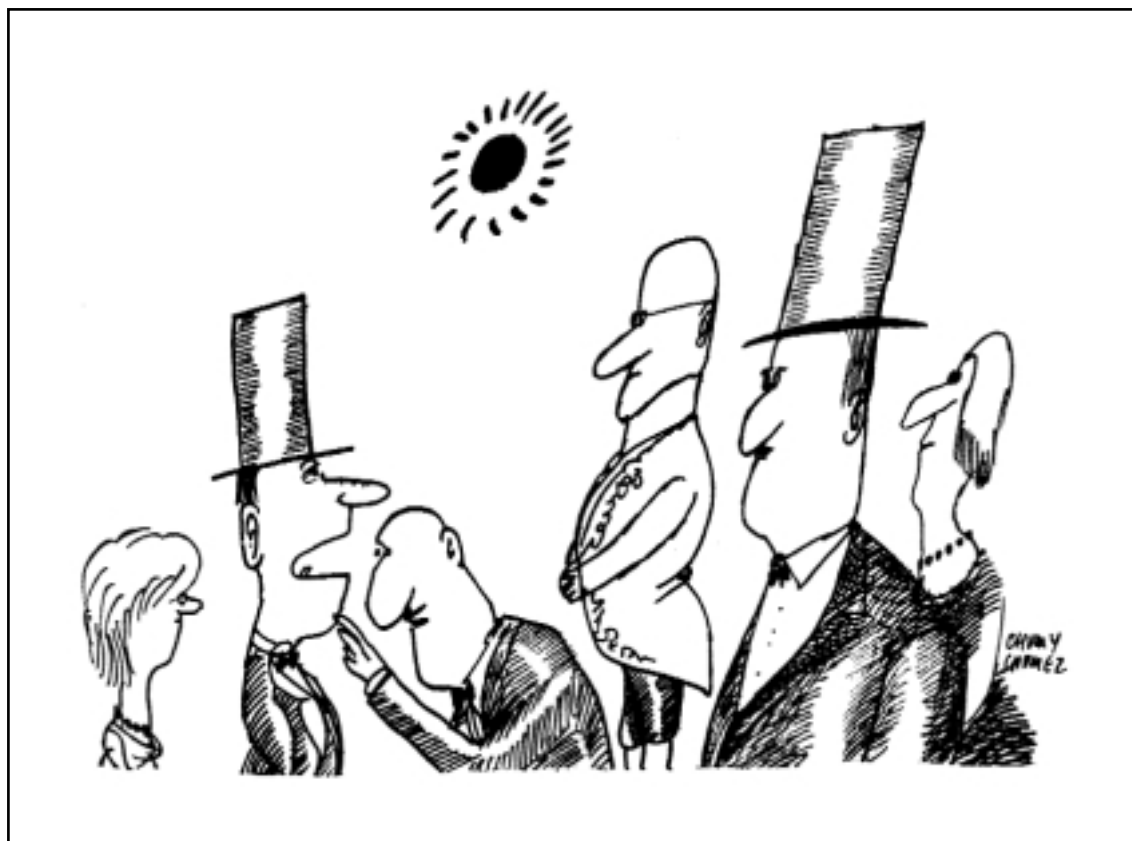
—¡Qué creador de riqueza! ¡Qué patriota! Con una sola operación comercial ha conseguido que este trozo de nuestra hermosa Patria valga diez veces más.



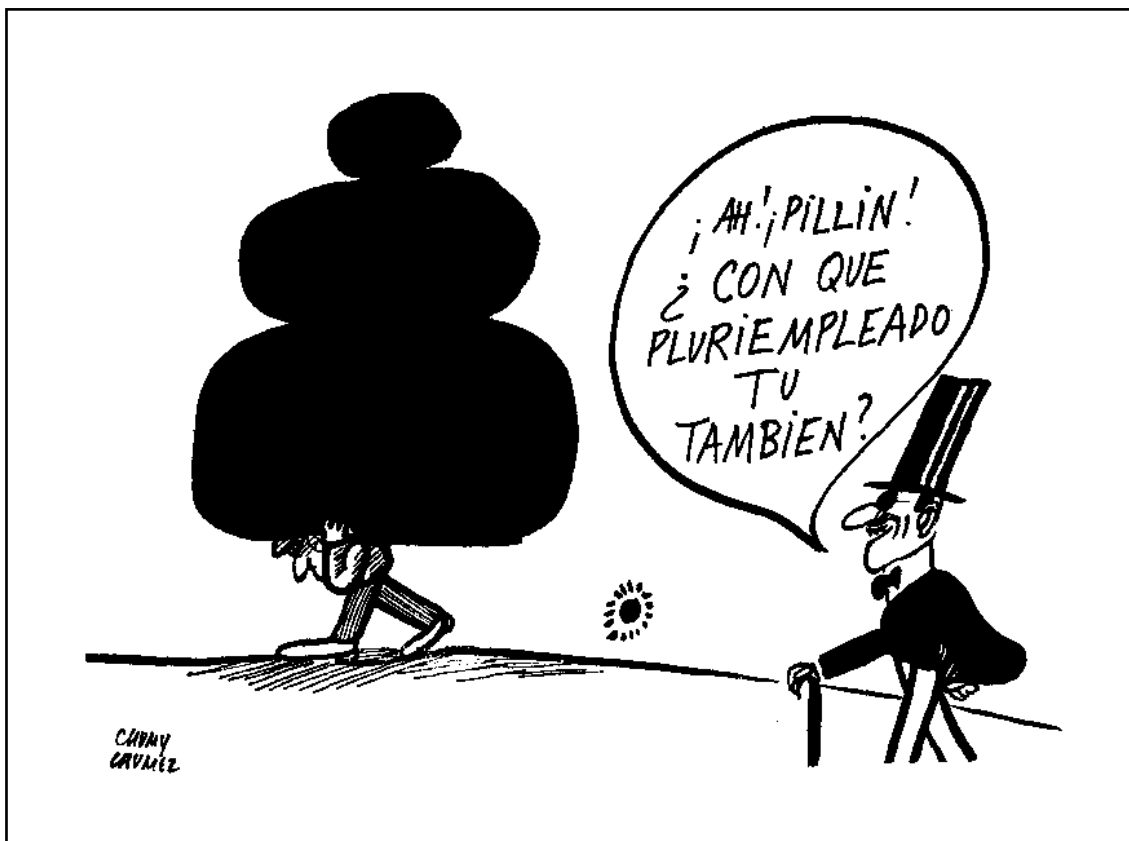




—El señor marqués es muy caritativo: todos los años sienta un pobre a su mesa, y todas las tardes, una pobre en sus rodillas...

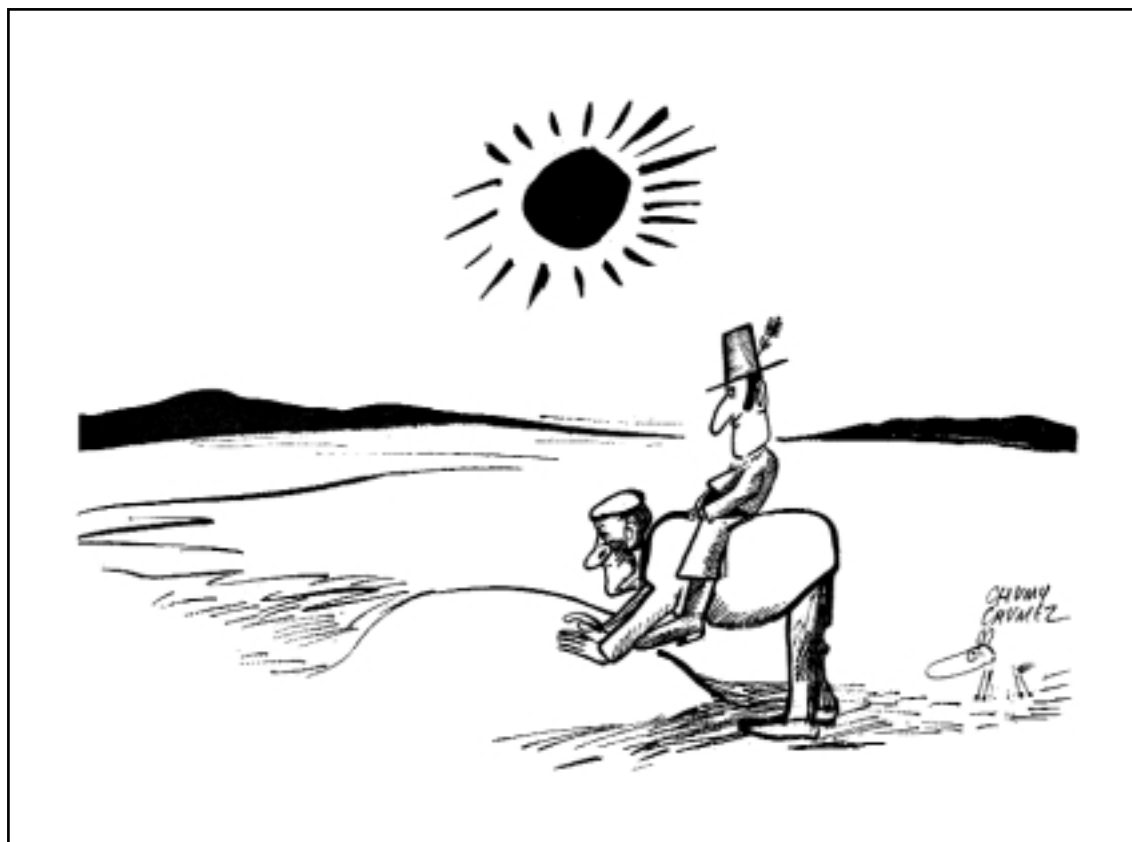


—En nuestra familia somos tan ricos que la muela del juicio nos sale directamente de oro.

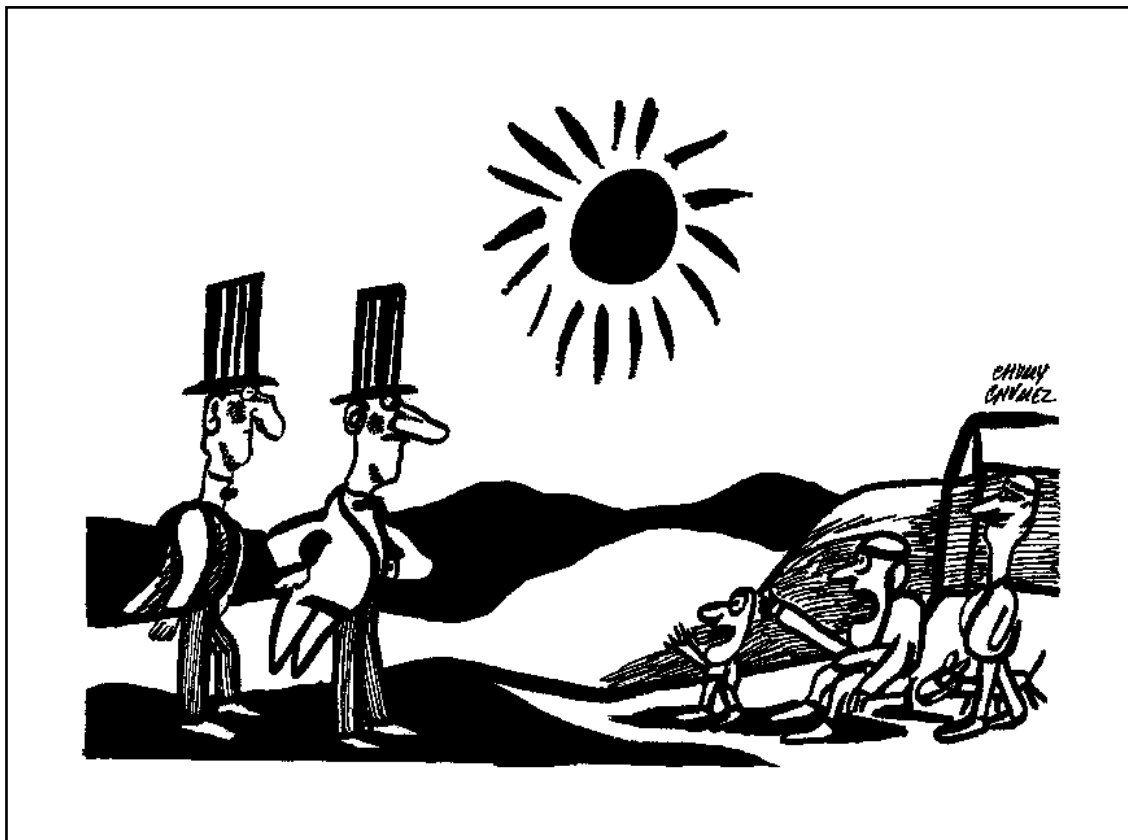






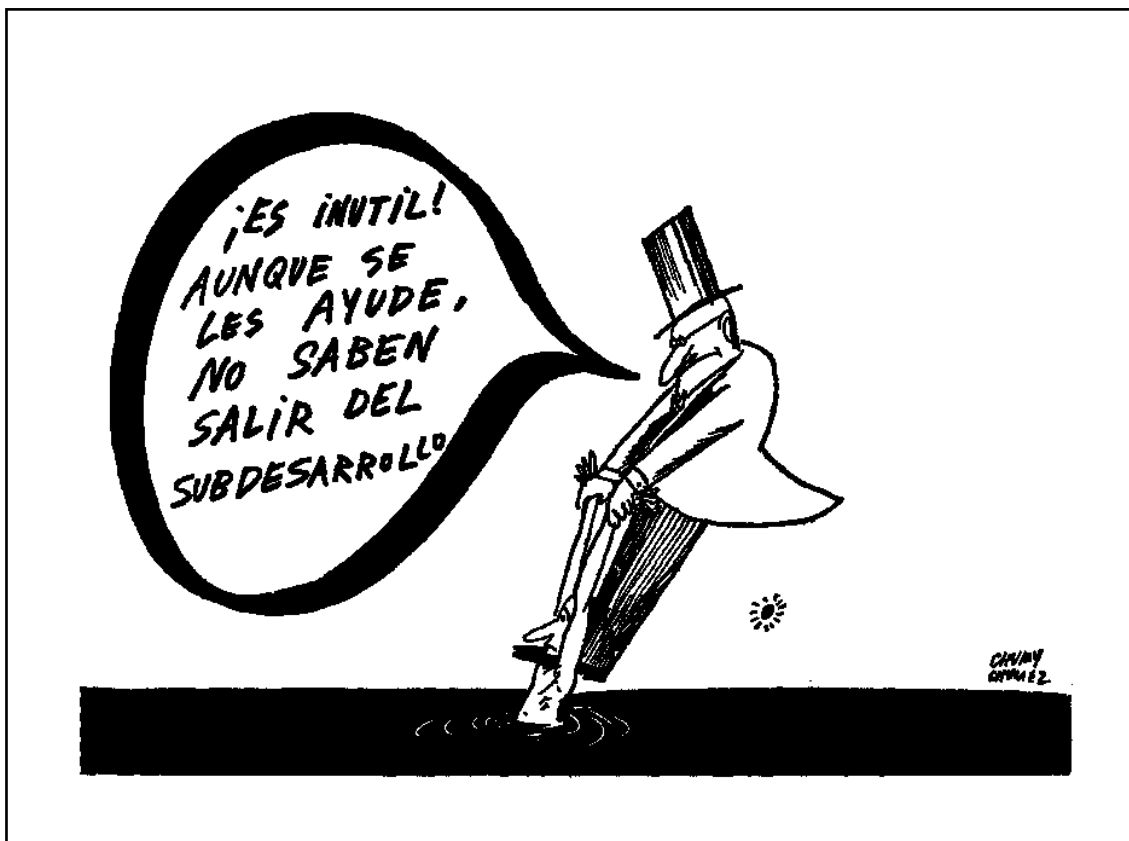


—Conduzcame hasta donde está la injusticia esa que dice usted.



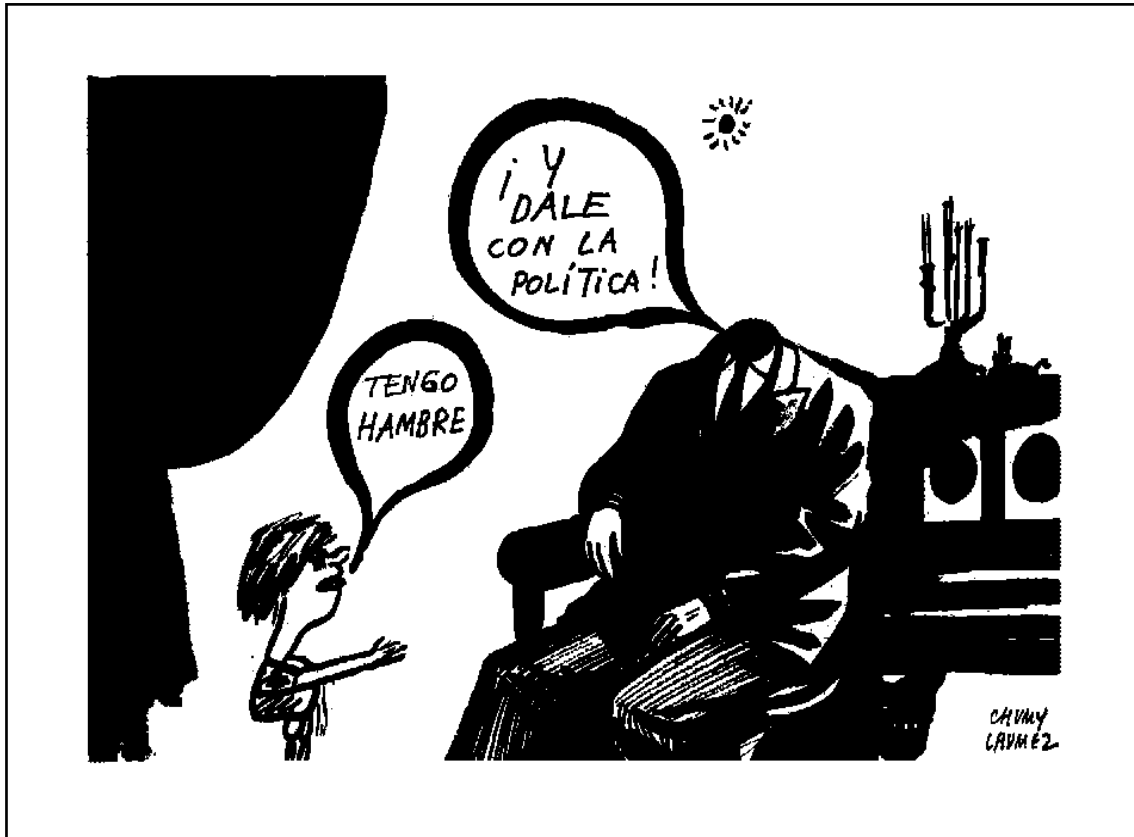
—¡Lo que me molesta es lo superficialmente y lo desde abajo que ve esta gente los grandes problemas económicos de nuestros tiempos modernos!







—¡Qué dices! No se les puede comparar.
¡El «Che» tiene mucho más «sexy» que Carlos Marx!







—¡Que suban el nivel de vida! Pero a mis pobres,
¡que no me los toque nadie!



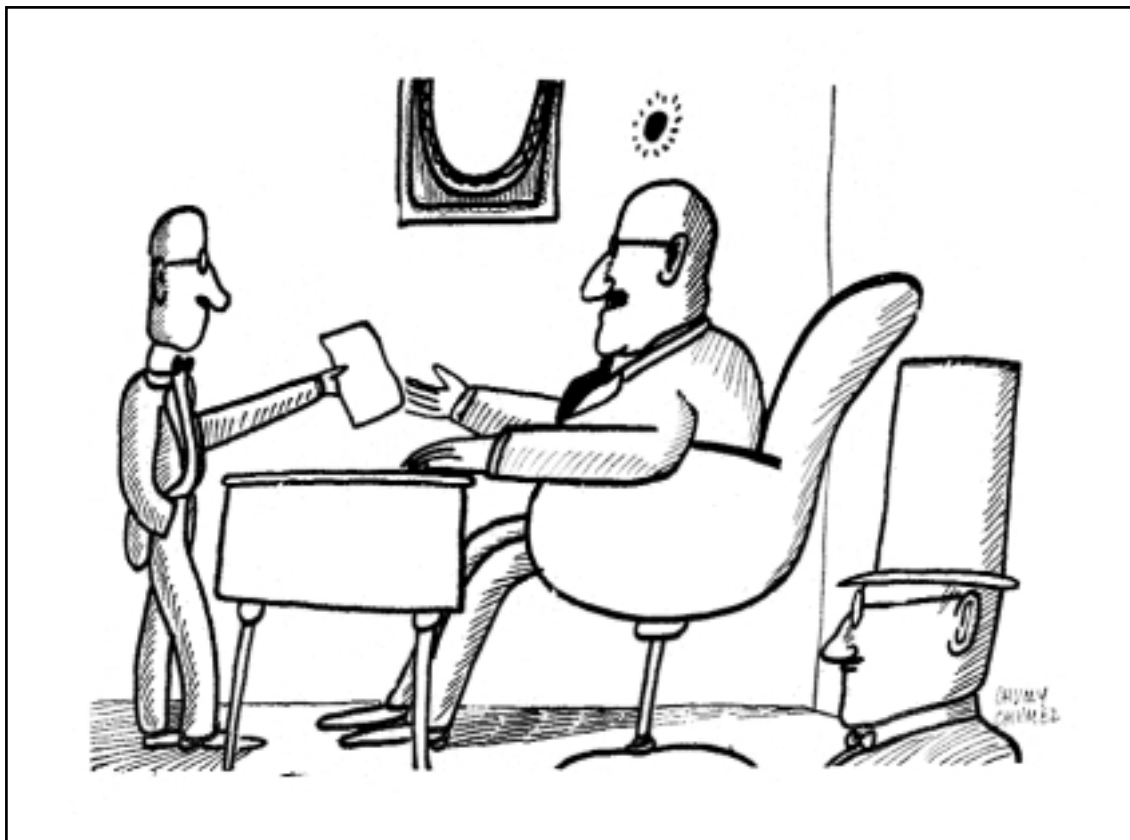
—Hay que conseguir que España quede campeón del mundo en algo para aprovechar la emoción popular y subir los precios.



VER, OÍR Y CALLAR

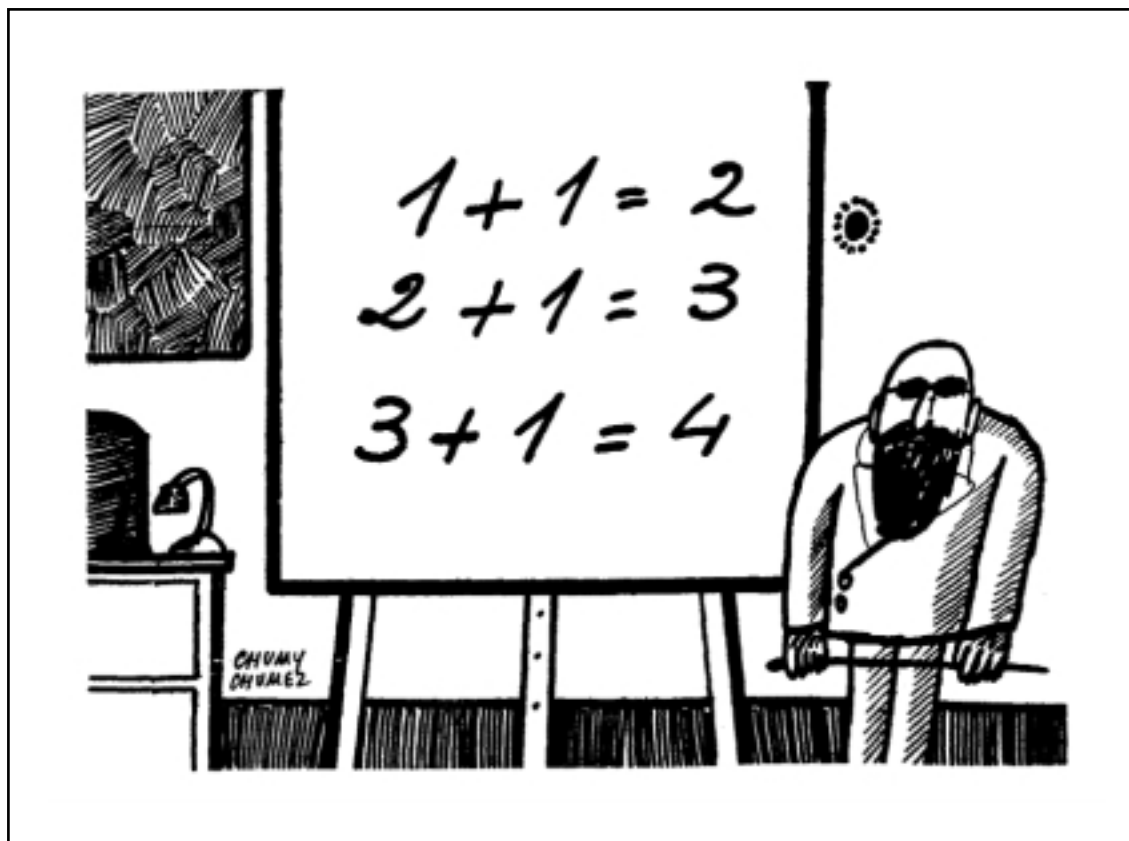


CHINA
CHINEZ



—Y usted, cuando escribe, ¿por qué se calla todo lo que dice?





—Naturalmente, estos resultados pueden ser cambiados en caso de fuerza mayor o de deseo explícito de nuestros superiores.



—No se prohíbe nada en concreto. Se prohíbe en términos generales.



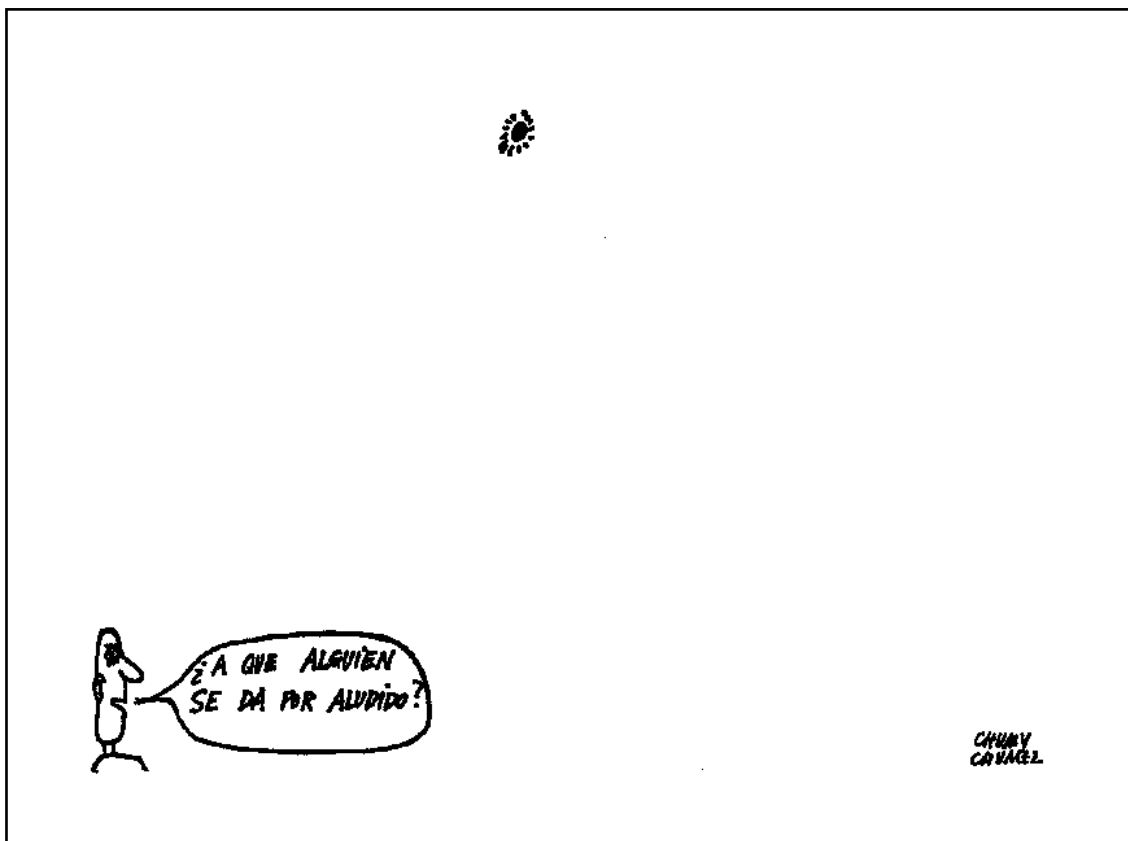


—Aquí tienen ustedes la lista de los temas en los que pueden estar ligeramente disconformes.

















—Tiene usted una multa de cuarenta duros por no ser feliz.



ALIENACIÓN

Hoy no se me ocurre nada que me pueda prohibir la censura.



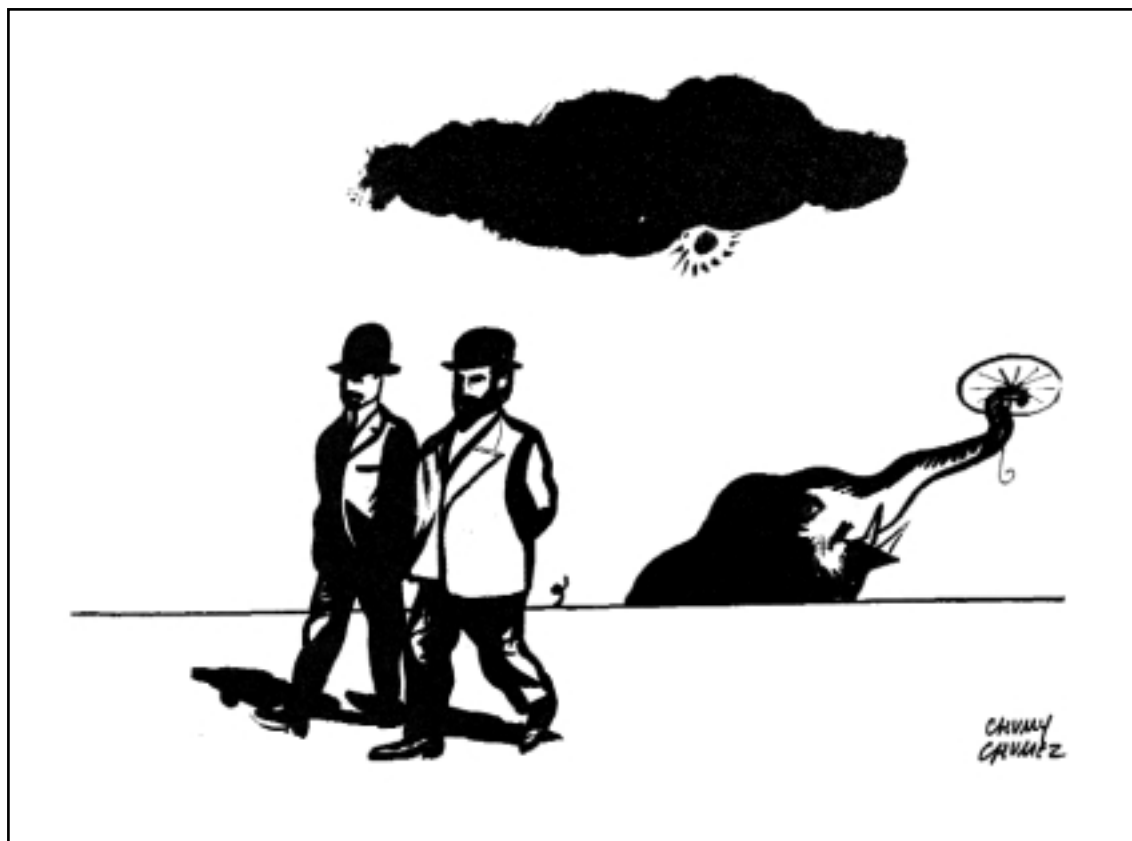




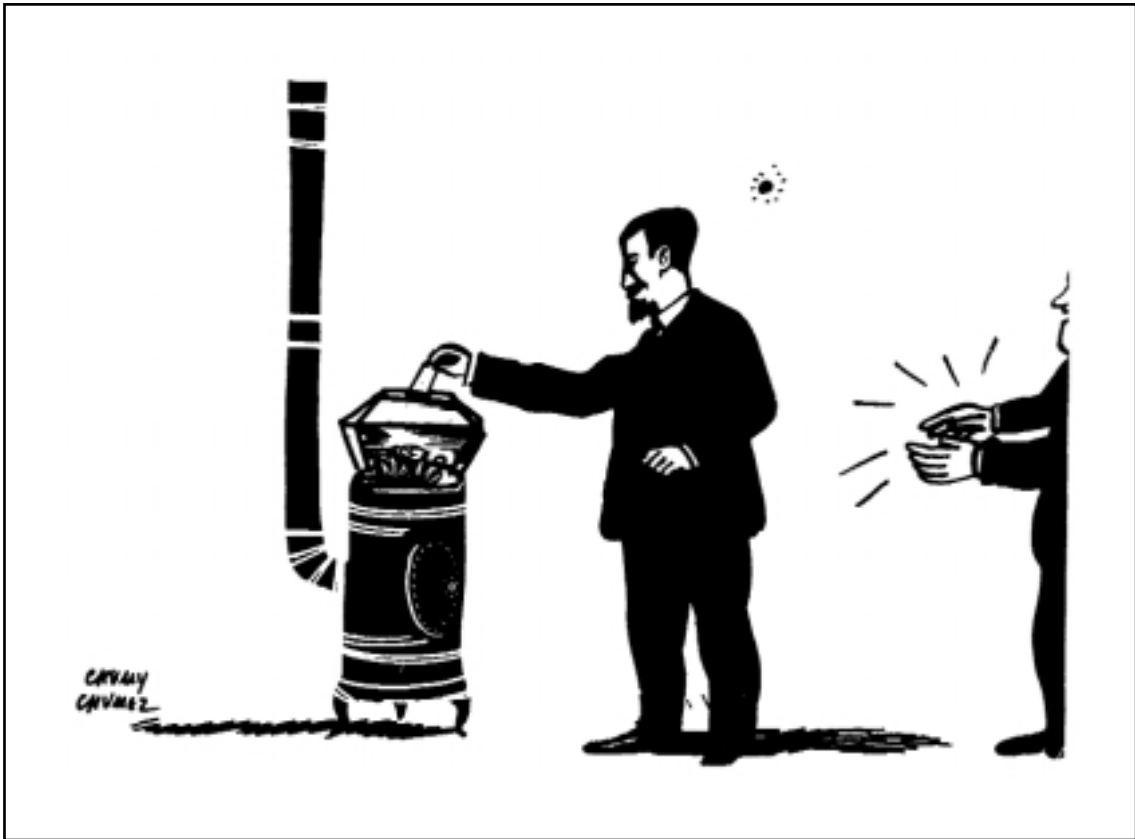


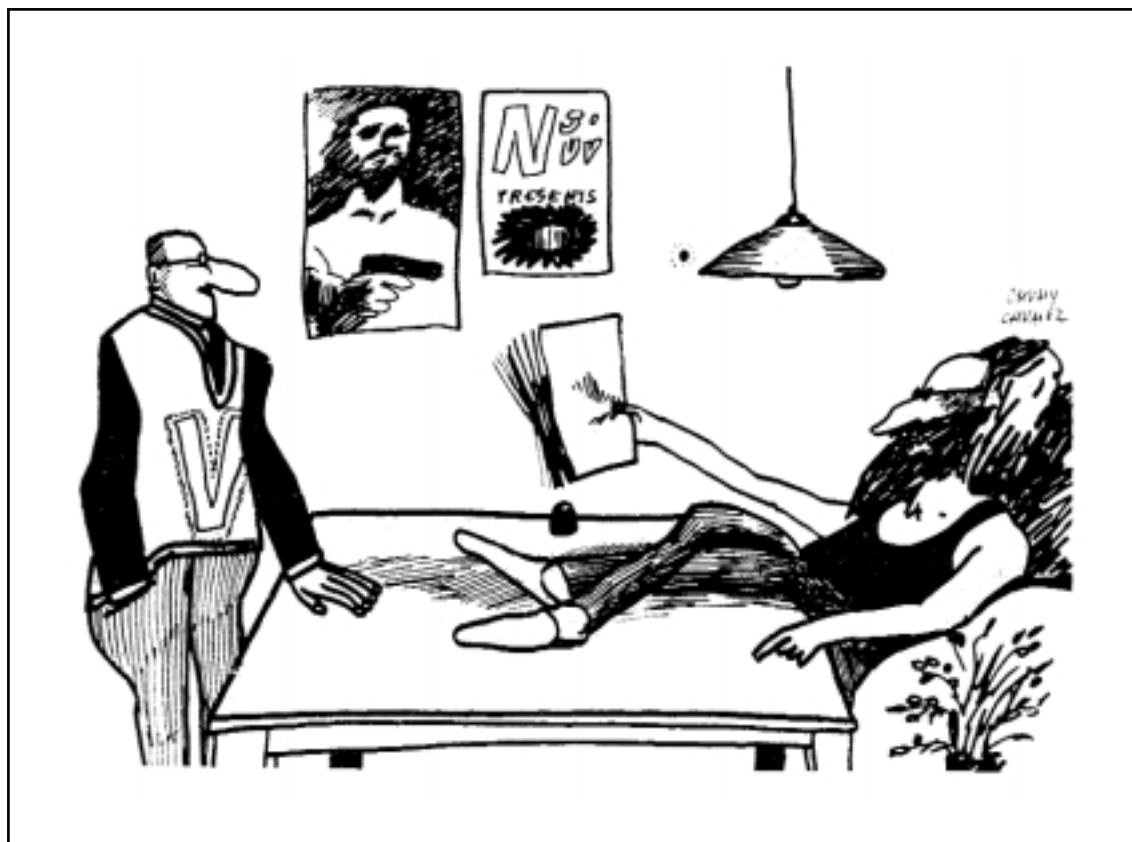


—¡En cuanto me dejen hablar, me van a oír!

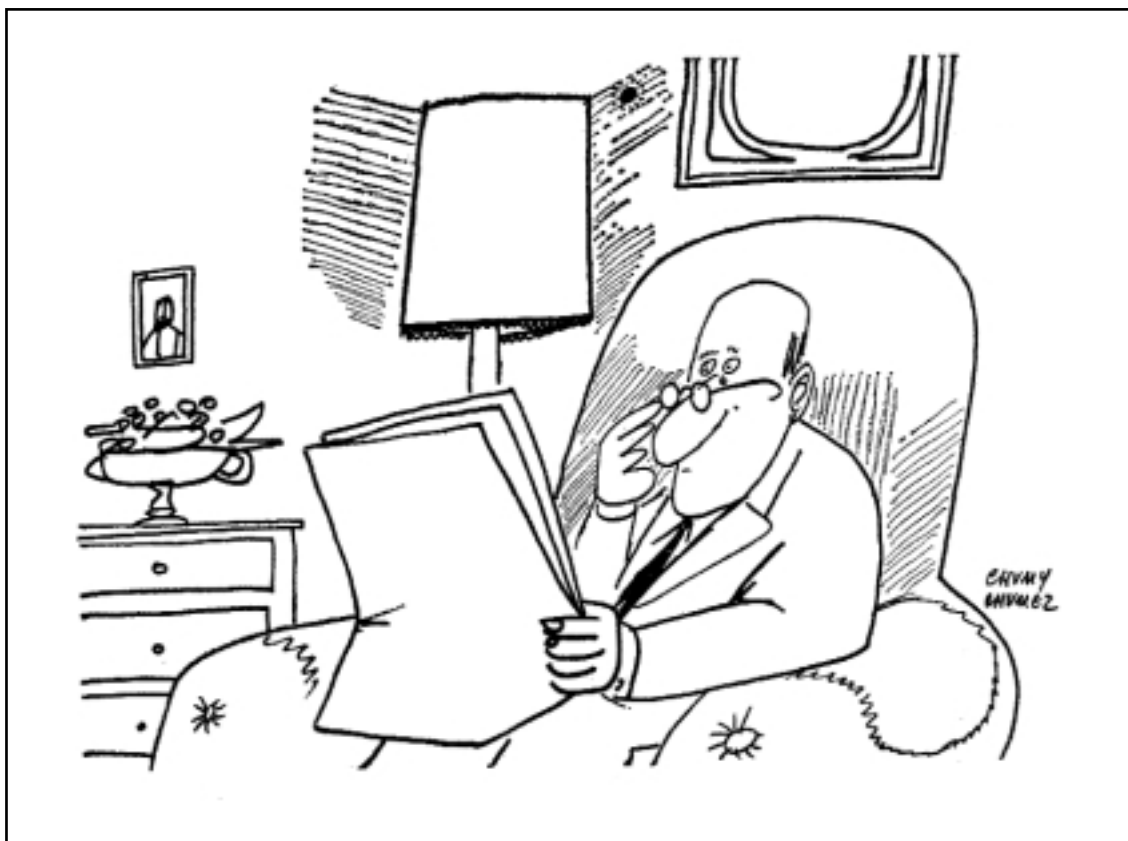


—Más que el cuarto poder, la Prensa es el cuarto querer y no poder.





—Voy a enviar un guión en blanco a la censura a ver cuánto me quitan.



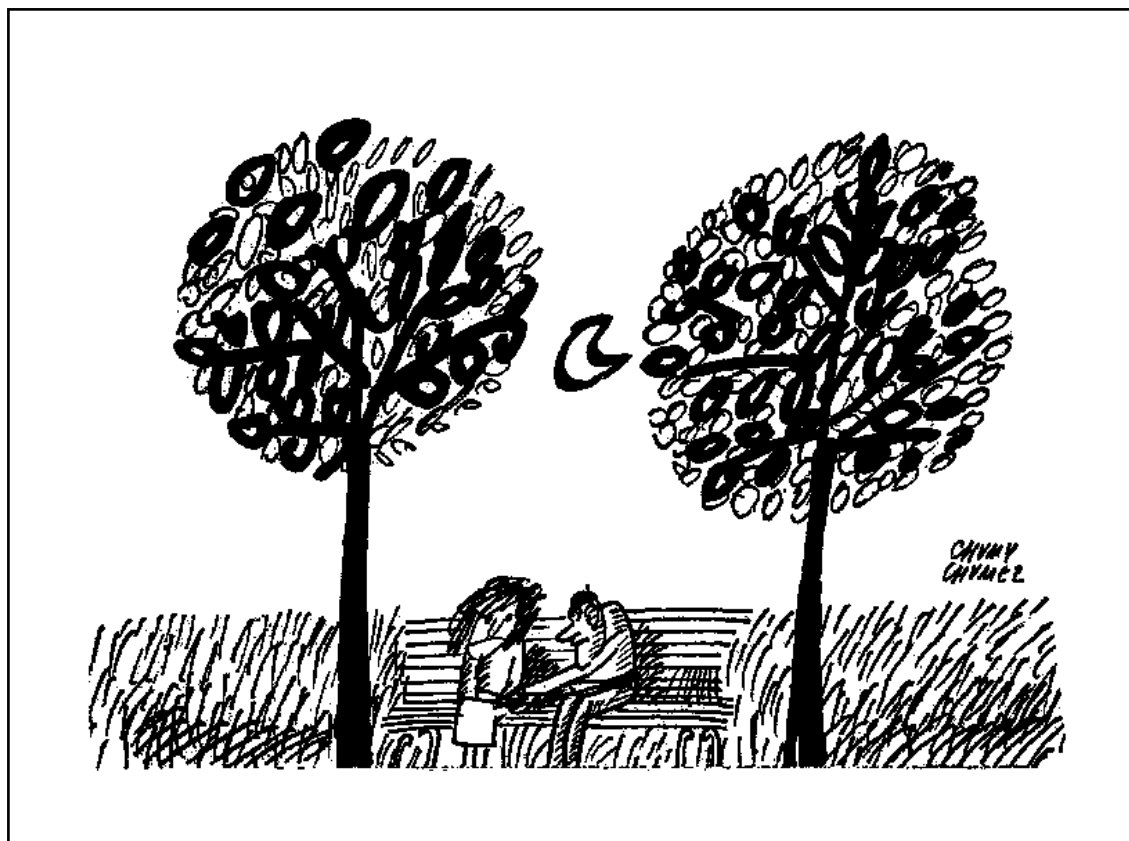
—Vamos a ver qué tengo que imaginarme hoy.



ADANES Y EVAS



*CHIVAN
CHIVAN*



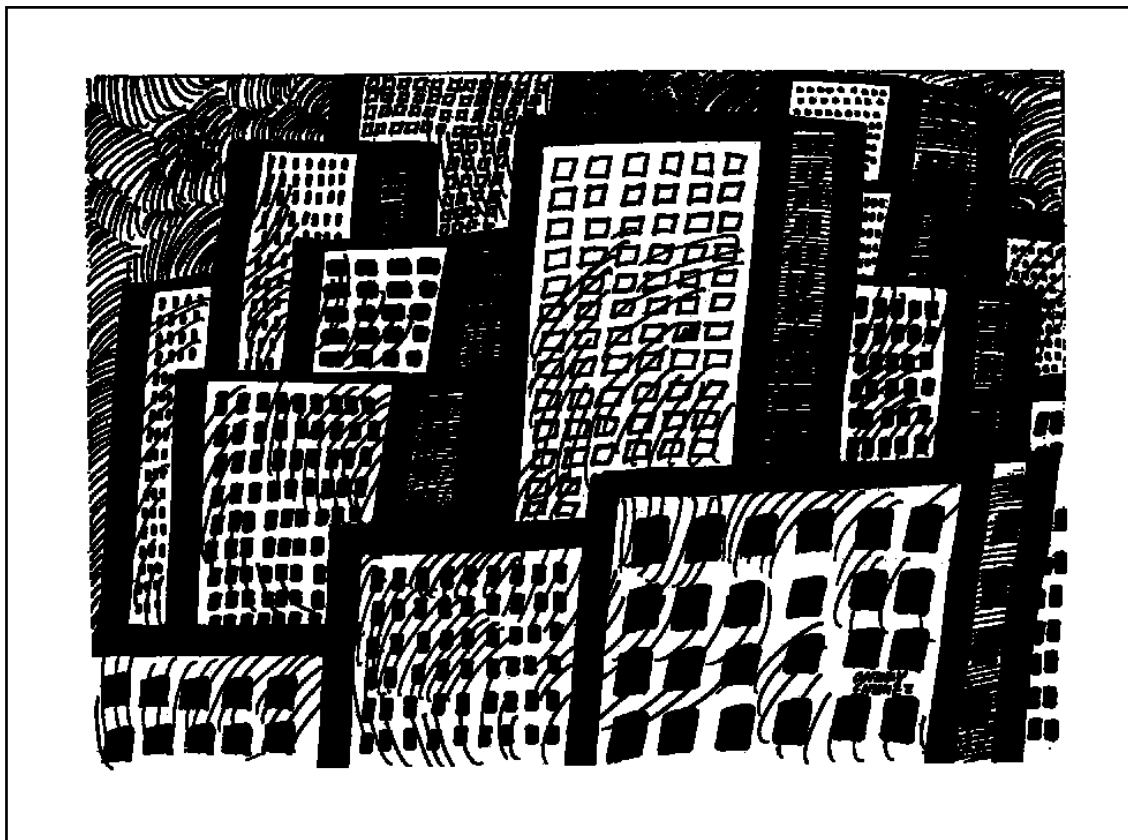
—Debes comprenderlo, Marcelina: hasta después de la elección del nuevo Presidente de los Estados Unidos no puedo decidir sobre si nos vamos a casar o no.





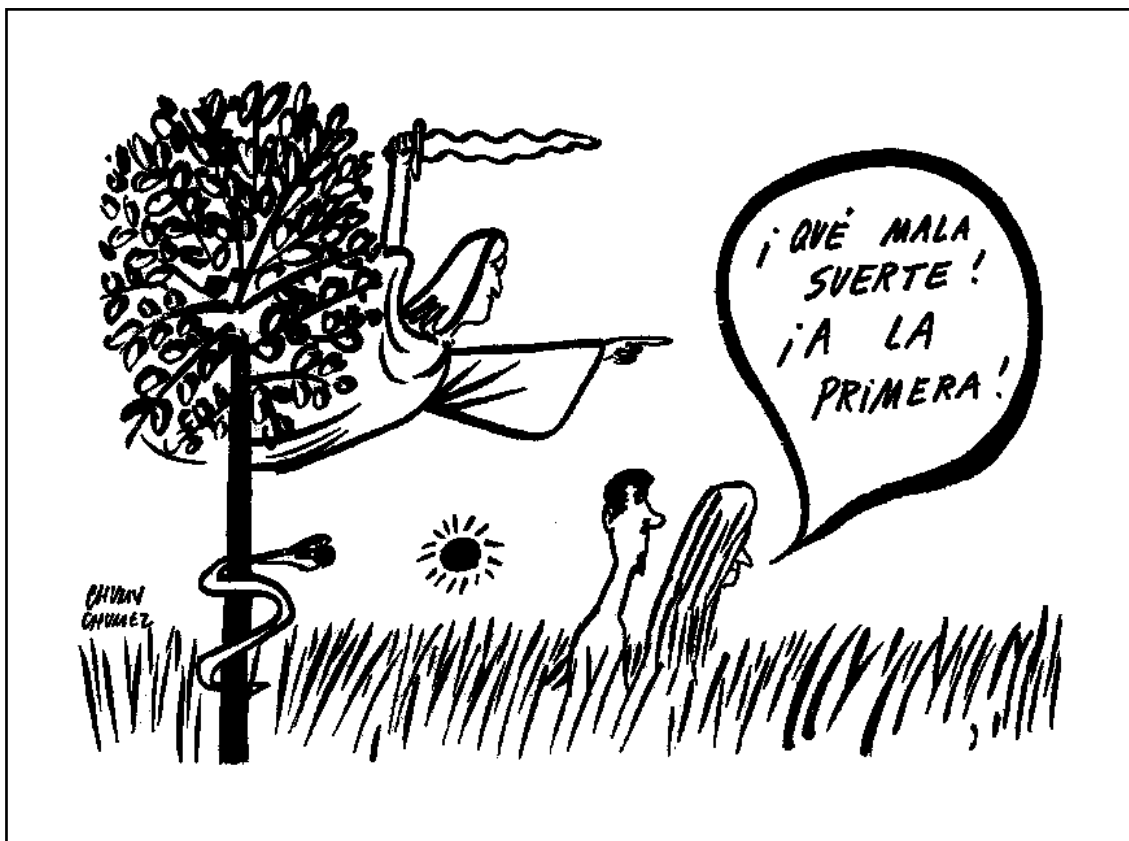






— Soy muy desgraciada. Además de la polución del aire,
a mi Pepe le huele el aliento.







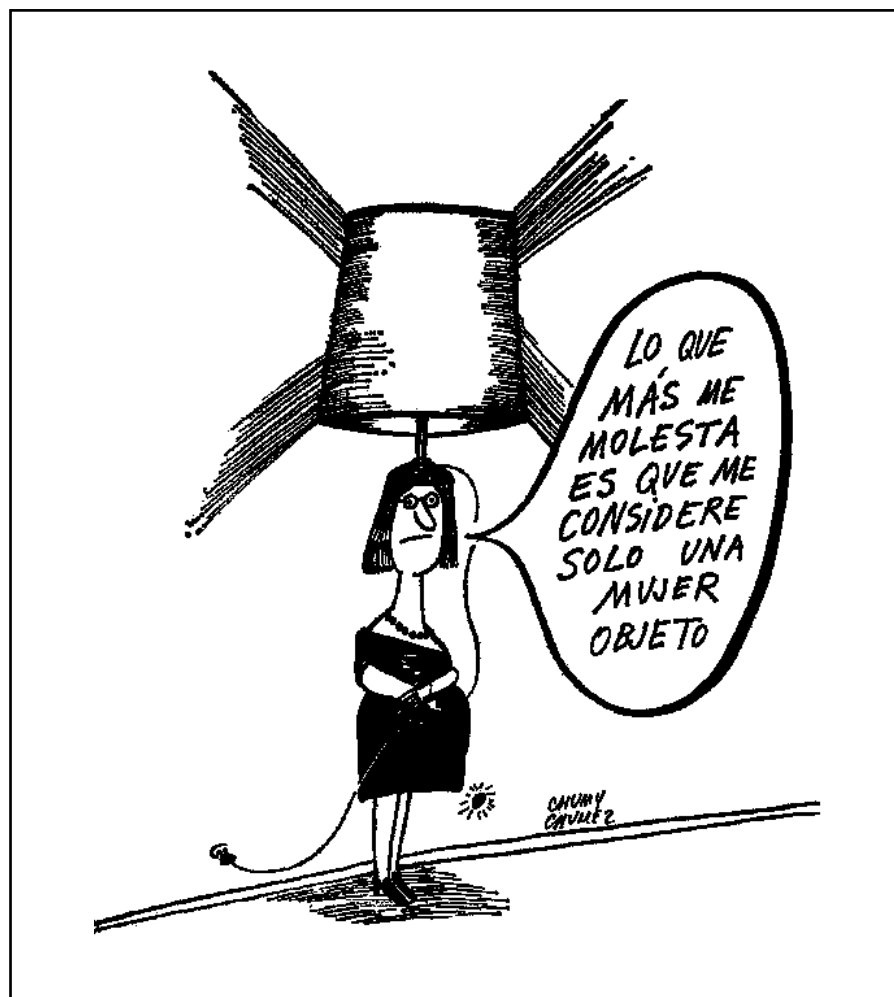
—No te enfades. Es sólo un conflicto laboral.
Está haciendo una sentada.





— Se llevan muy bien en el matrimonio,
pero lo disimulan por el qué dirán.









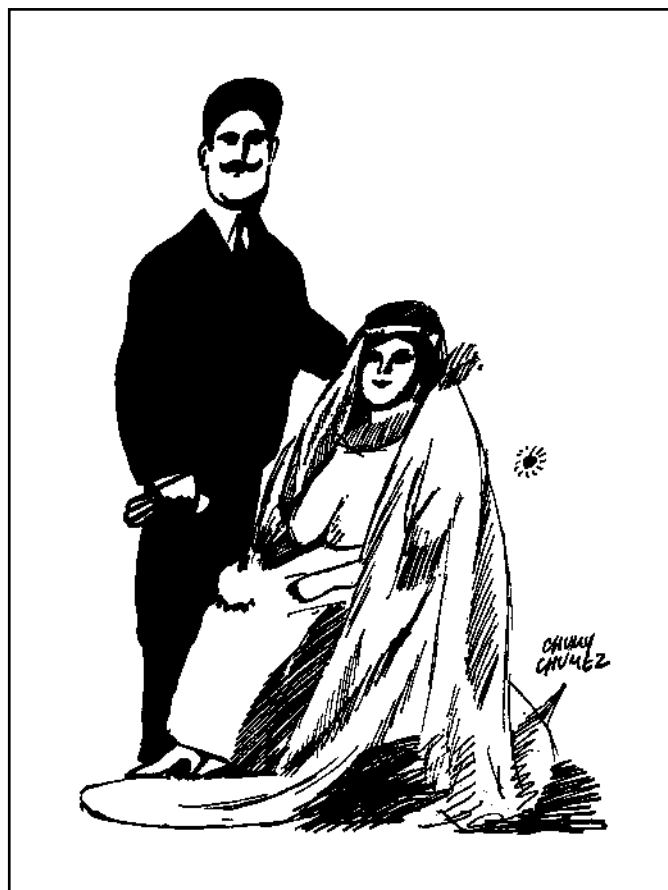
—Yo me he enamorado de Vd, señorita, de acuerdo a las más avanzadas técnicas audiovisuales del momento.



—Lo peor es que soy una mujer-objeto de un hombre-objeto.



—Parece que no nos va a quedar más remedio que volver a amarnos.



—¡Qué va! Llevamos ya unidos en cómodos plazos mensuales desde hace varios años.



—O.K. Yo la manzana y tú la pildora.



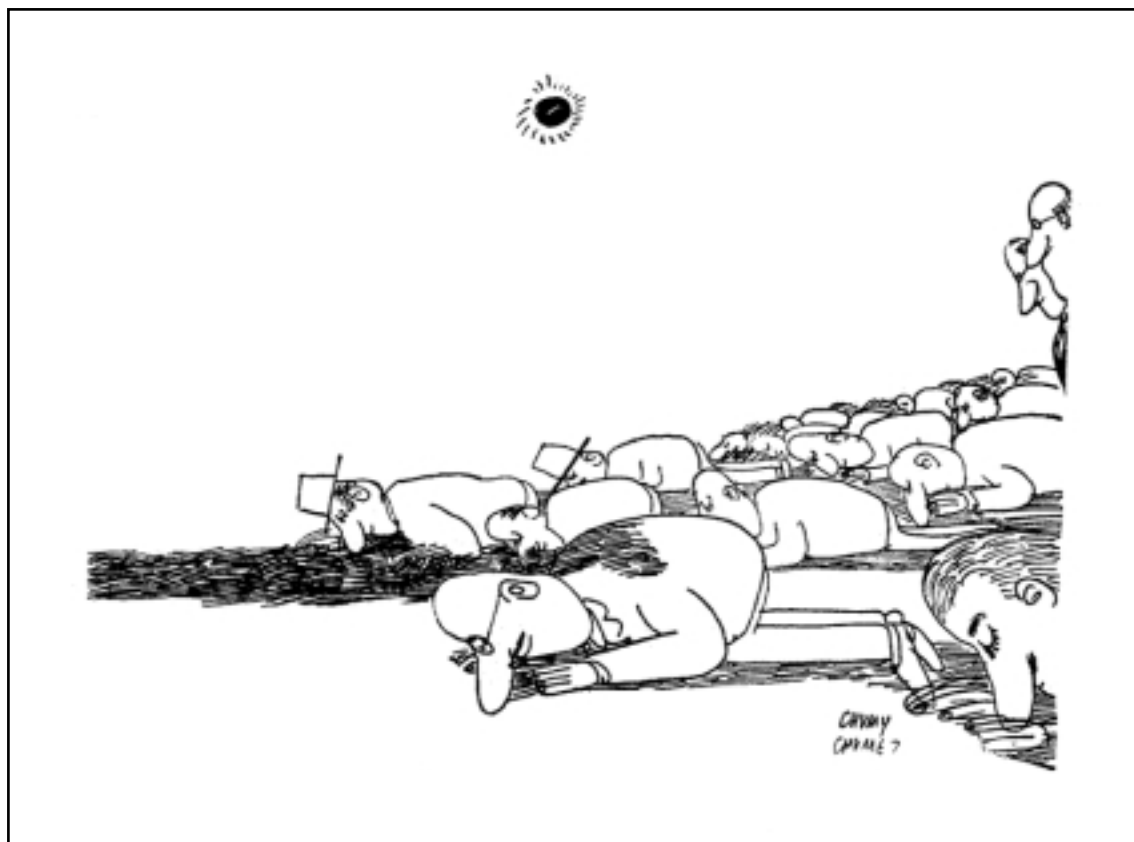




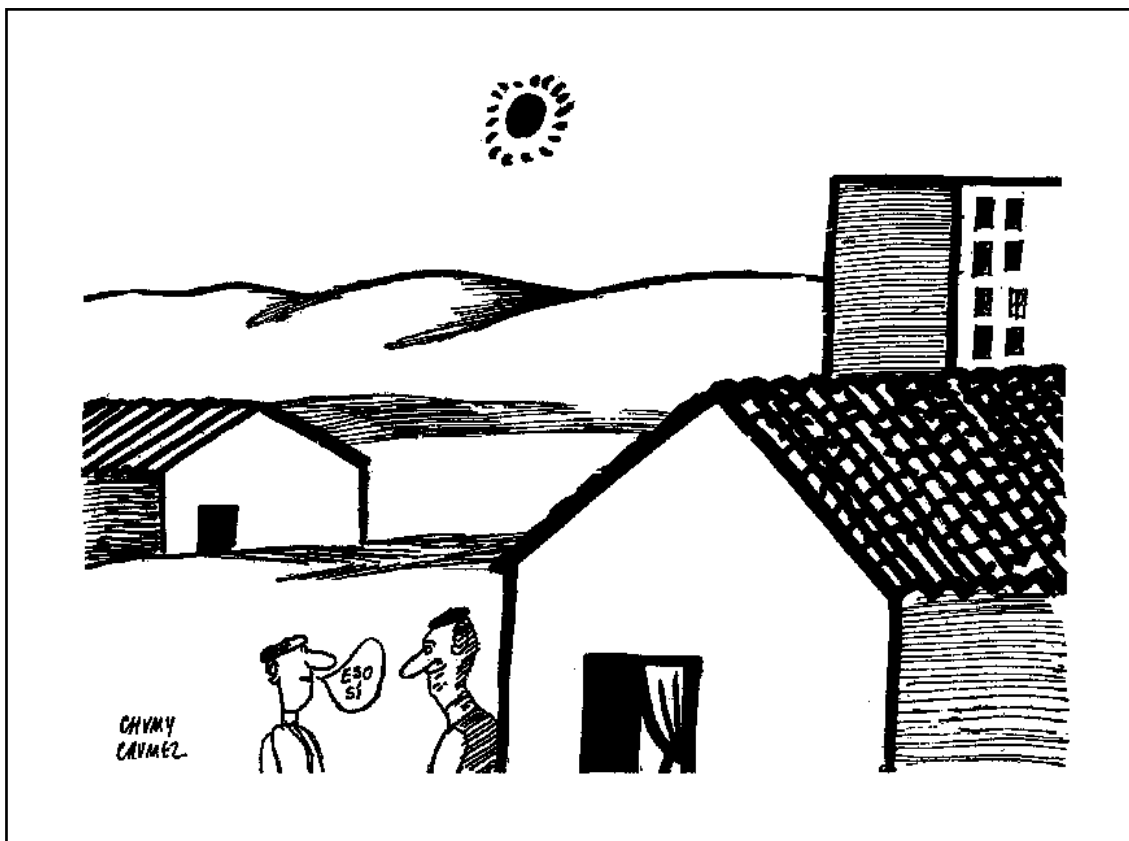
TYPICAL SPANISH



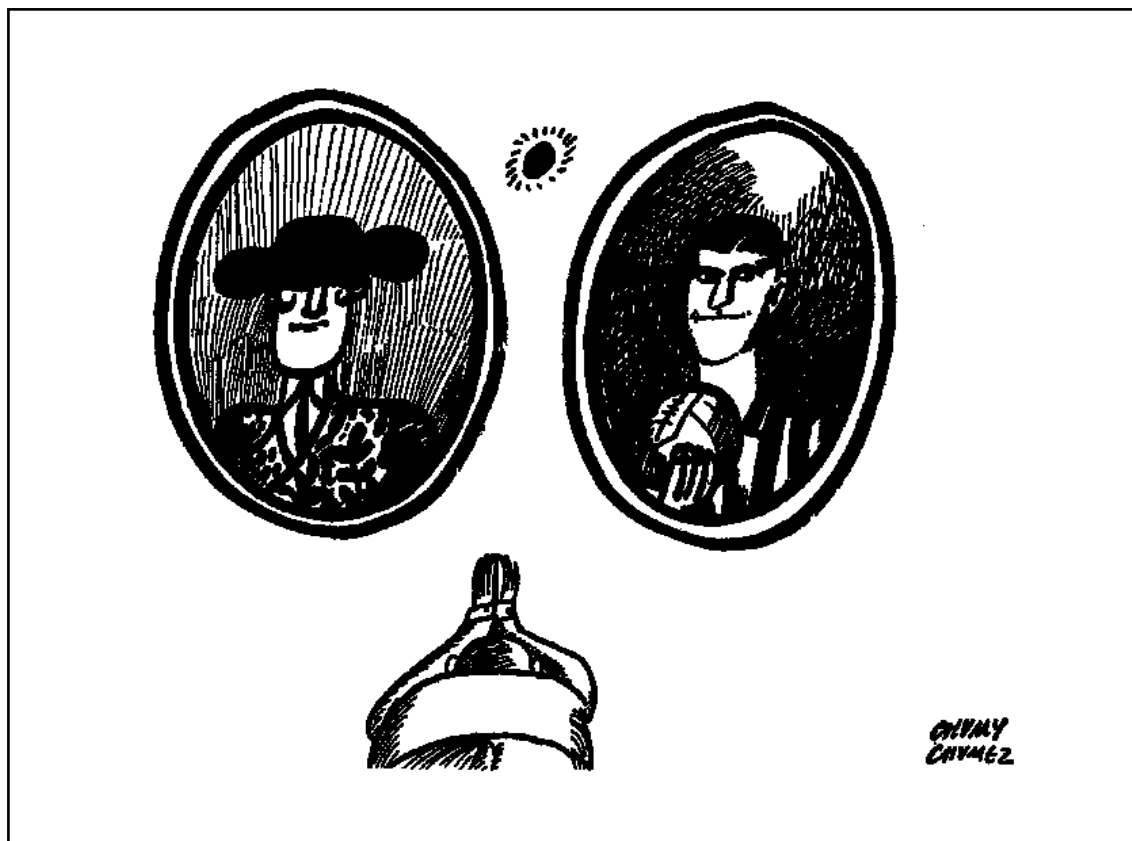
*CHINA
CHINEZ*



—Mucho peor que al becerro: están adorando al torero de oro.

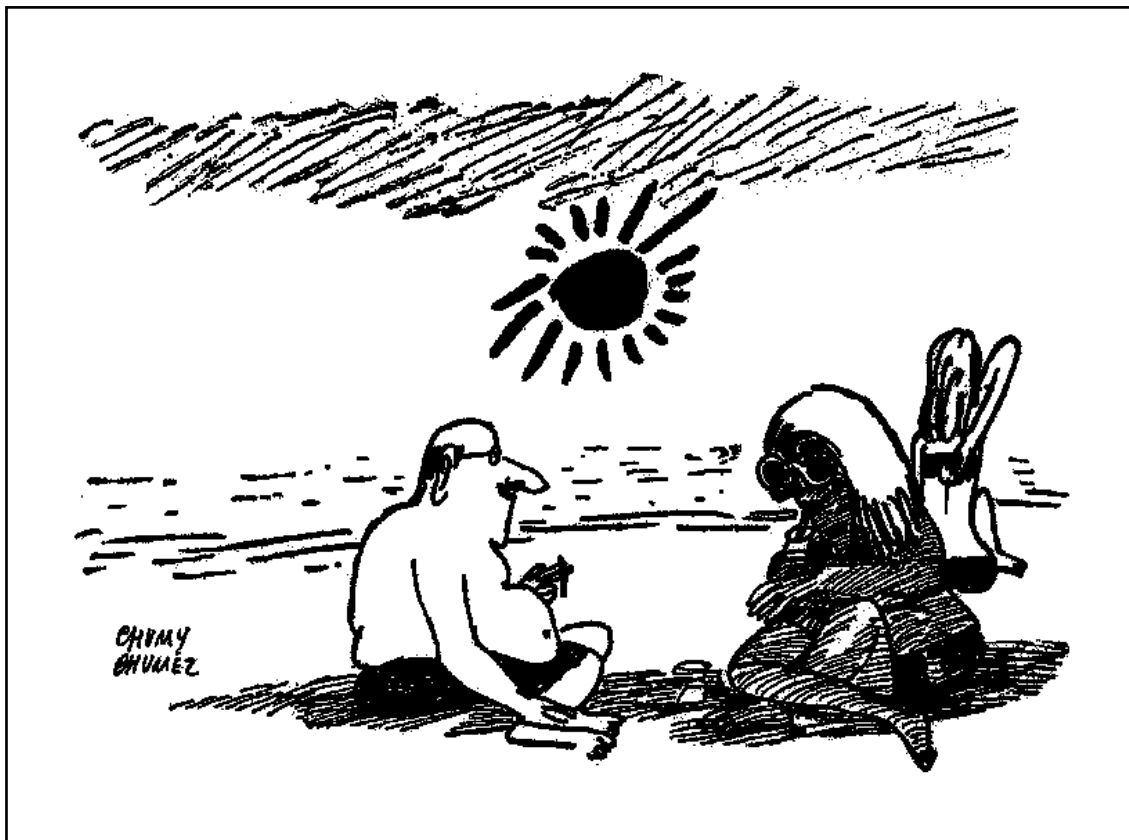


—¿De qué les sirve a los americanos todo el oro del mundo, si no han conseguido ver jugar al Real Madrid un domingo sí y otro no, como podemos nosotros, eh?



PAN, FUTBOL Y TOROS

—A ver si Dios nos manda un par de buenas cogidas
y un par de copas y así salvamos también este verano.

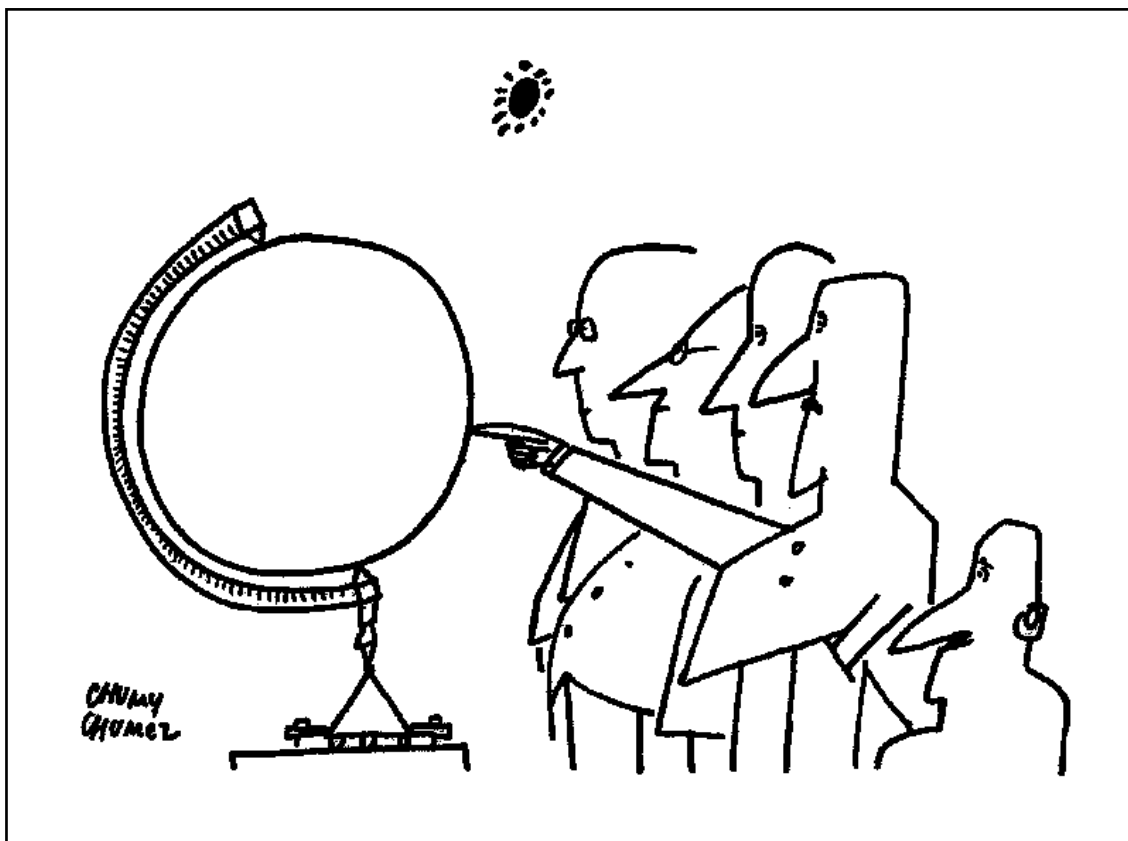


—Si consiguiéramos que las procesiones pasasen siempre por la playa, la Semana Santa española sería perfecta, ¿verdad, darling?

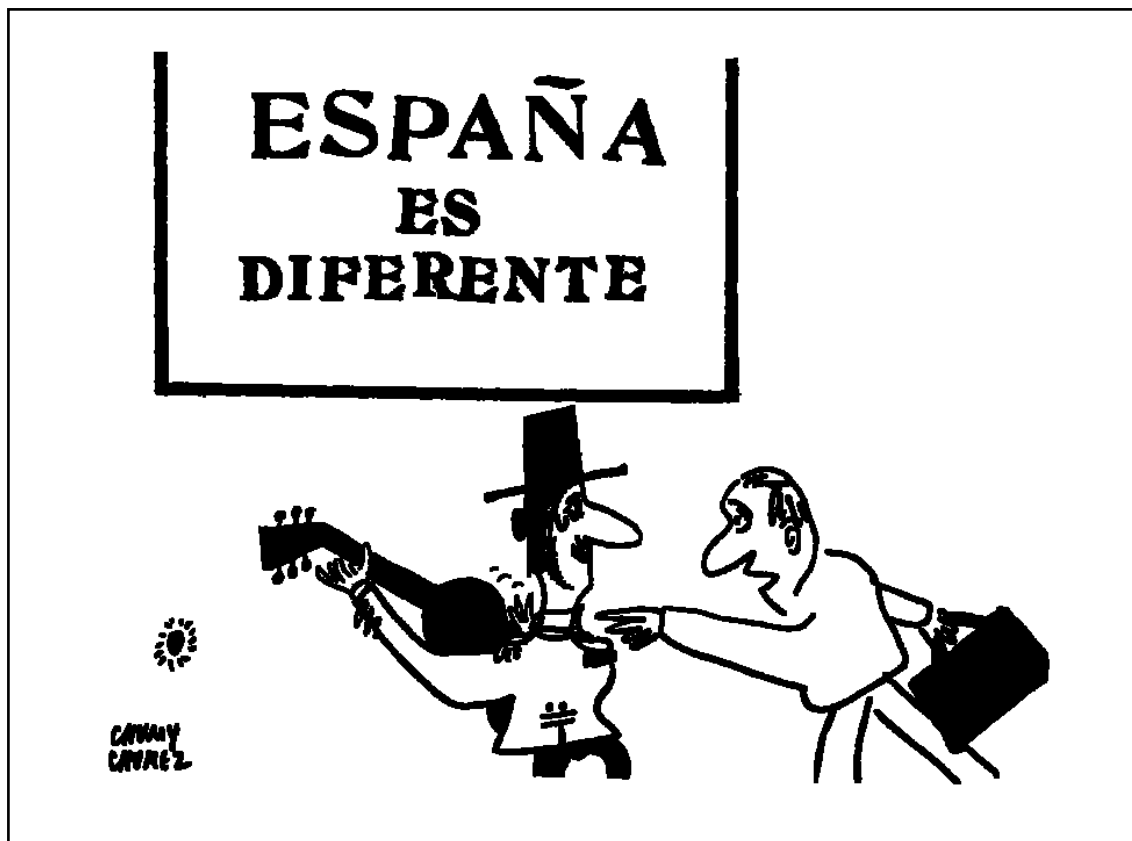


TUDO POR EL TURISMO

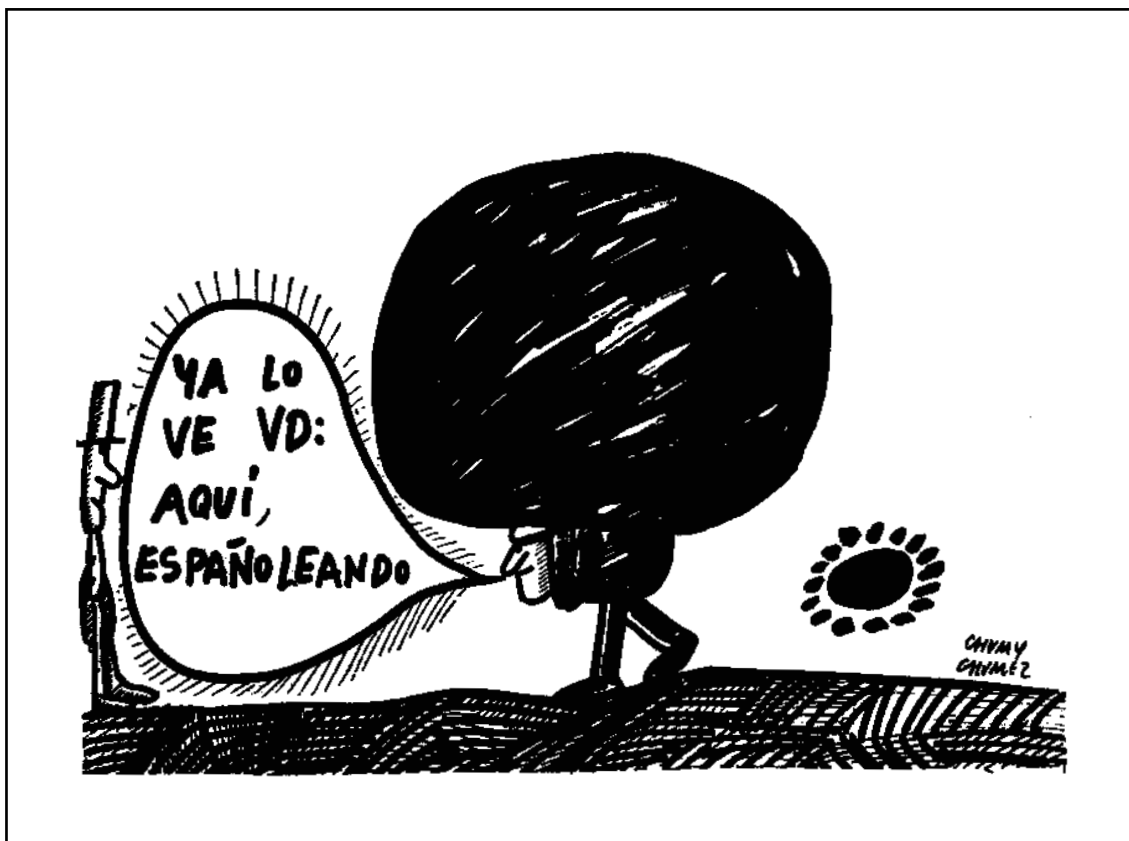
—Nosotros queremos ver una «typical spanish» guerra civil.

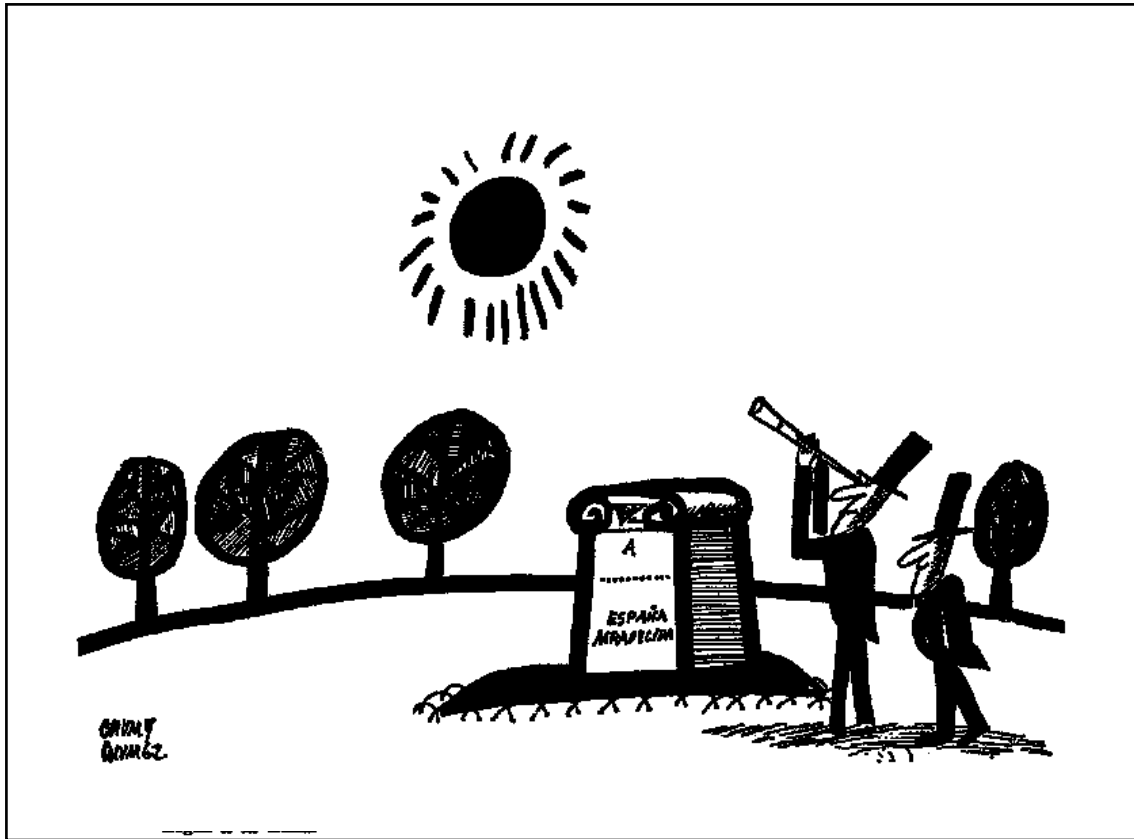


—¿Y por qué no declaramos a España reserva europea de espiritualidad, artesanía y folklore?

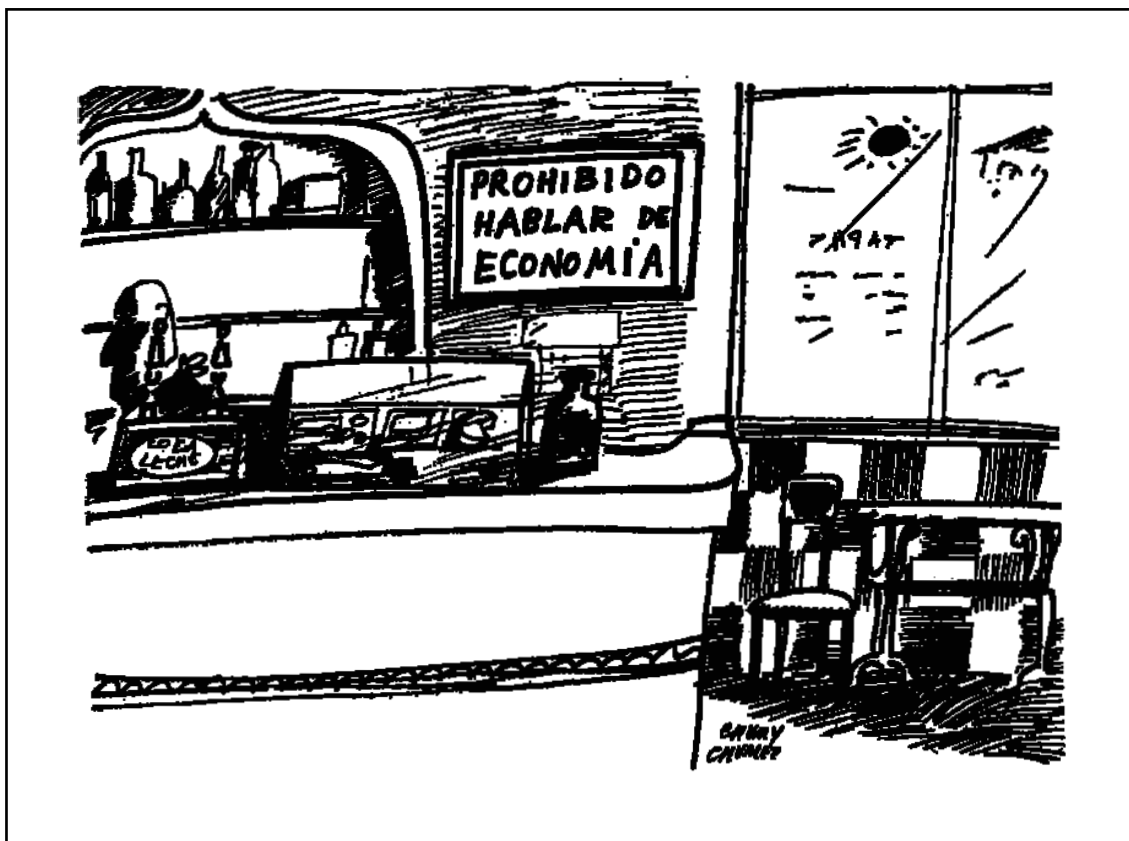


—¿Y por qué no tratan de impedirlo?

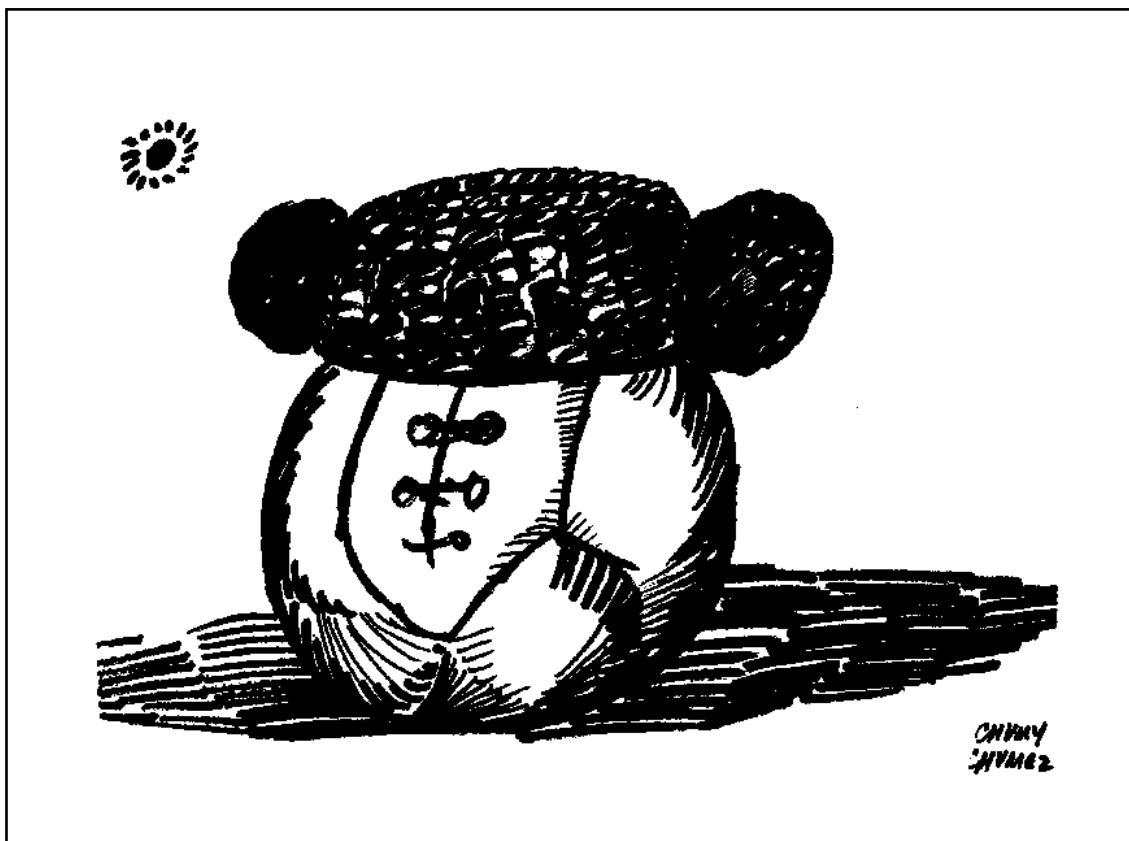




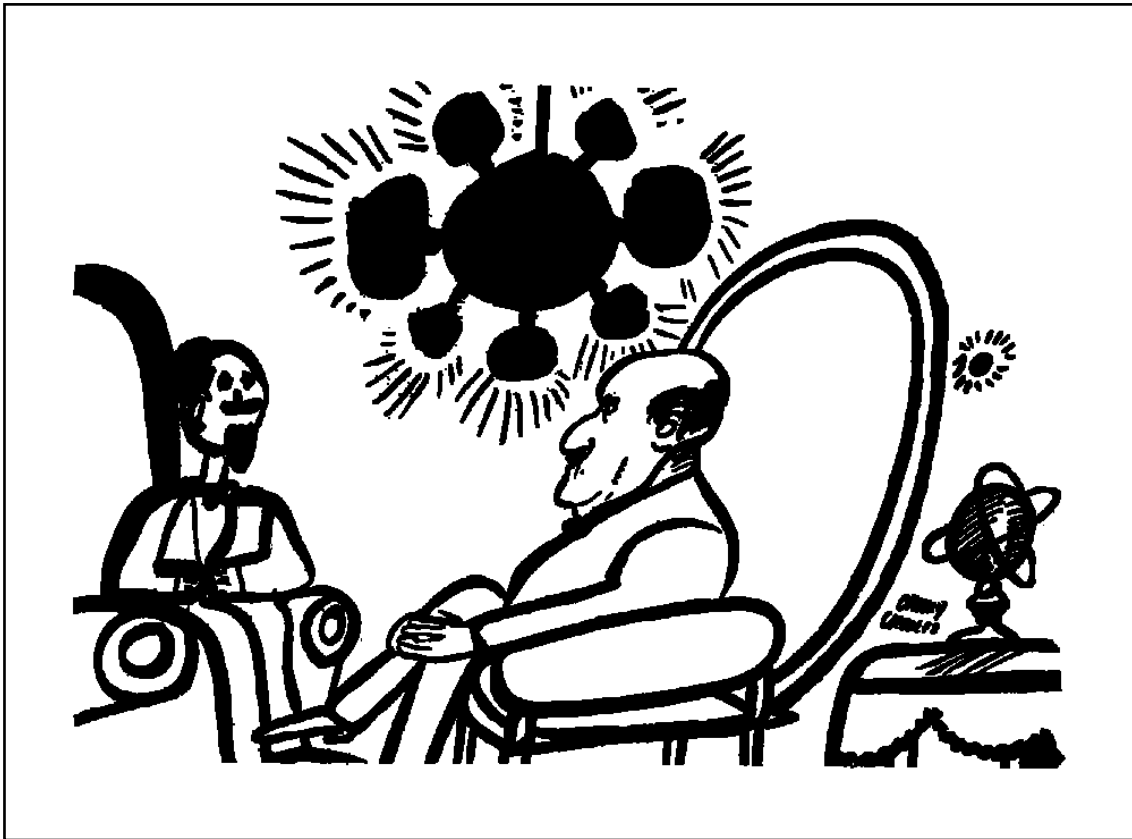
—Pues aquí no queremos quedarnos atrás en eso de la carrera del espacio, y ya tenemos preparado un pedestal para ser los primeros en colocar una estatua del primer hombre que llegue a la luna.



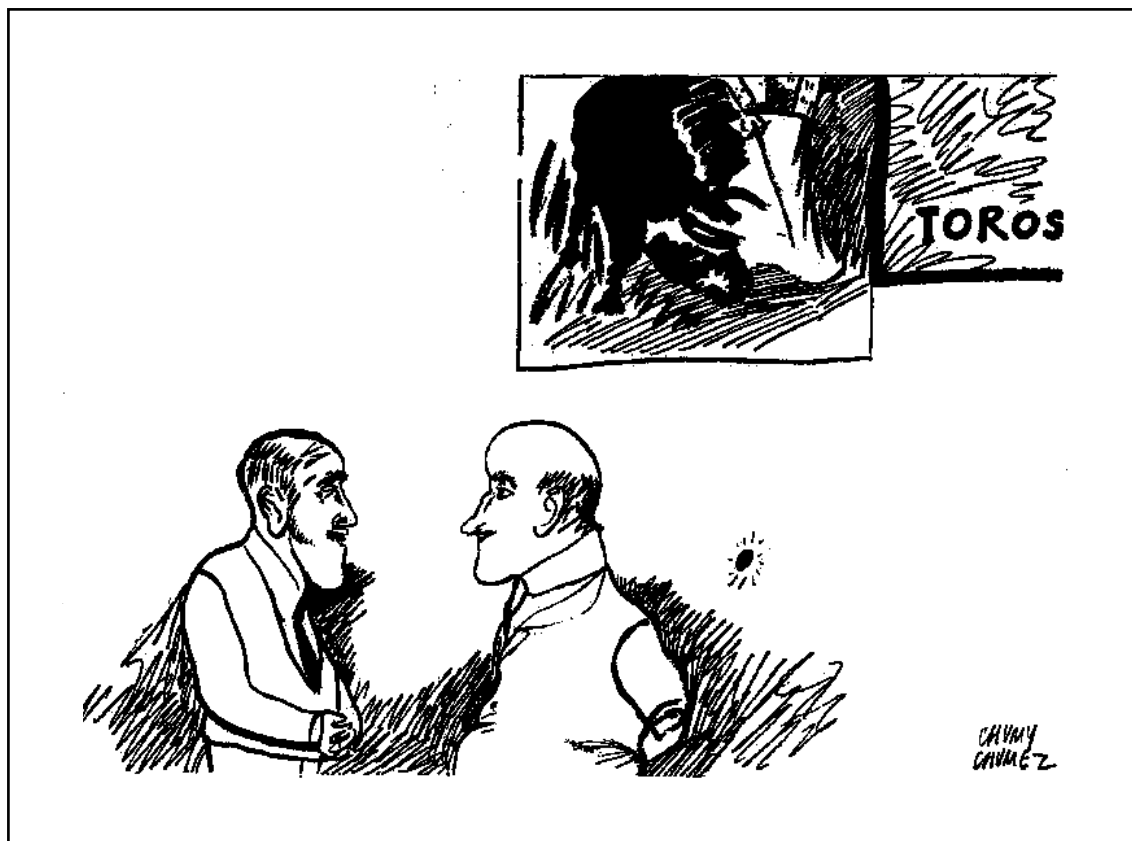








—En confianza te diré que yo veo con mucho pesimismo el pasado de España.

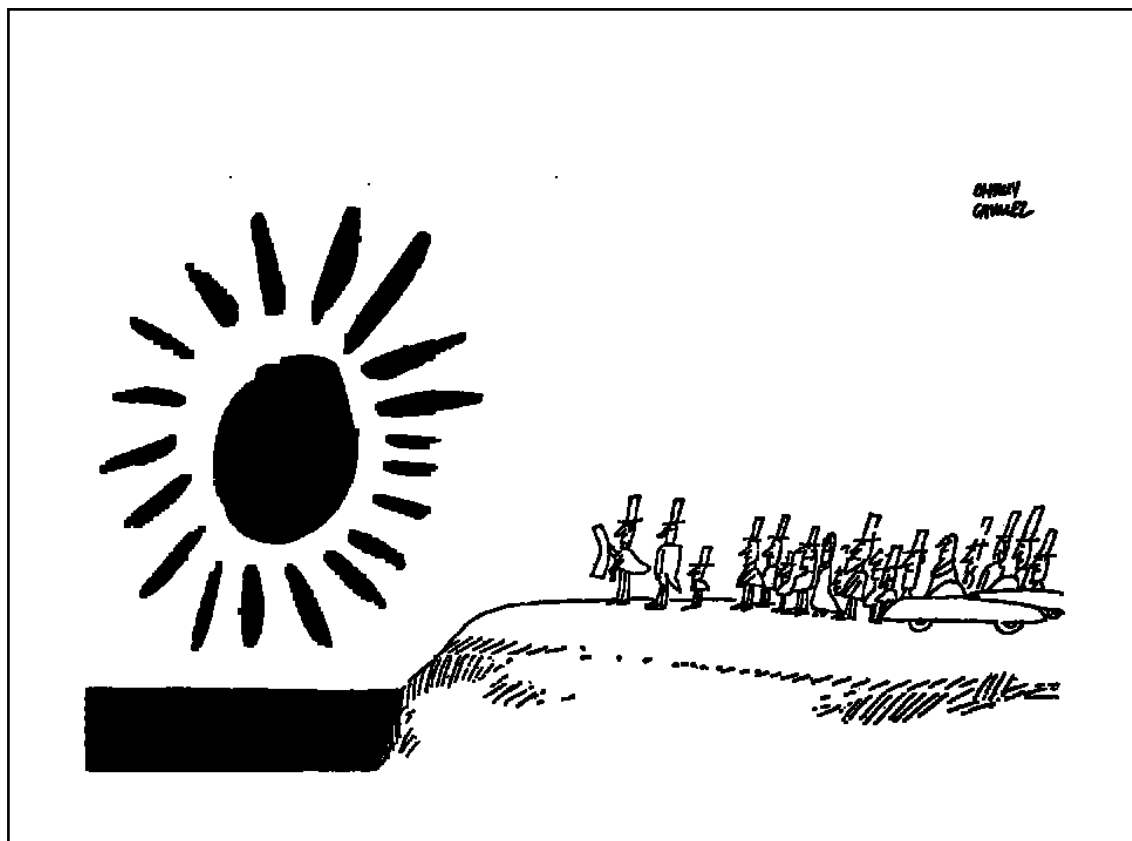


—Sí, el fútbol tiene lo suyo; pero te confieso que yo, cuando empieza la temporada taurina, me siento como más hombre.

ESPAÑA
ES
in-DIFERENTE



CHINCH
CHINCH



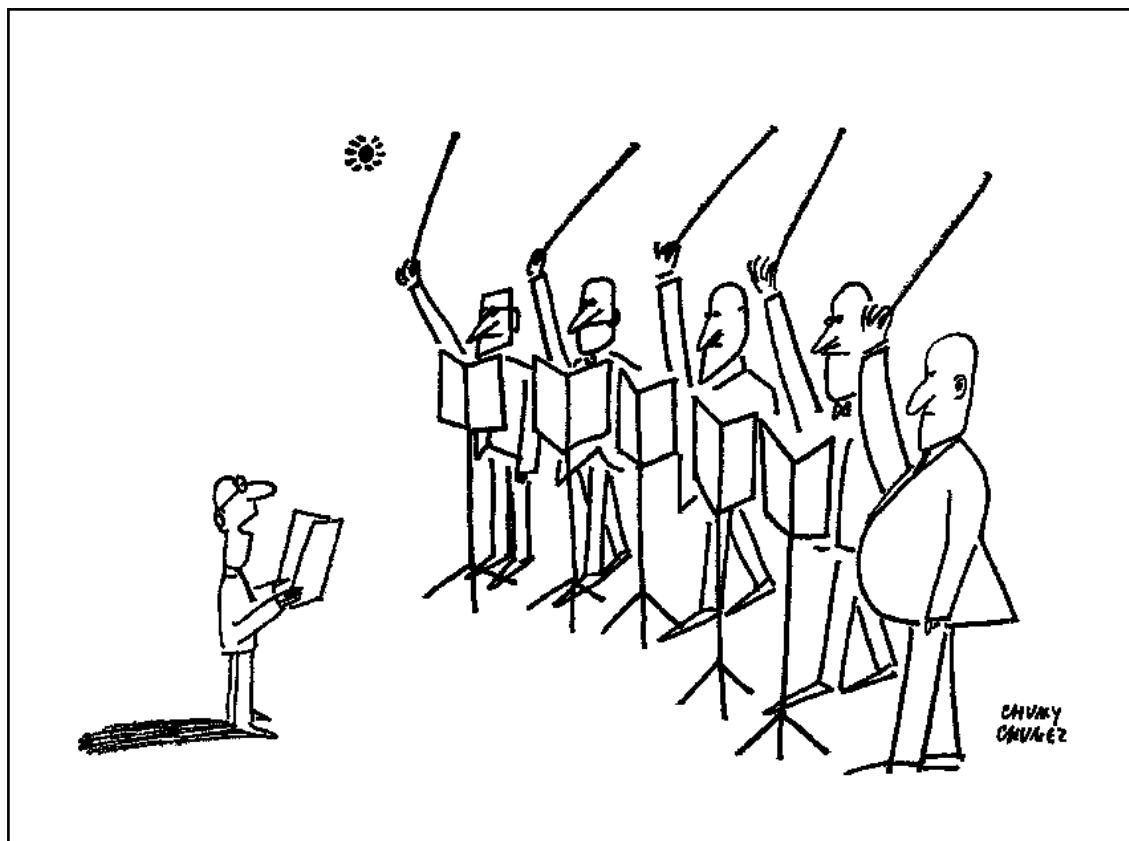
Solemne concesión al sol de la medalla al mérito turístico.





—¡El del transistor, que lo apague!



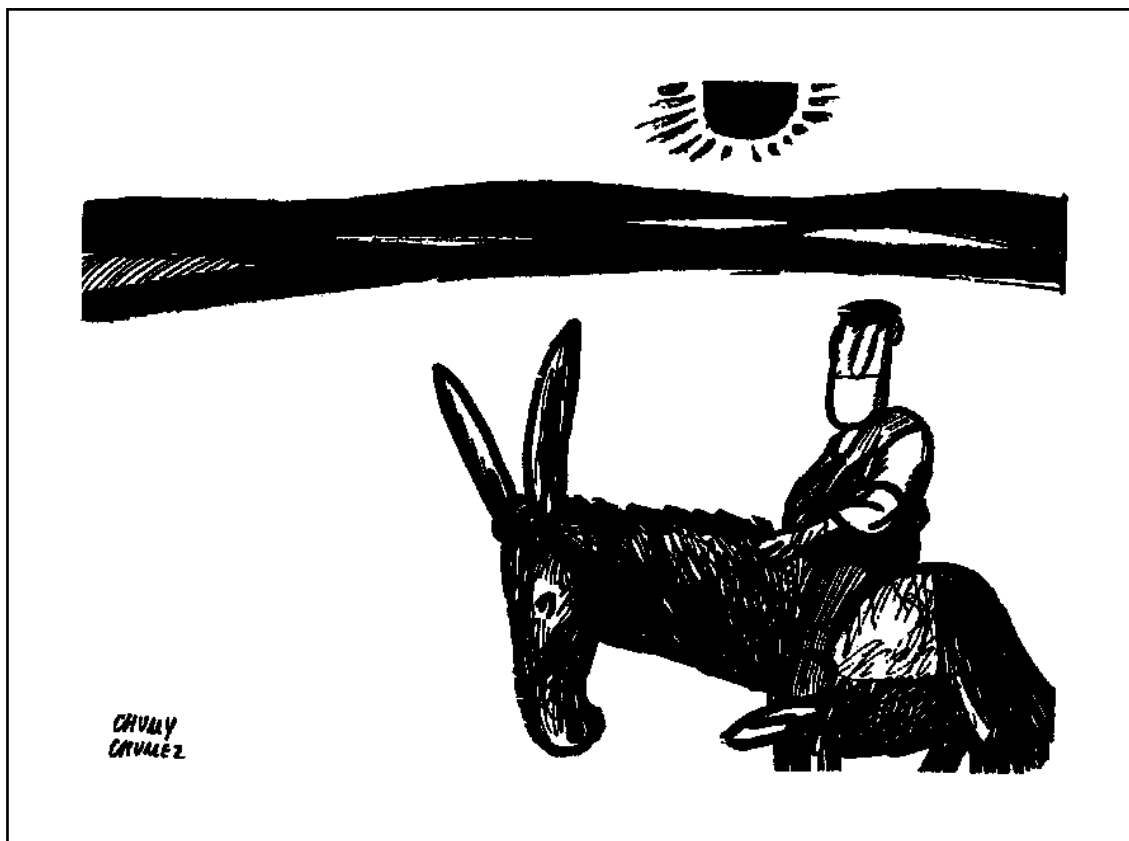


DE NUESTRA COSECHA

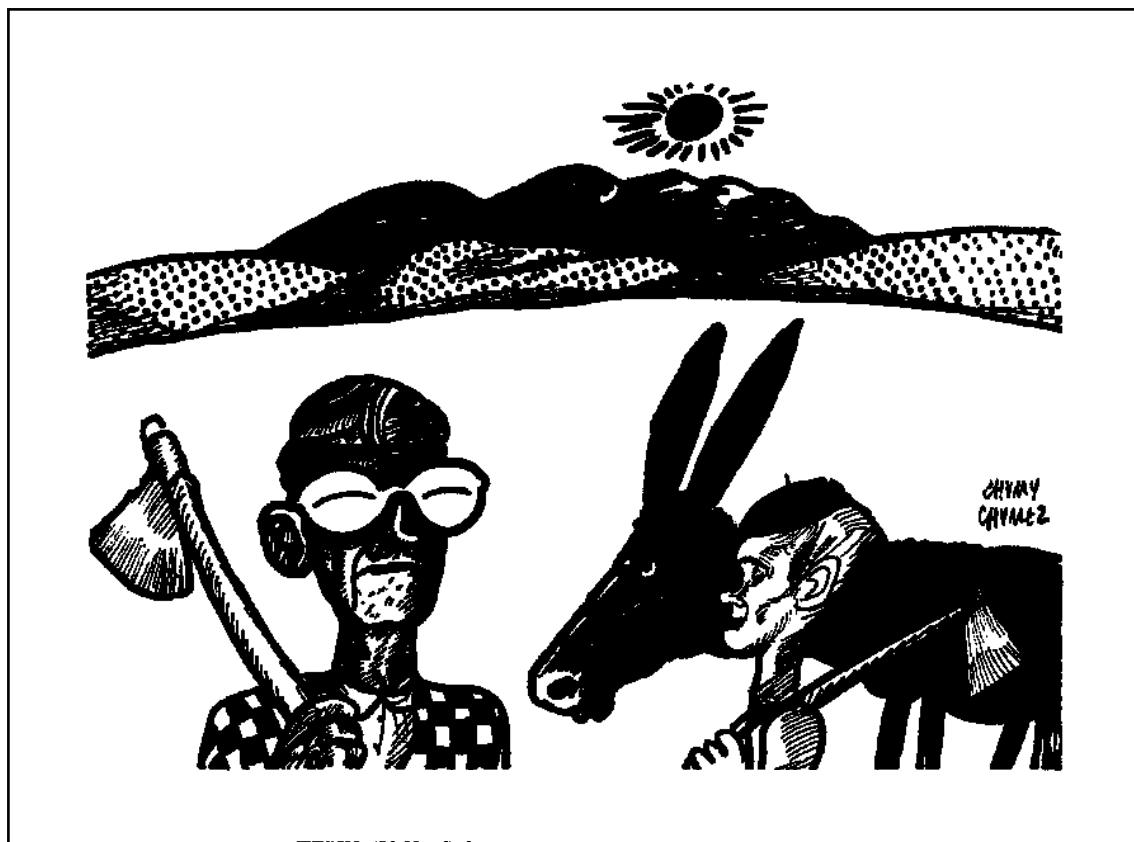


CHUANY
CRUIZ

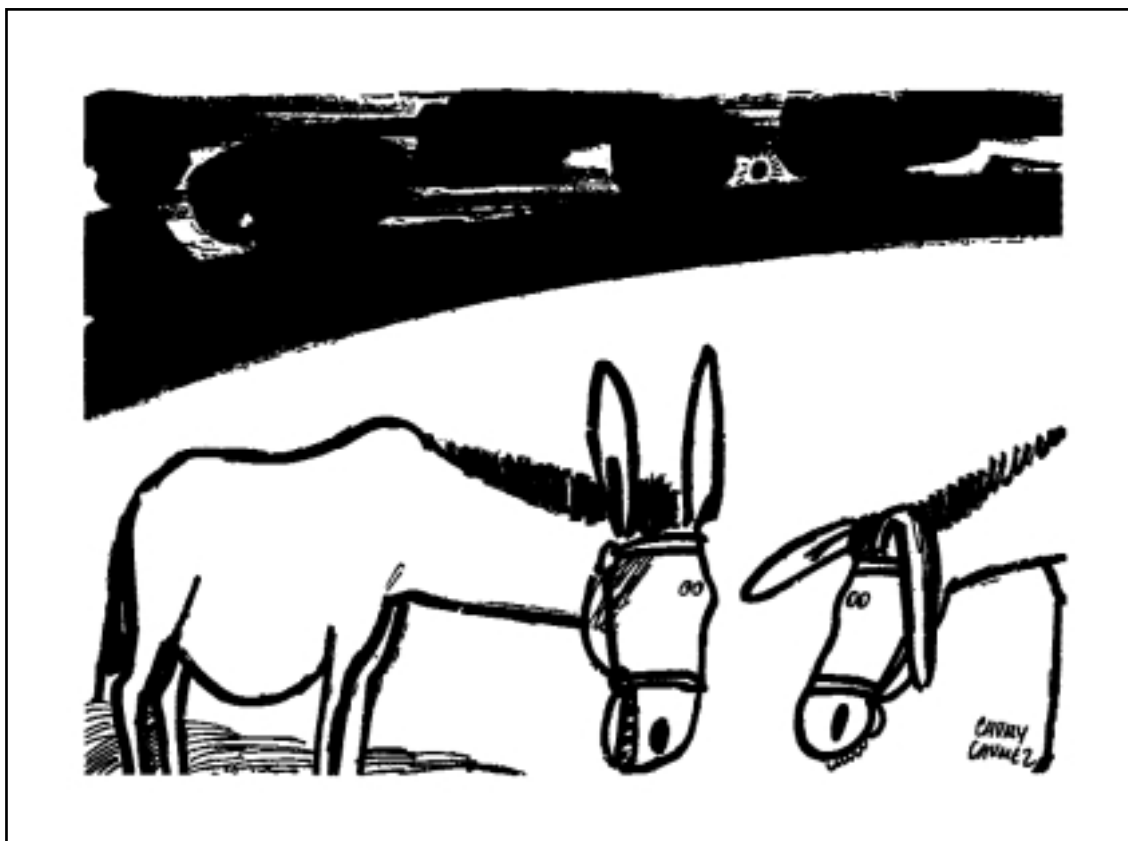




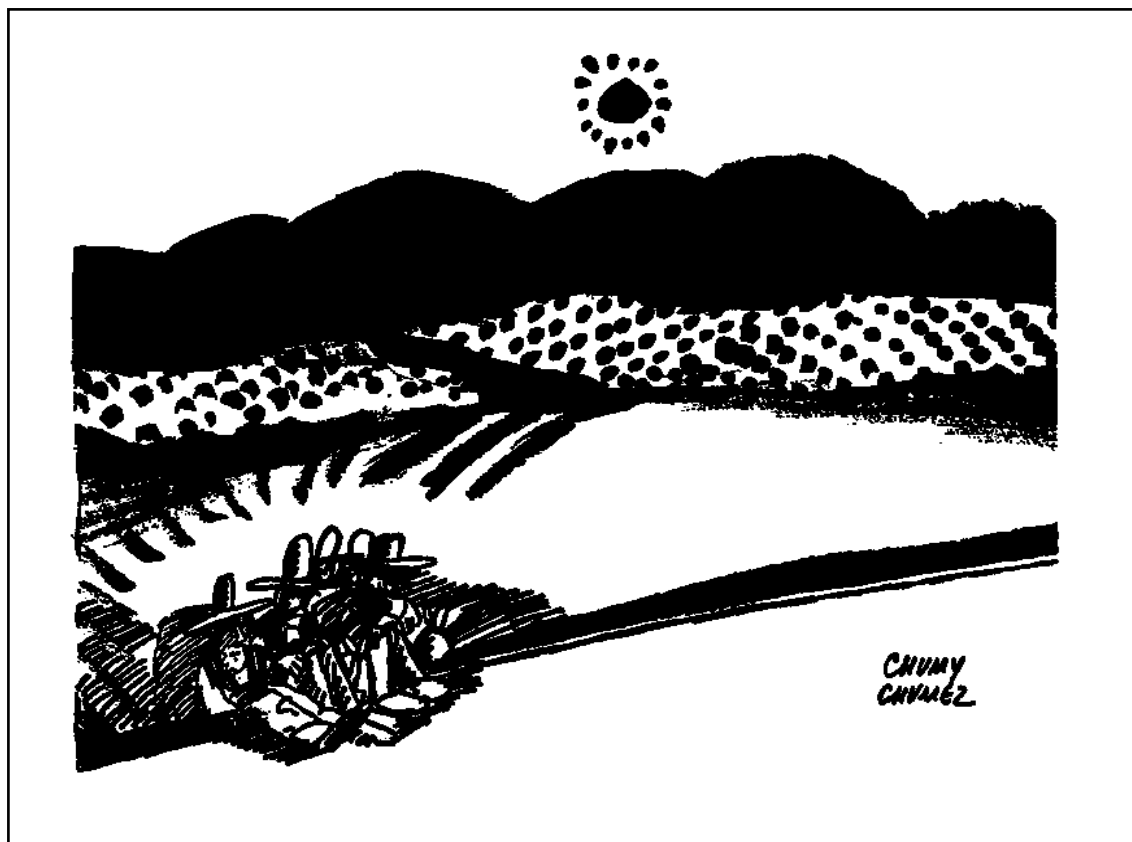
—Por aquí hemos tenido la reforma agraria de que ahora los propietarios no son los de antes, sino sus hijos.



—Debe de tratarse de otro pueblo, porque, desengáñate,
Endelecio, lo «pop» no nos va.



—En el extranjero la gente de nuestra clase es tractor.



—Tengo unas ganas de que empiecen a llegar esos veinte millones de turistas para al menos poder entretenerme en algo contándolos.

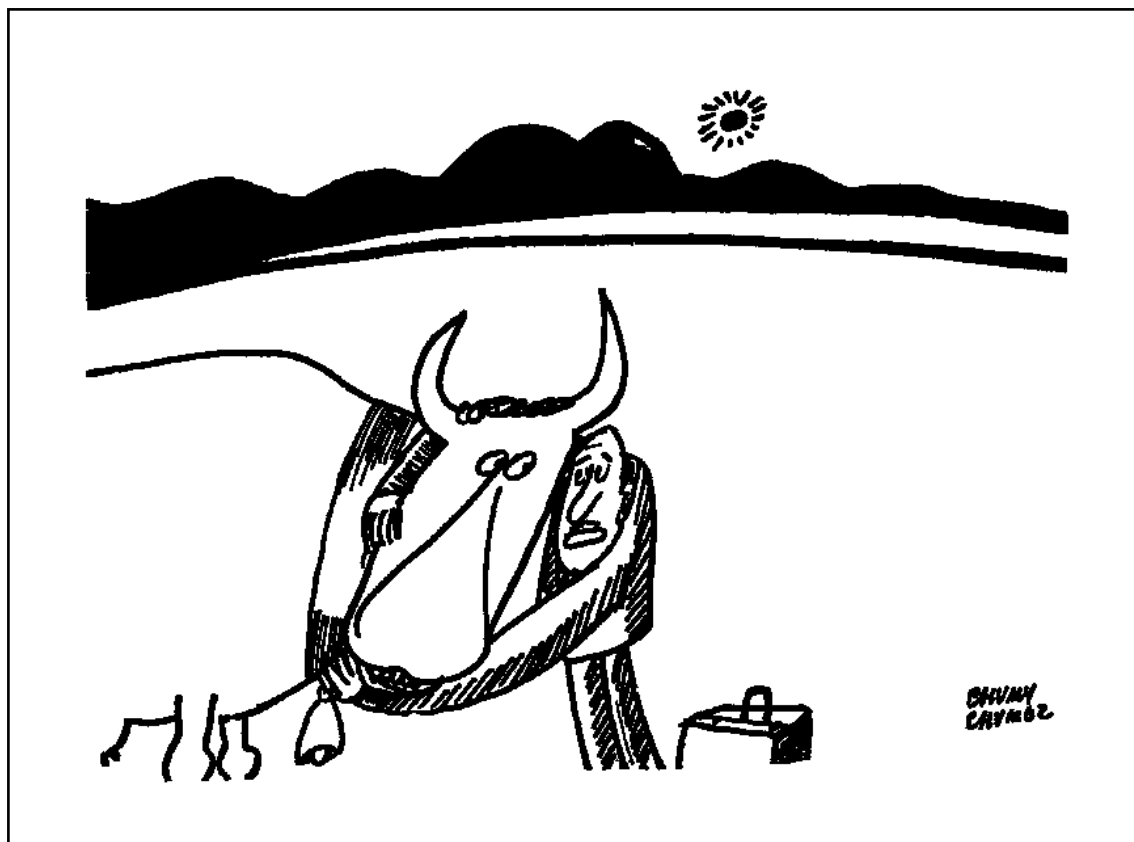




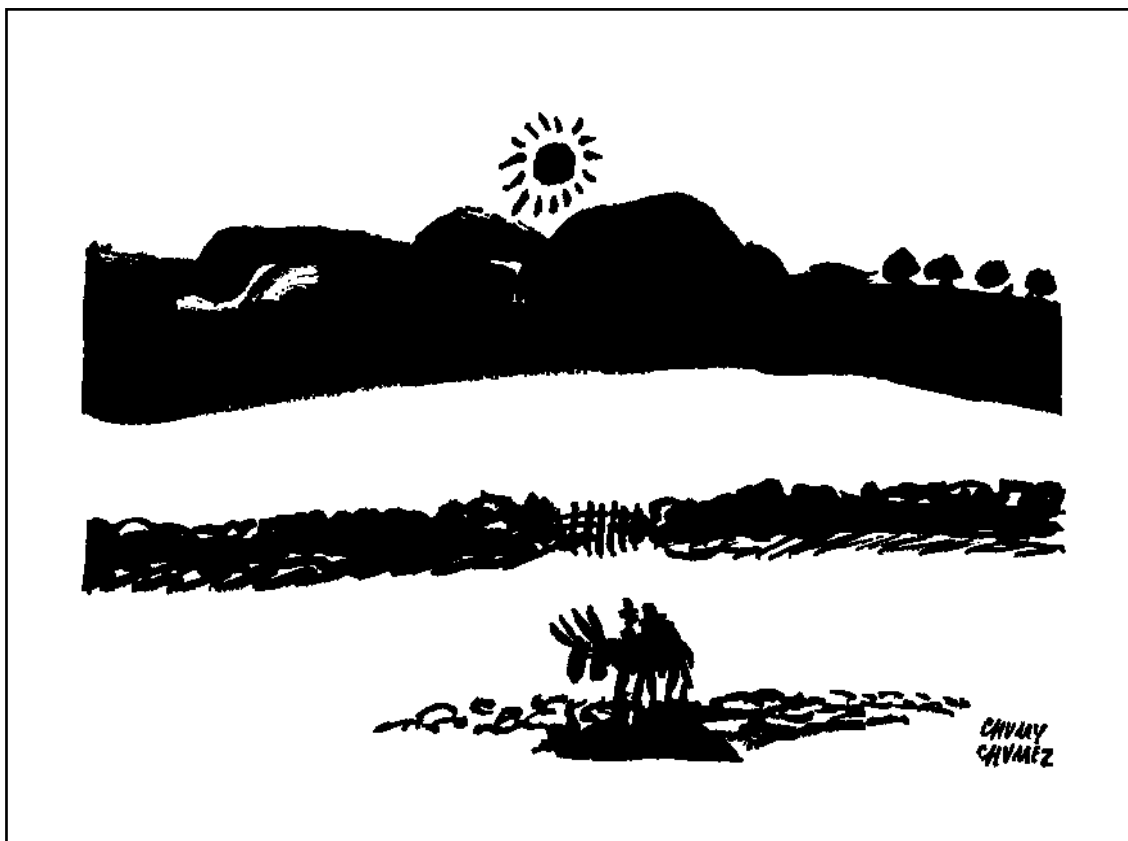
—Buenas gentes, ¿les importaría ocultarse detrás de aquel árbol para que podamos gozar de la visión de la espléndida belleza del campo?



—¡Como lo oyes! ¡Te lo juro! A mí me vienen y me dicen:
 «¿Quieres ser Presidente de los Estados Unidos?»
 ¡Pues no!, les respondería sin dudar...

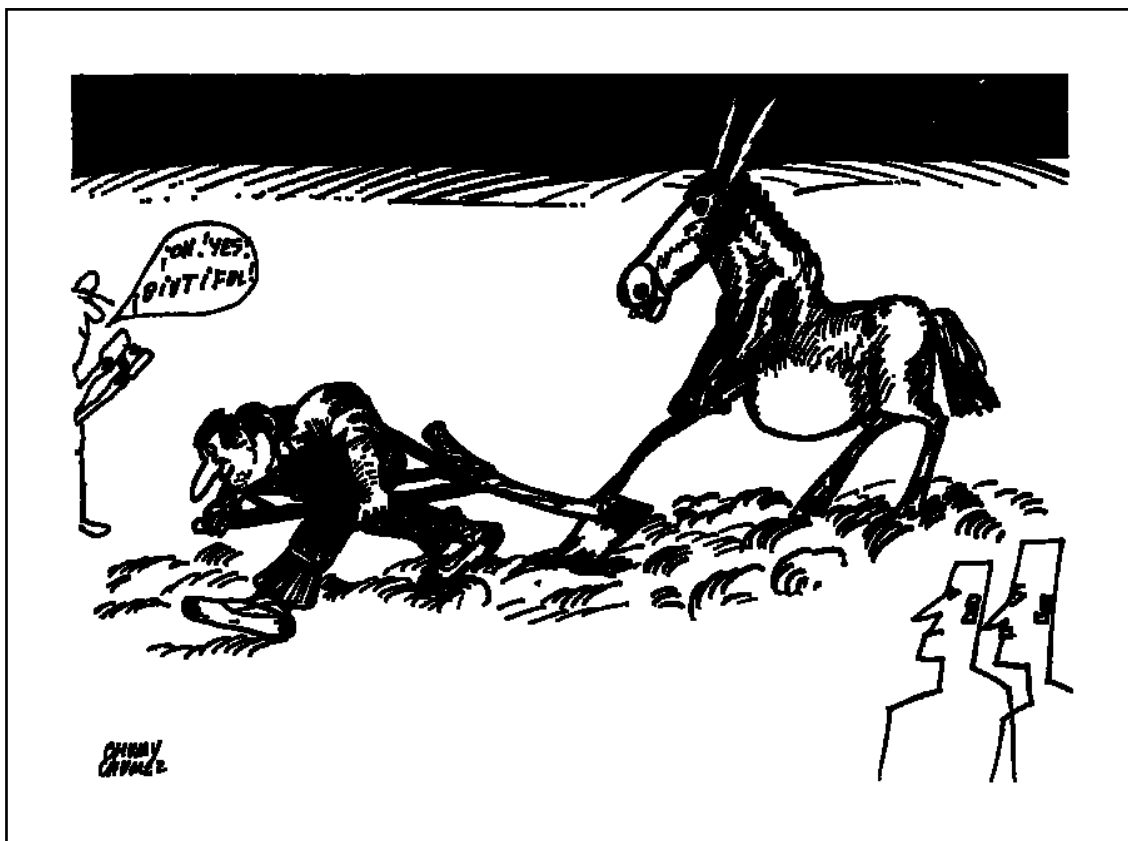


—¡Perdóname! Vuelvo a ti, porque otra vez me han defraudado los hombres.



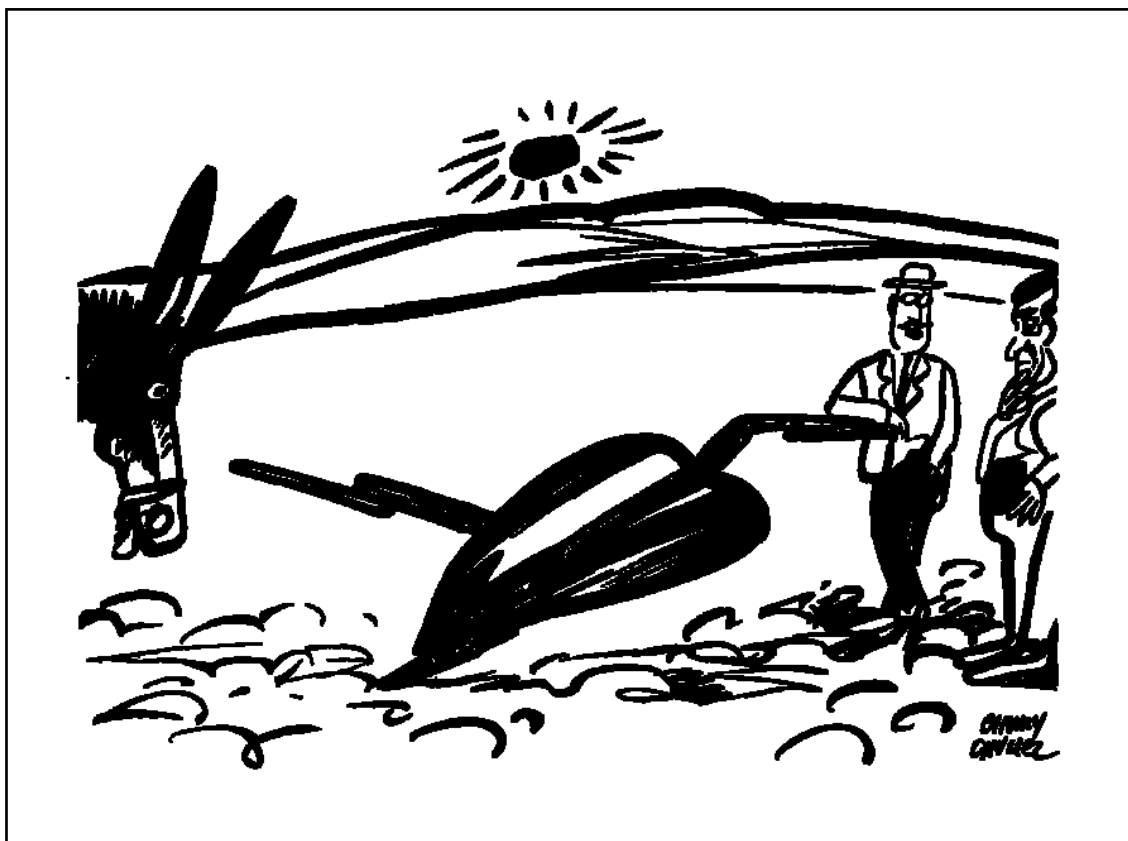
—Yo siempre llevo mi dólar en el bolsillo por si ocurre algún casual.





—Lo hacen sólo cuando pasan turistas, para que vean que España es diferente y no se marchen defraudados.





—Y por sólo cincuenta duros podemos poner a su arado romano esta bella y aerodinámica cubierta muy «ad hoc» a los tiempos contemporáneos en que vivimos.



PLAGAS DEL CAMPO

La llegada de los intermediarios y los especuladores.



—Mira: la nube. Ya tenemos que ir pensando en las inundaciones.



—¡Y pensar que si aquí hubiese problemas raciales,
nosotros seríamos los negros!



—Yo sigo lavando en el río porque he leído en Marcuse que los bienes de consumo pueden alienarme.



—Quiero llevarme un recuerdo de su hermoso sol de España.
¿Quiere ponerme una gota de sudor en este frasquito?

DE PADRES A HIJOS



CHIVAN
CHIVAN



—No me mire usted así, buen labriego.

Piense que los jóvenes tenemos que divertirnos.

—Lo comprendo, pero piense que yo cumplí ayer los veinte años, señorito.



—Mis superiores son muy buenos. Me han dicho que si les obedezco en todo me dejan cantar una canción protesta.



—¡Es que los jóvenes de hoy, hijo mío, queréis ser más leninistas que el Papa!



—Sed agradecidos a vuestros padres y pensad que si no fuera por nosotros ahora no tendríais tantos motivos para protestar.



—¡Papaíto! ¿Puedo ir a una fiesta «hippy» a beneficio de los subnormales?

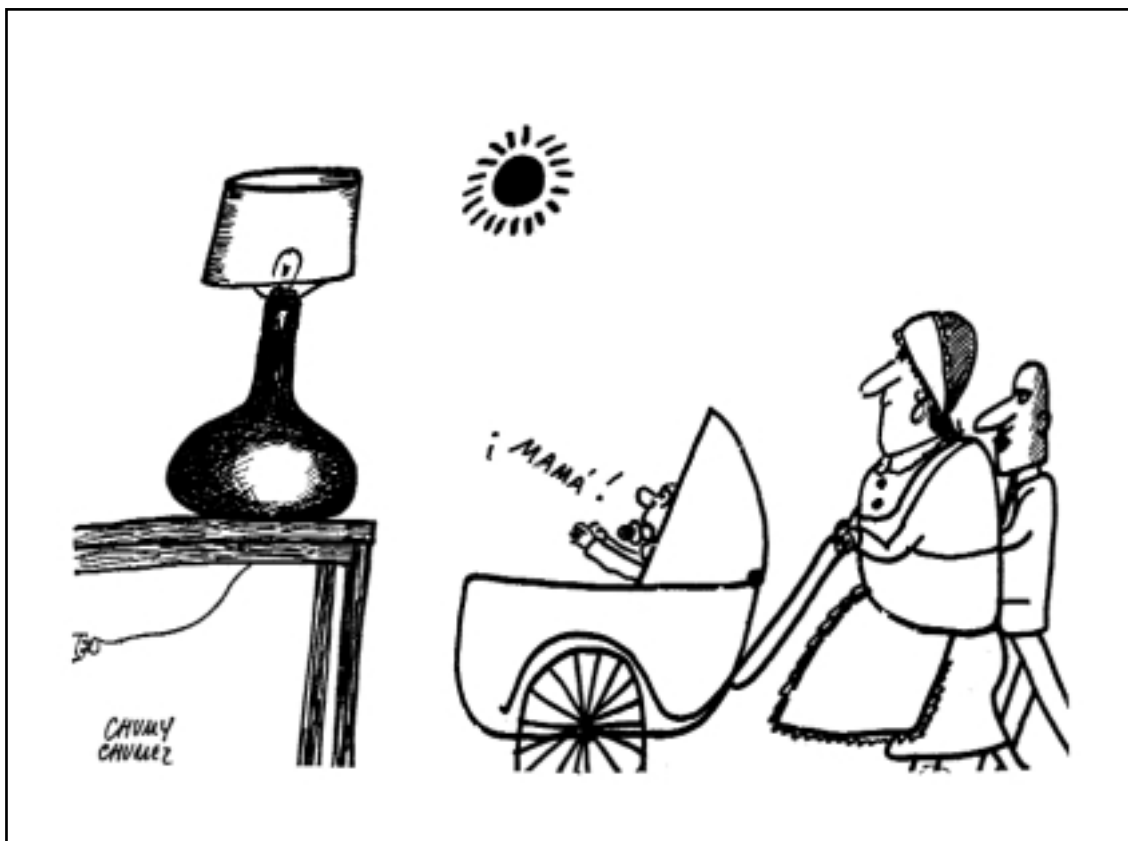
—¡Pero si tú no necesitas nada, tontuela!



—¡Qué va a ser un «hippy»! Lo que ocurre es que tiene moho.



—Si no fuese porque piden fechas, la historia de España sería facilísima, porque es siempre lo mismo.



NIÑOS ARTIFICIALES

—¡Pobrecito! Como ha nacido en una probeta, cada vez que ve una garrafa se cree que es su madre.



—¡Goza, goza, hijo mío! Que tengo entendido que en el año dos mil, más del seis por ciento de la población vivirá como nosotros.

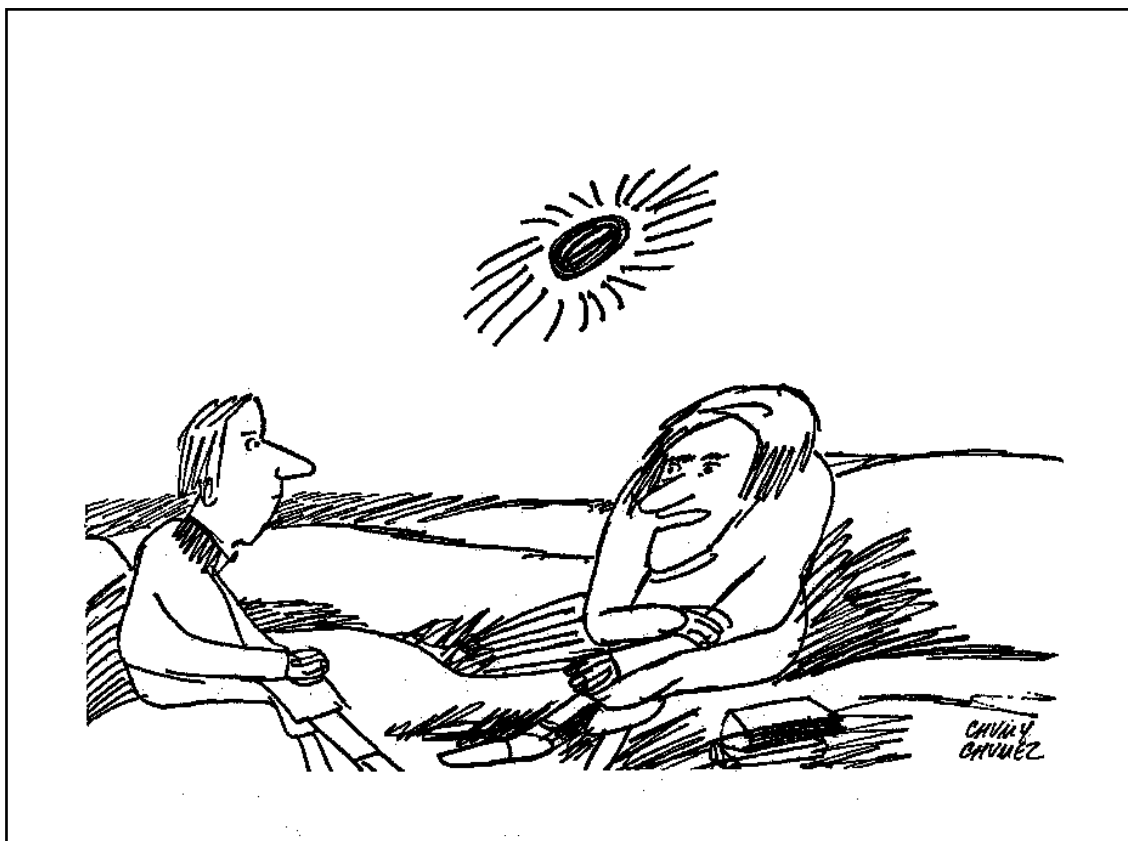








—«Hippy», lo que se dice «hippy», no, pero estoy segura de que es ligeramente posconciliar.



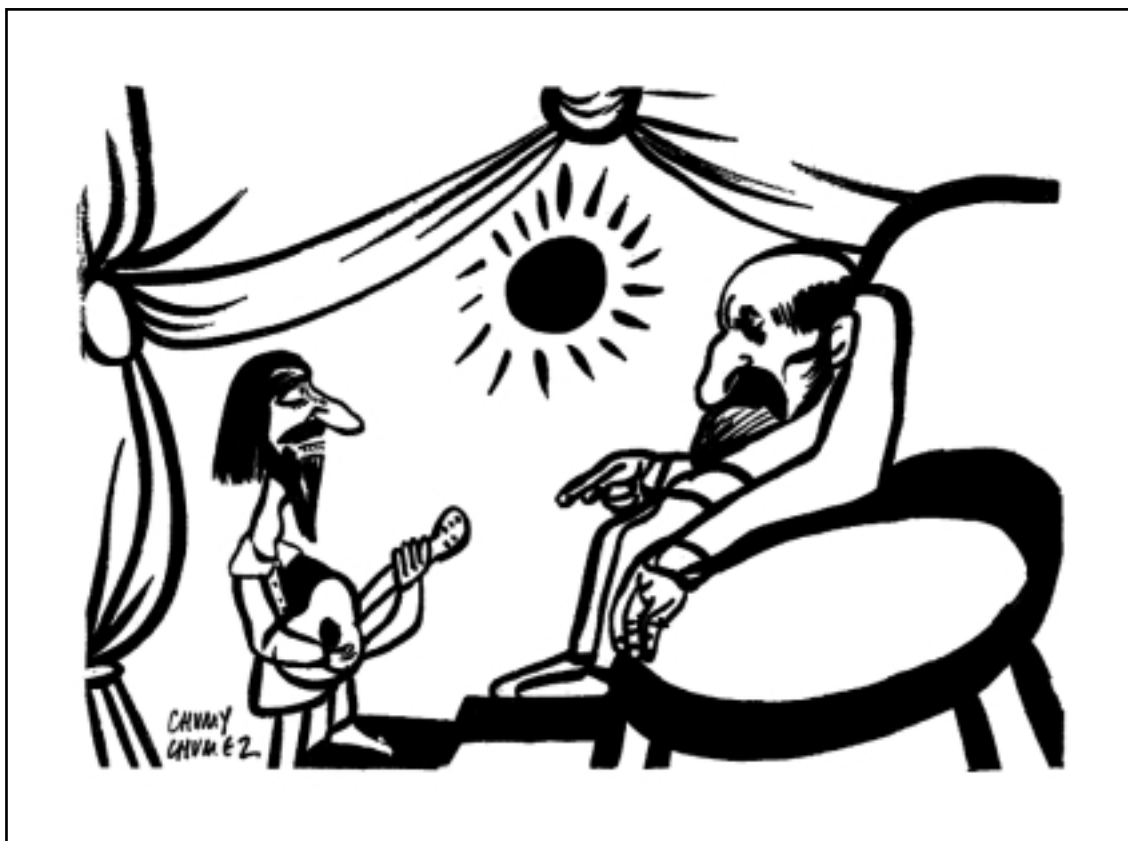
—A mí me parece que estoy estudiando para obediente.







—Te advierto, Luisito, que de hurgarte las narices
a la droga no hay más que un paso.



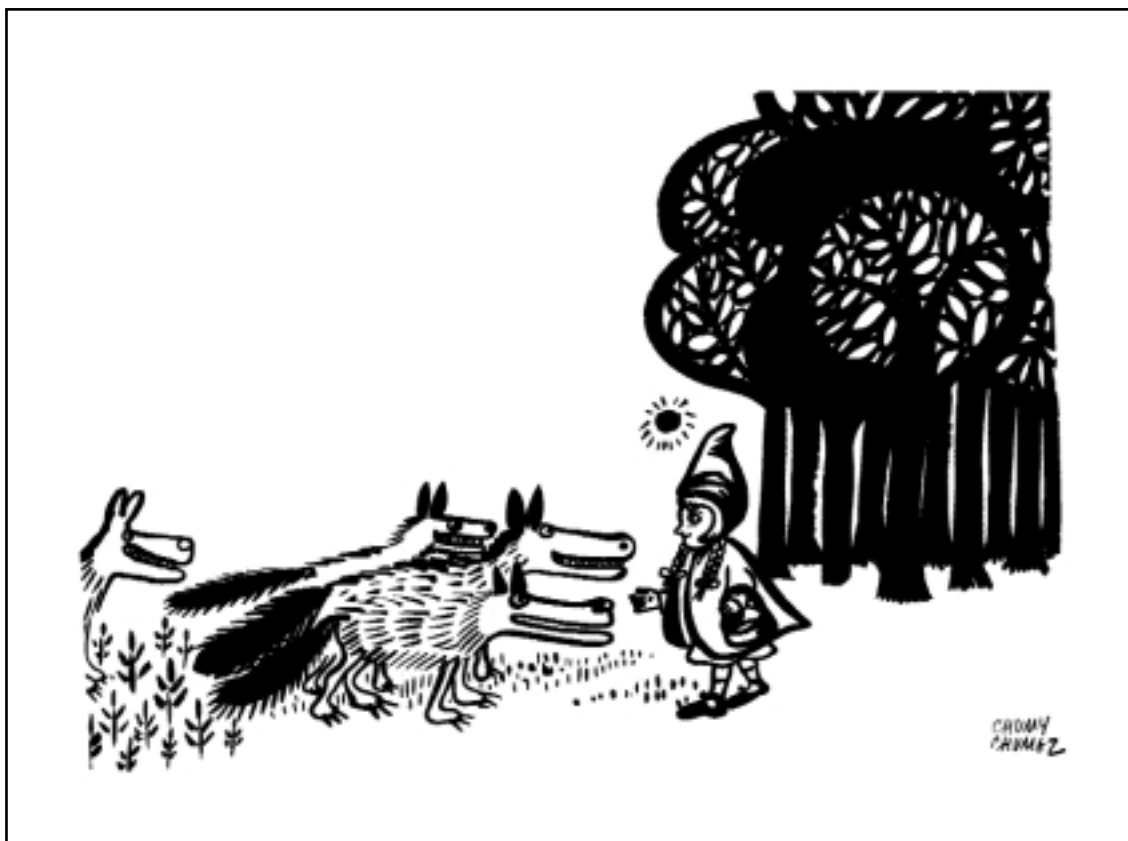
—Los jóvenes de ahora no sabéis lo que nosotros hemos trabajado para poder daros todo lo que os estamos prohibiendo.







—También a mí, cuando era joven, me tentó el diablo
y coqueteé con las izquierdas, hijo mío.



—Bueno, aquí tenéis la marihuana, pero no se lo digáis a mi abuelita.



—Que se sepa desde ahora:
Nosotros no nos hacemos responsables del siglo XXI.



—Ya que presumes de tener tanta formación, hablaré claramente contigo.
Si no obedeces a papá, papá no te dará la dosis semanal de marihuana.

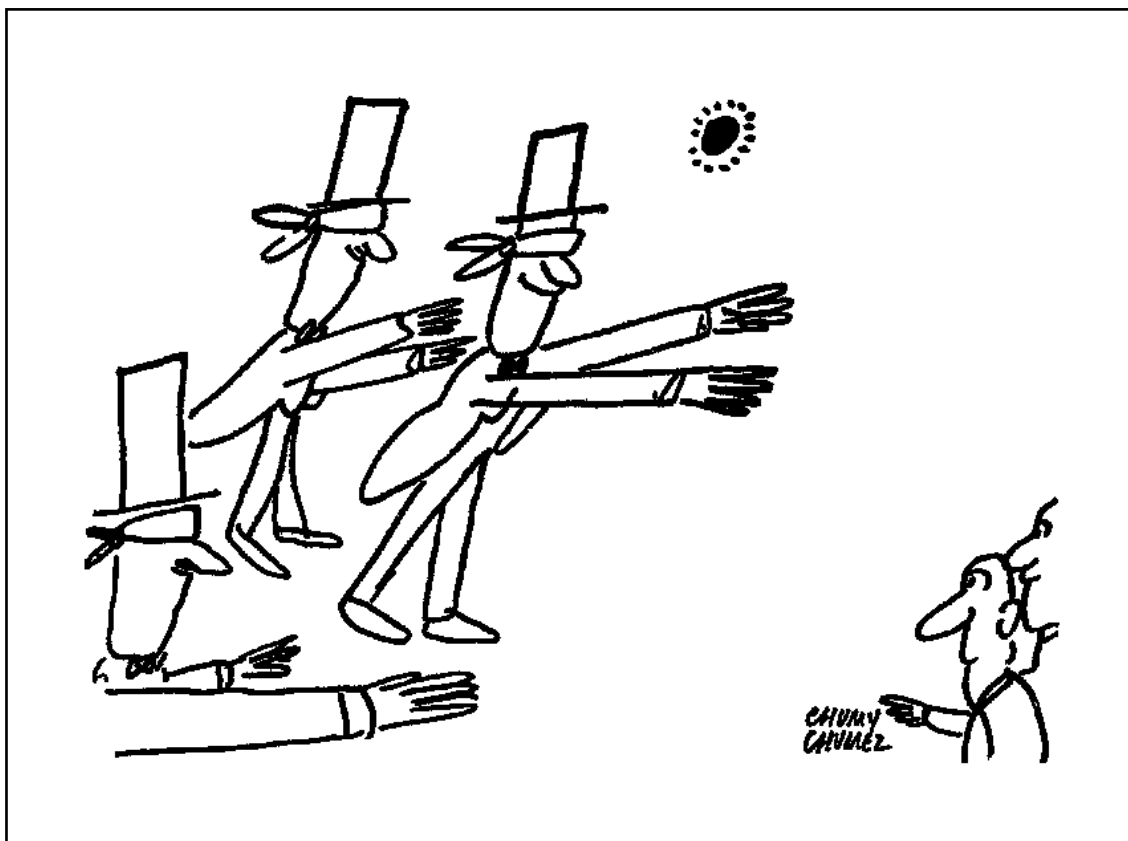
DESDE EL ESTRADO



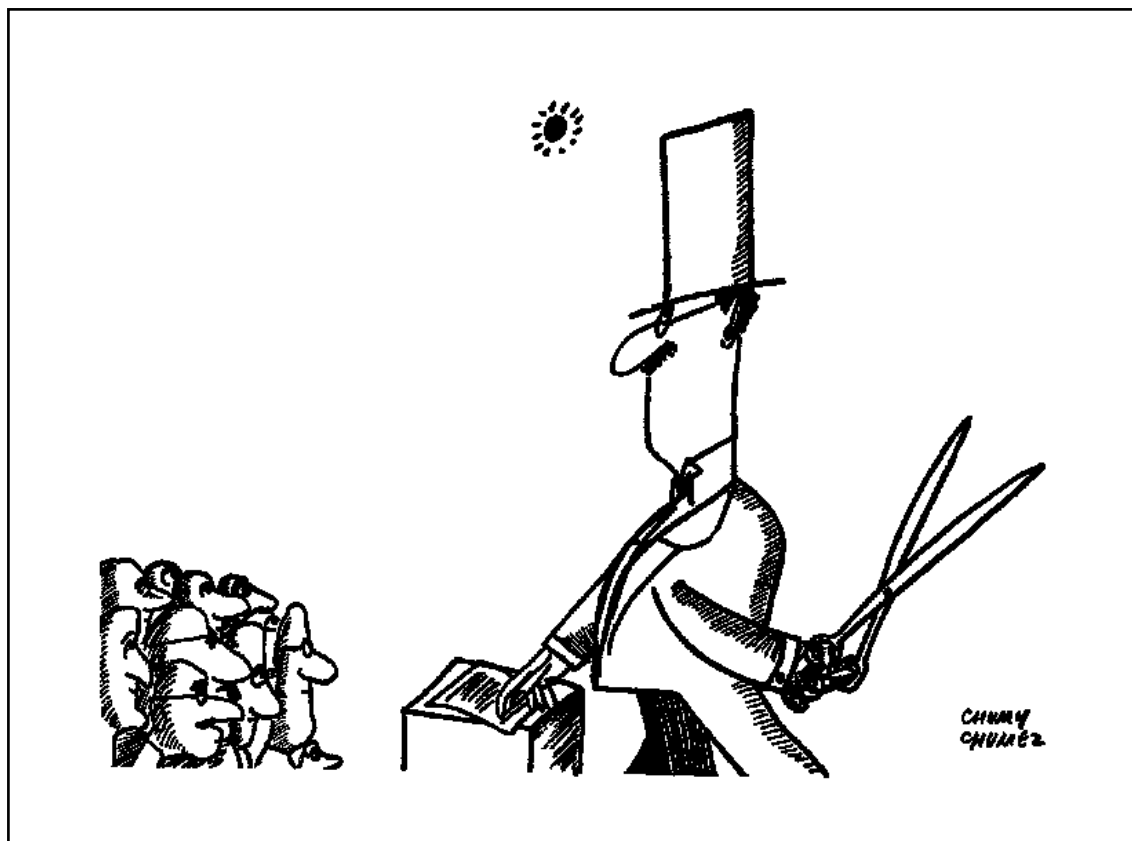
**OSWALDO
CHAVEZ**



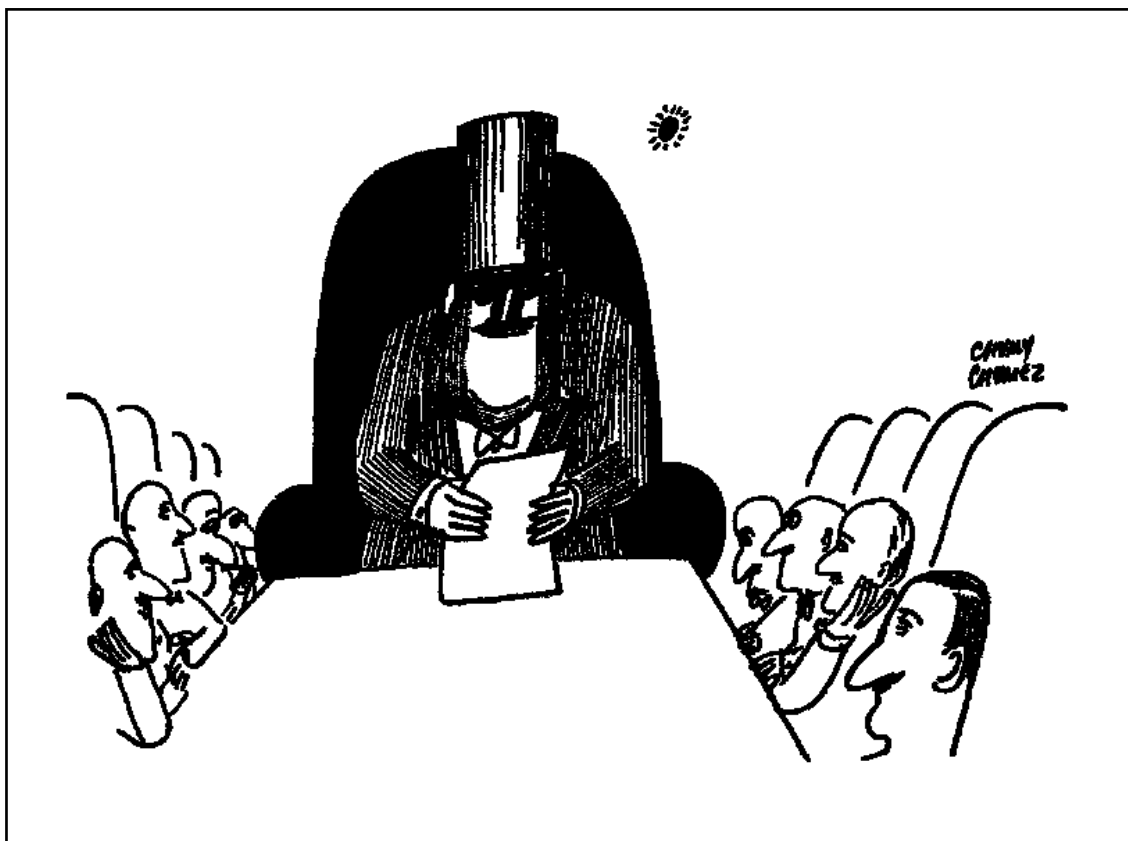
—Debe de estar leyendo el proyecto de ley de Secretos Oficiales.



—¡Sí, sí! Para jugar a la gallinita ciega están las cosas:
¡Están dirigiendo la economía, hombre!



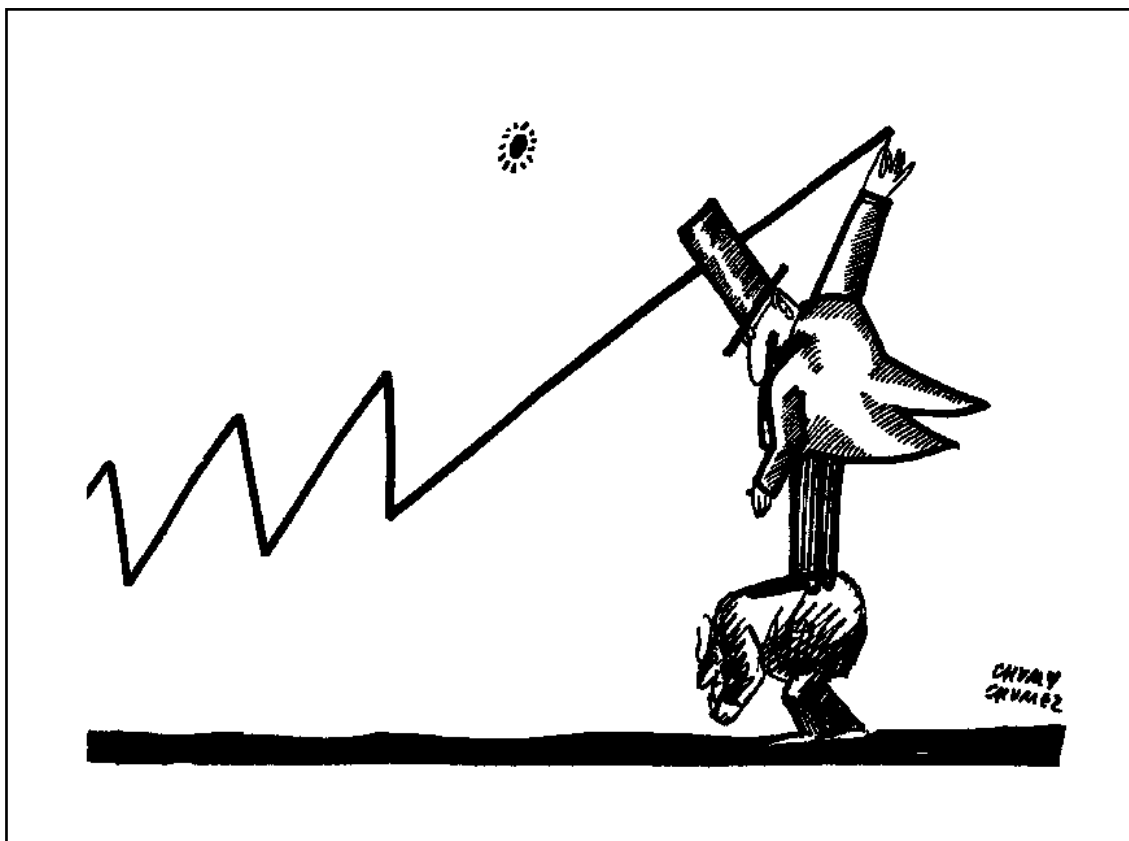
—El que tenga algo que objetar que levante el dedo.



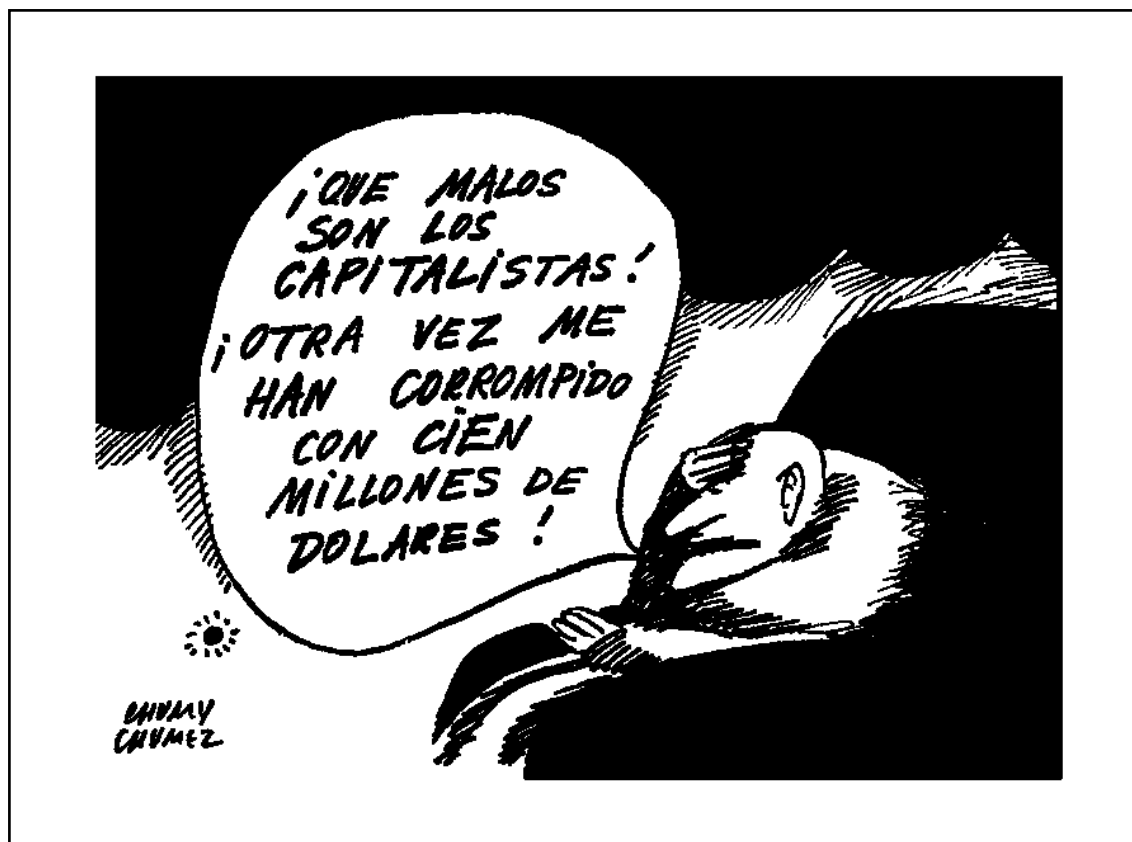
—Con la venia de ustedes, me voy a permitir darme la razón por unanimidad.



—¡Qué tío! ¿Cómo podrá aprenderse de memoria tantas mentiras?

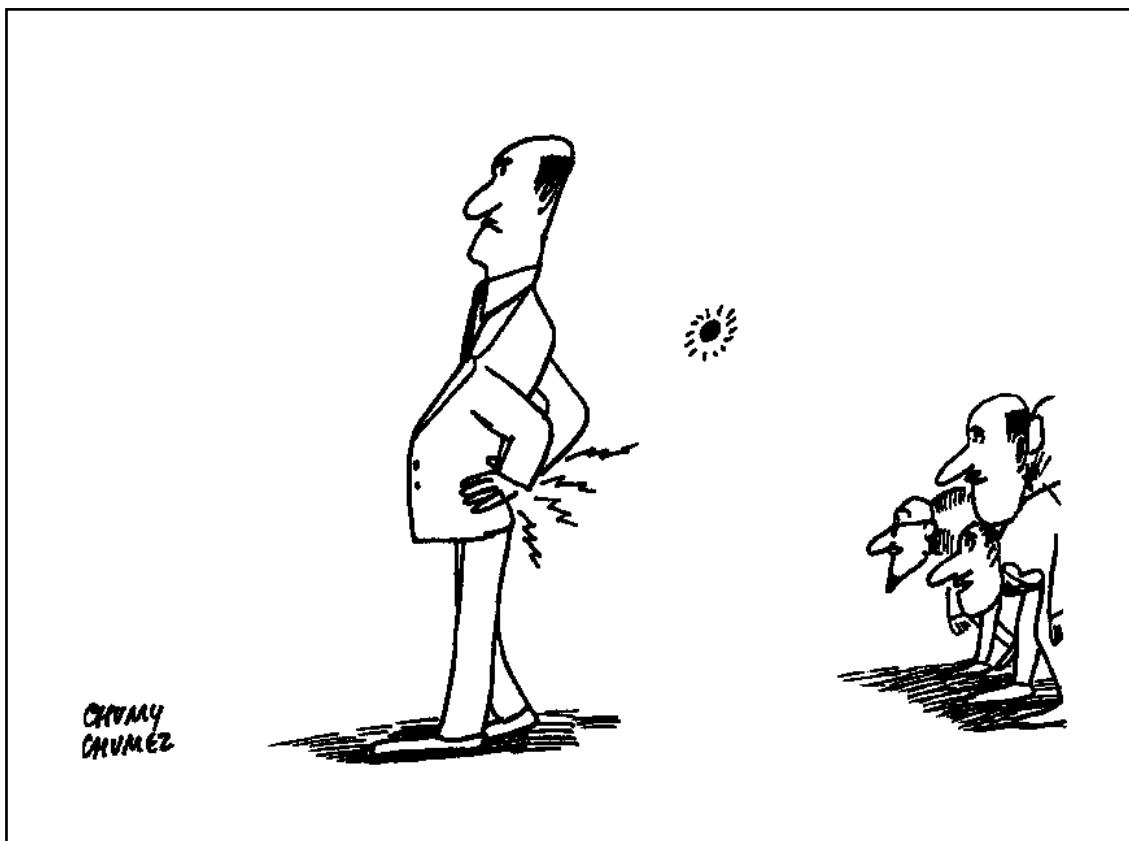


—¡Vamos, arriba! Un esfuercito más y ya estamos.

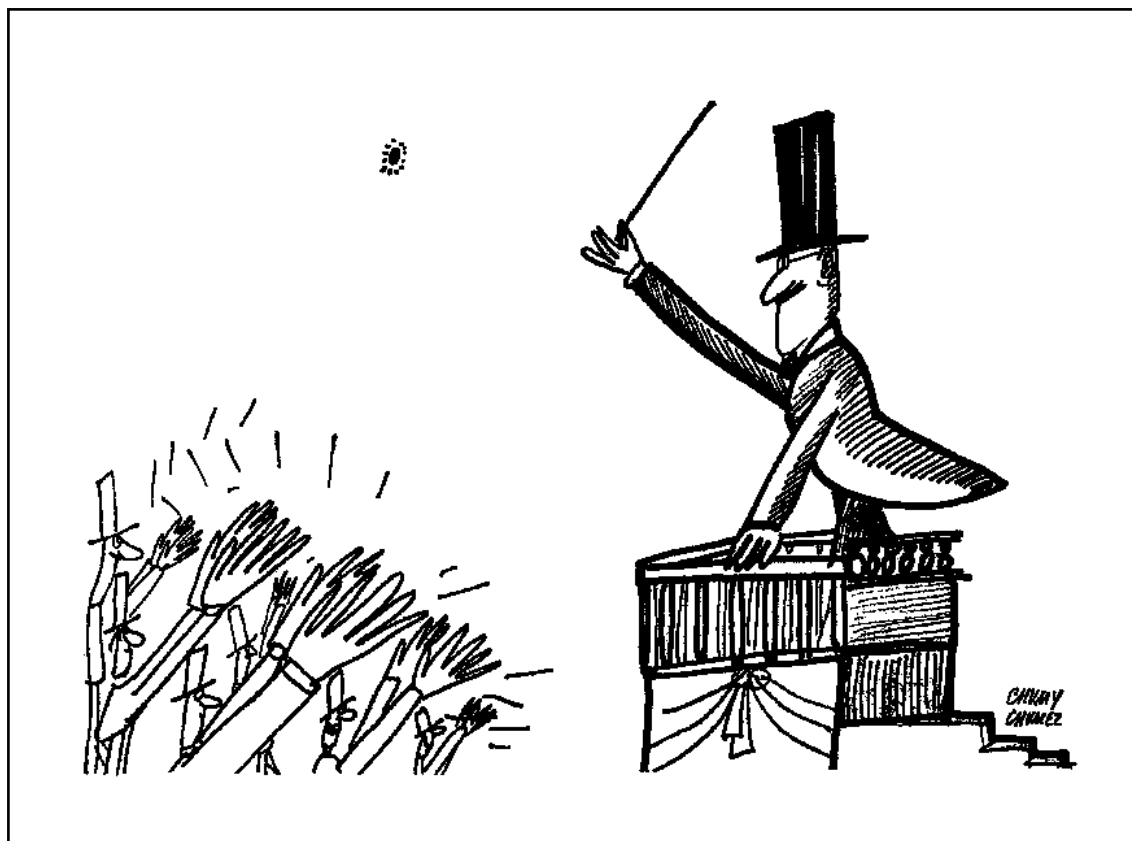








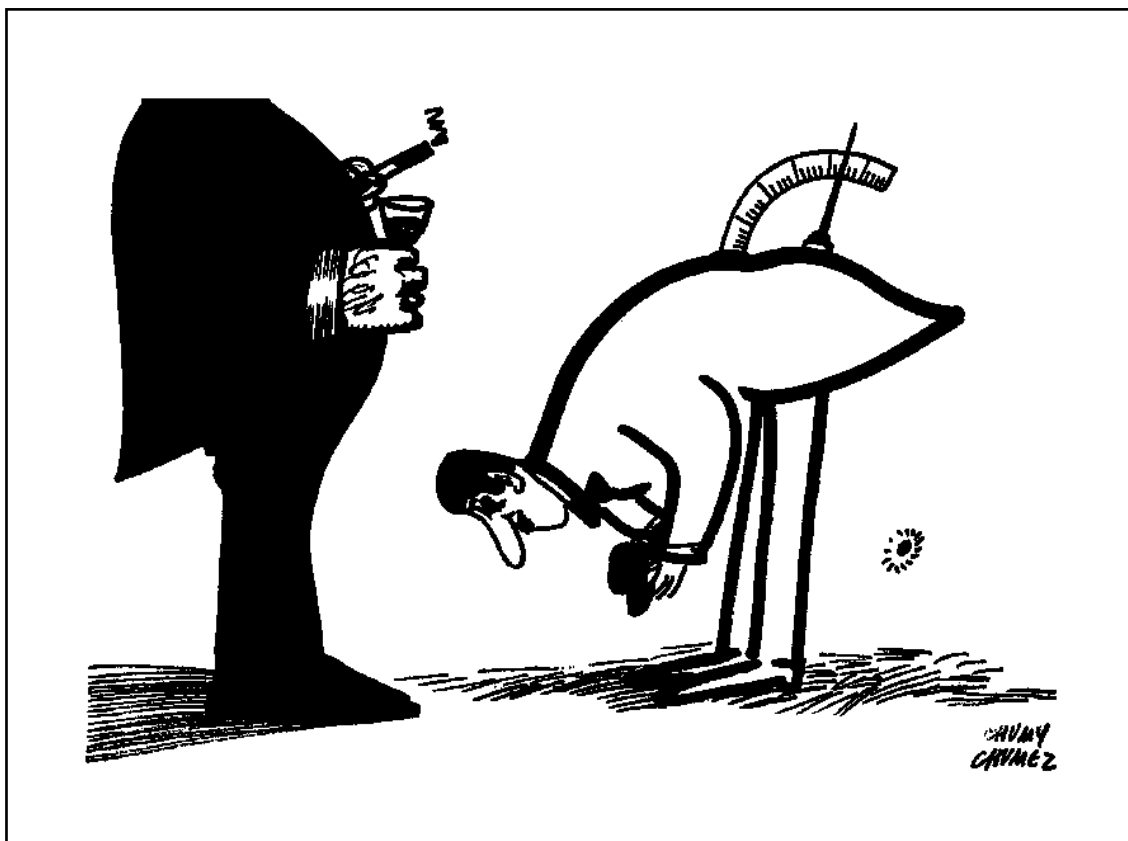
—¡Pobrecito! Se le ha acabado su carrera política.
Desde que tiene lumbago no puede inclinarse.



—Con el permiso de ustedes me voy a permitir
dirigir sus aplausos a mi discurso.

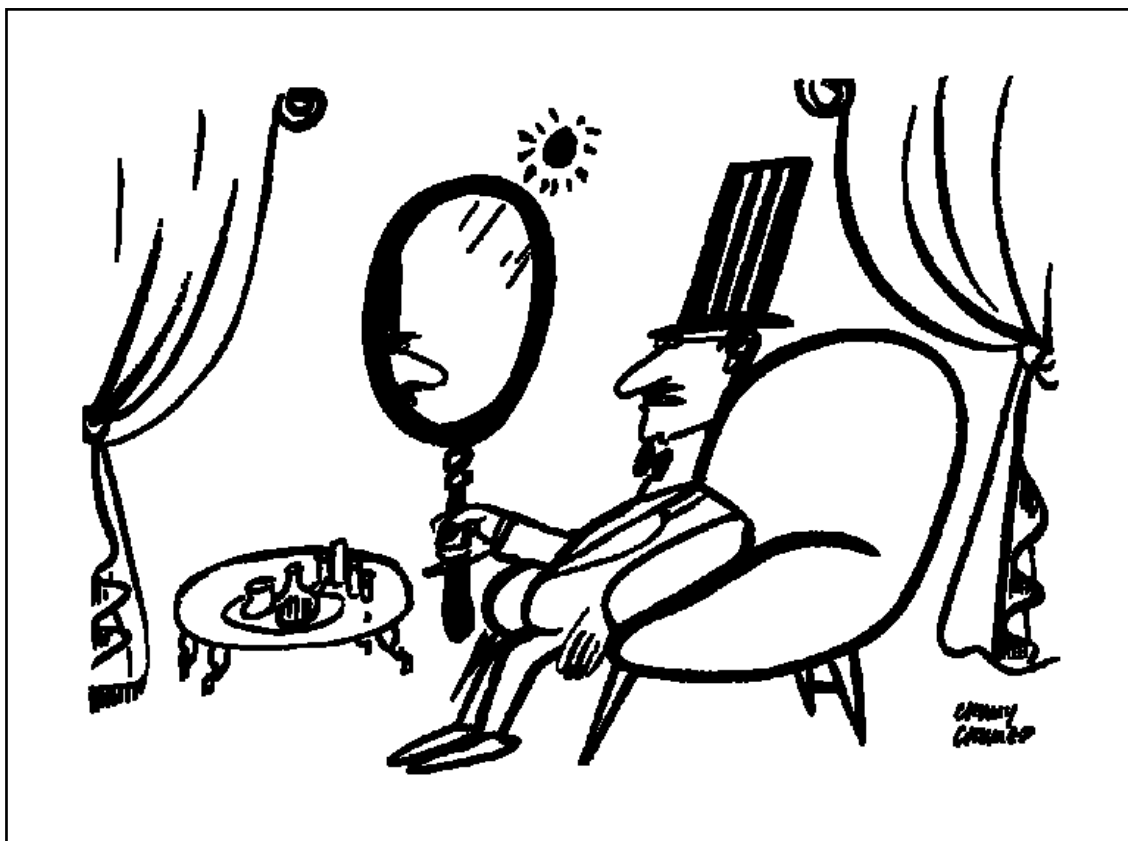






ADULÓMETRO





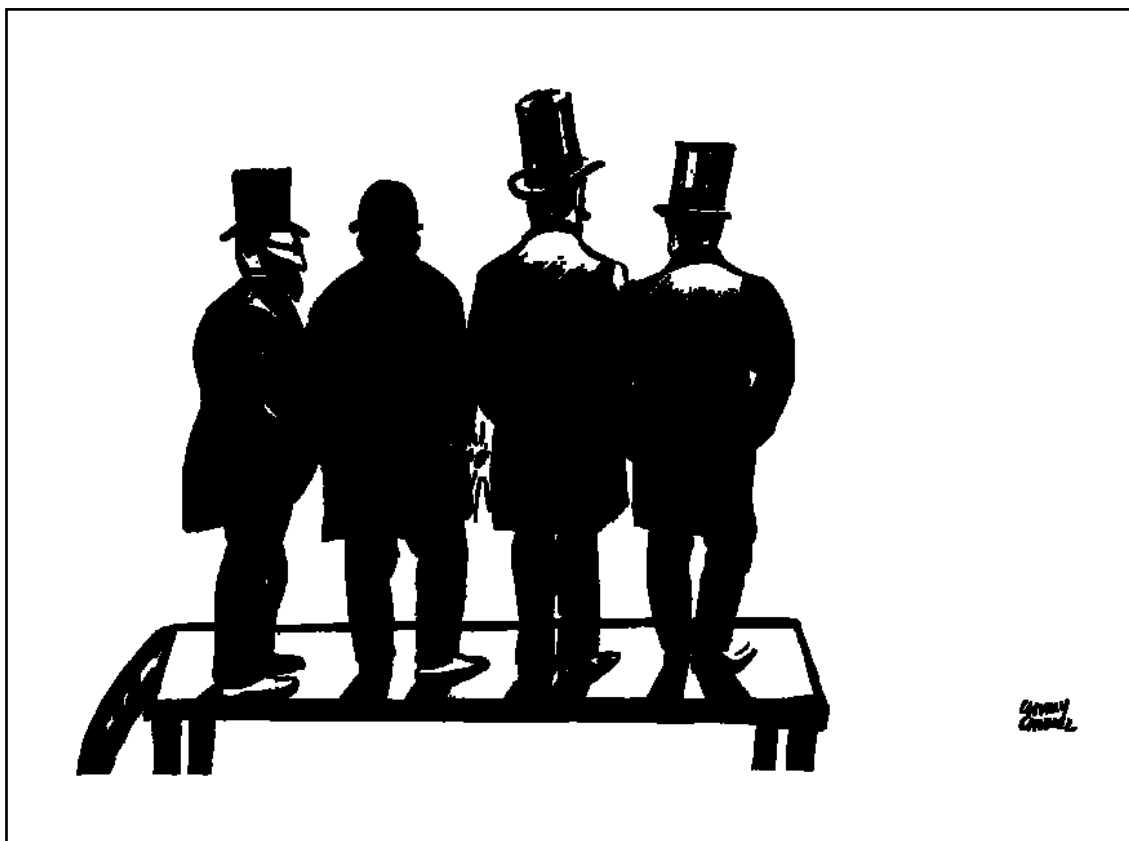
—No sé para qué te consulto, espejito,
si la gente sigue diciendo que no acepto el diálogo.



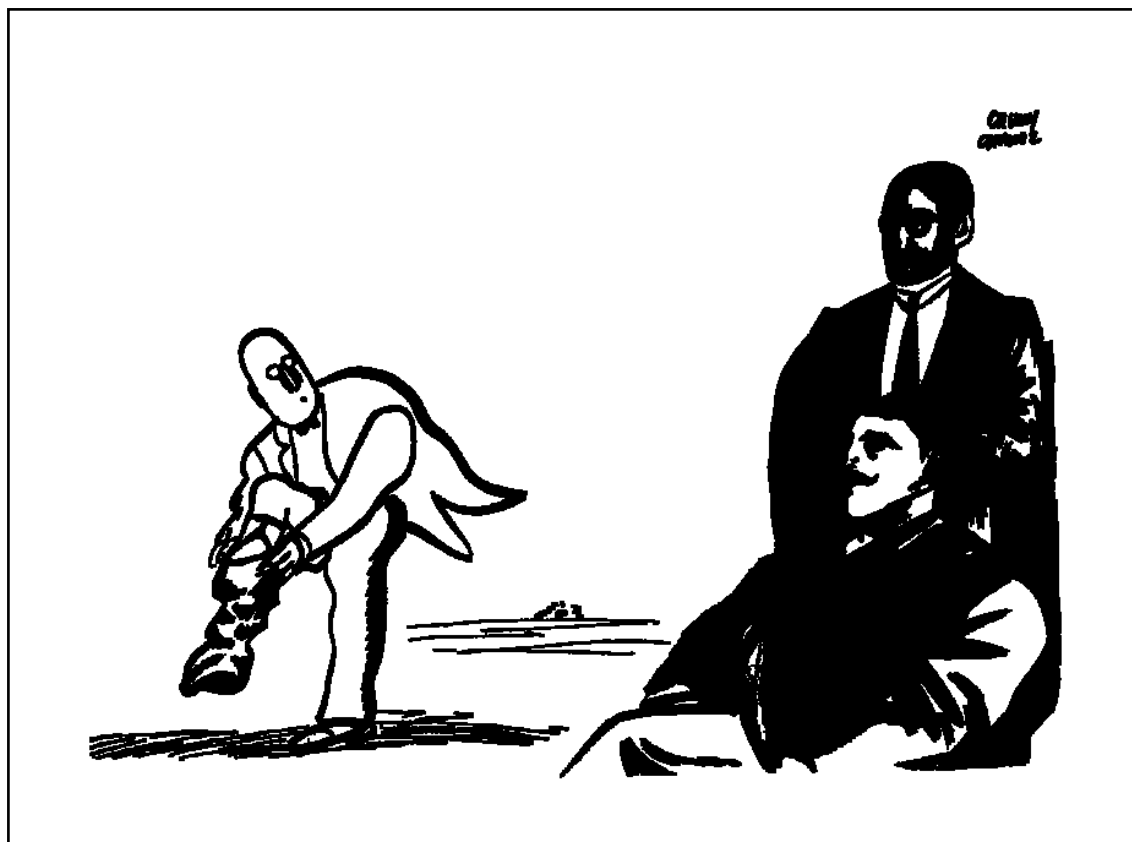




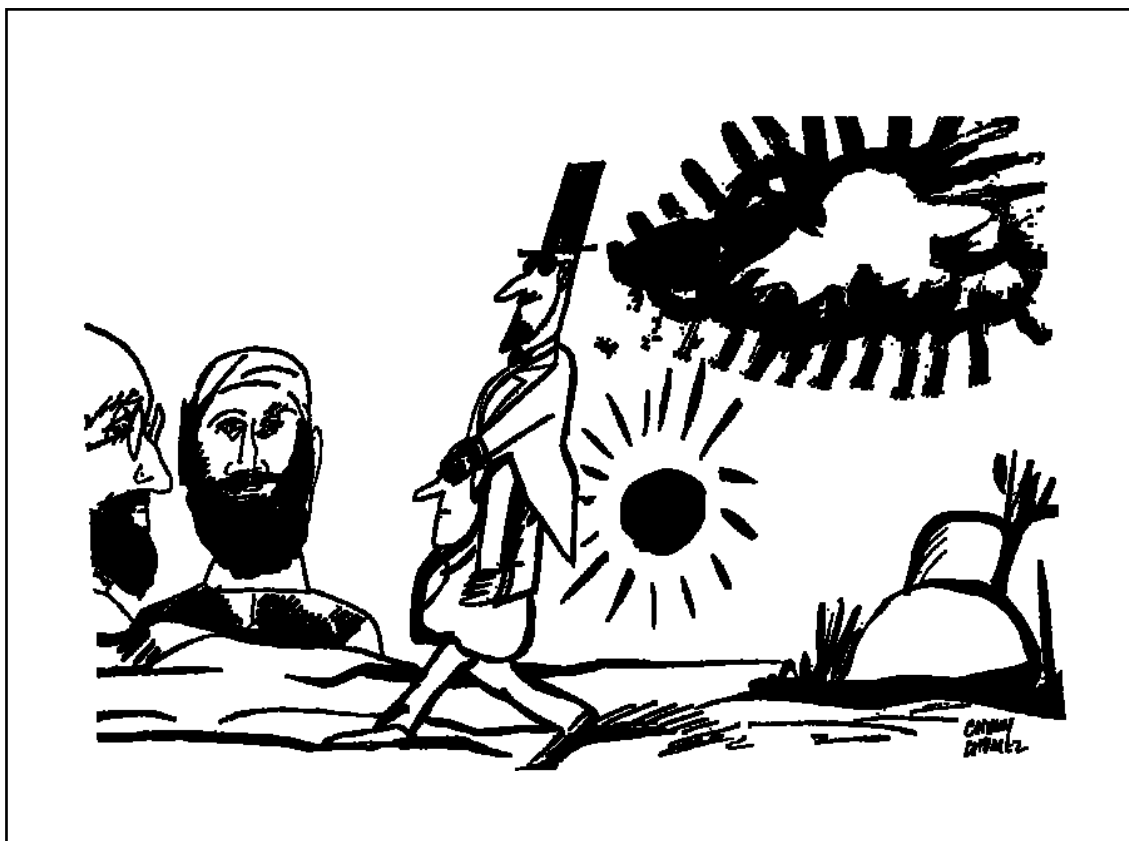
—Creo que va en el número 4 de la «hit-parade» política nacional.



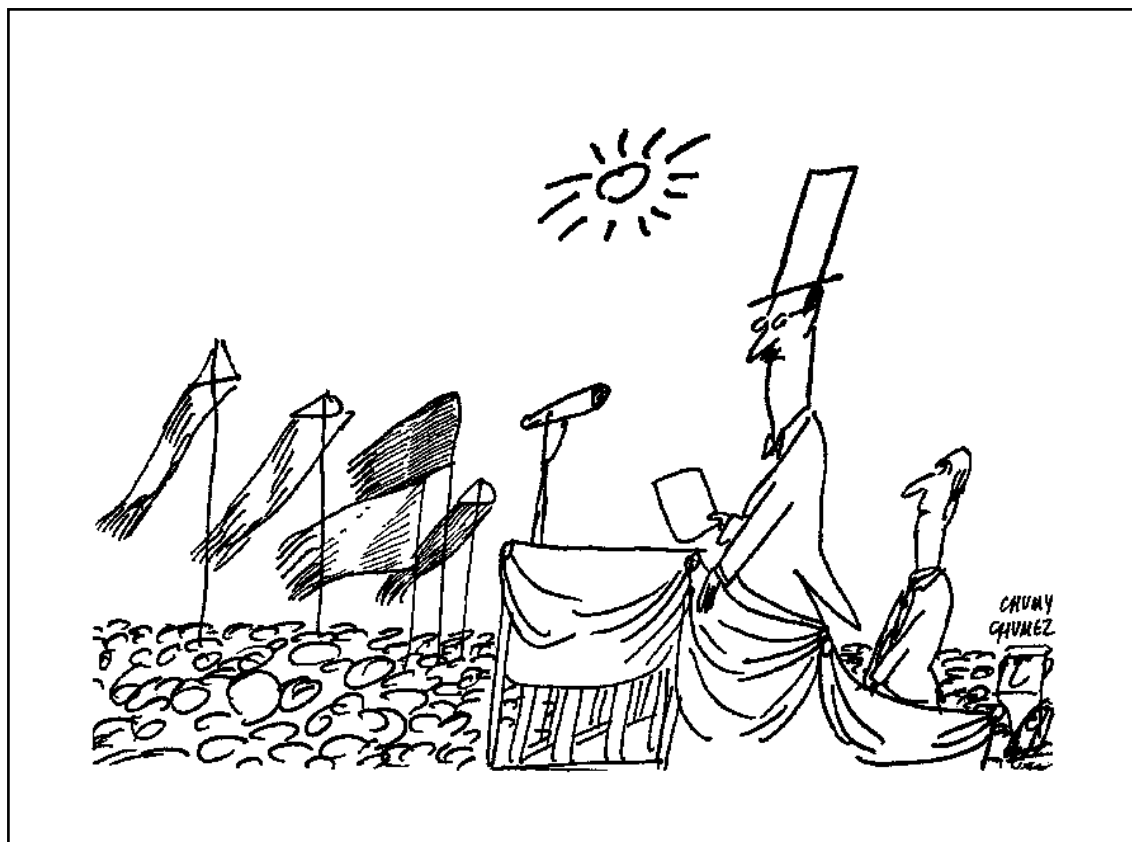
—¡Ah, pues es verdad! Desde aquí se ve divinamente al proletariado.



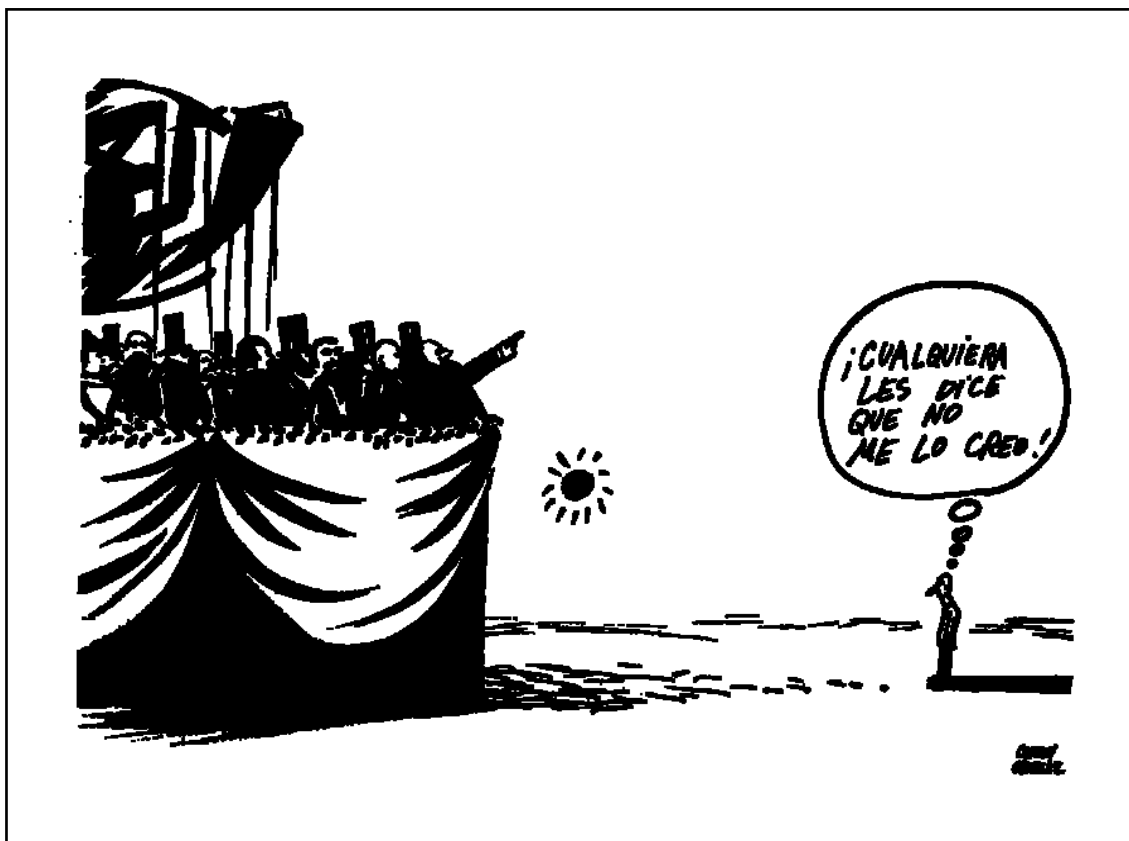
—No te quites eso. De lo que se cambia es de chaqueta.



—Mientras no cambie el arriba y el abajo,
se puede hablar un poco de la izquierda y la derecha.



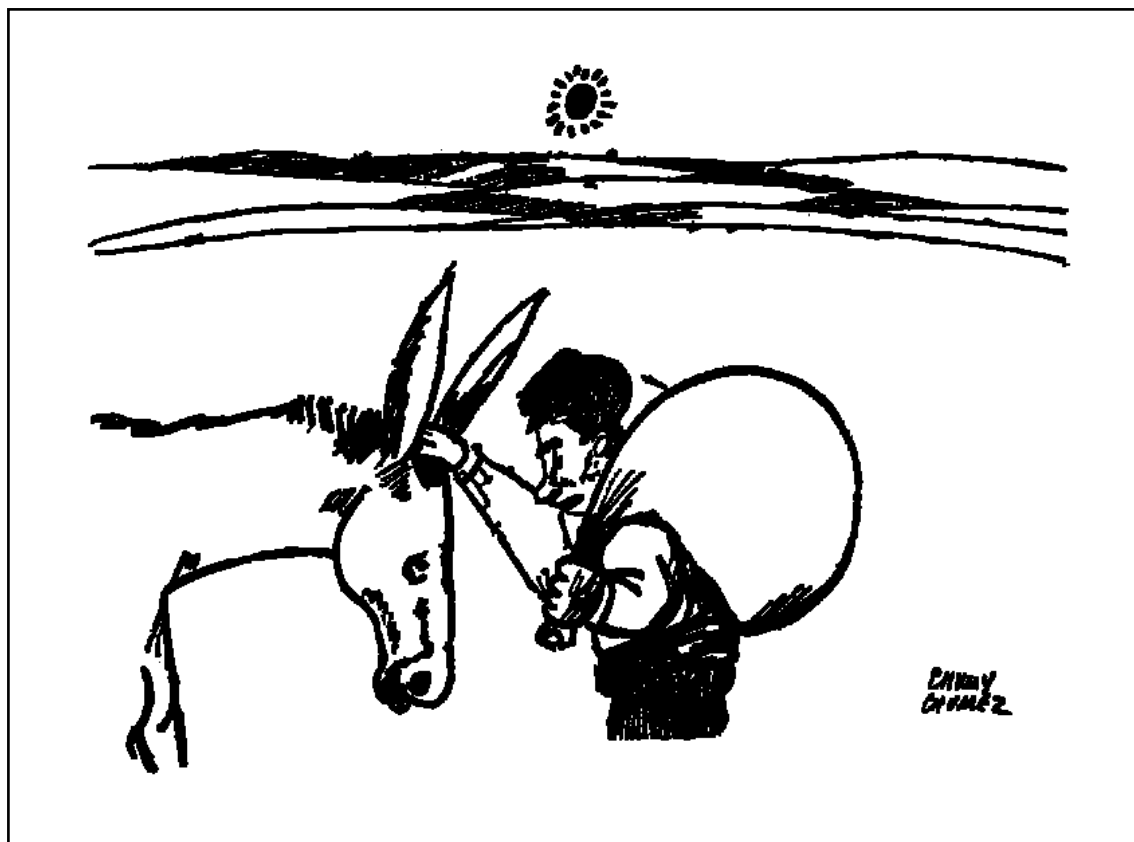
—Señor, dicen que sí, que por treinta duros le sacan a usted en hombros después de su discurso, pero que antes tiene que vestirse de torero.



AL EXTRANJERO



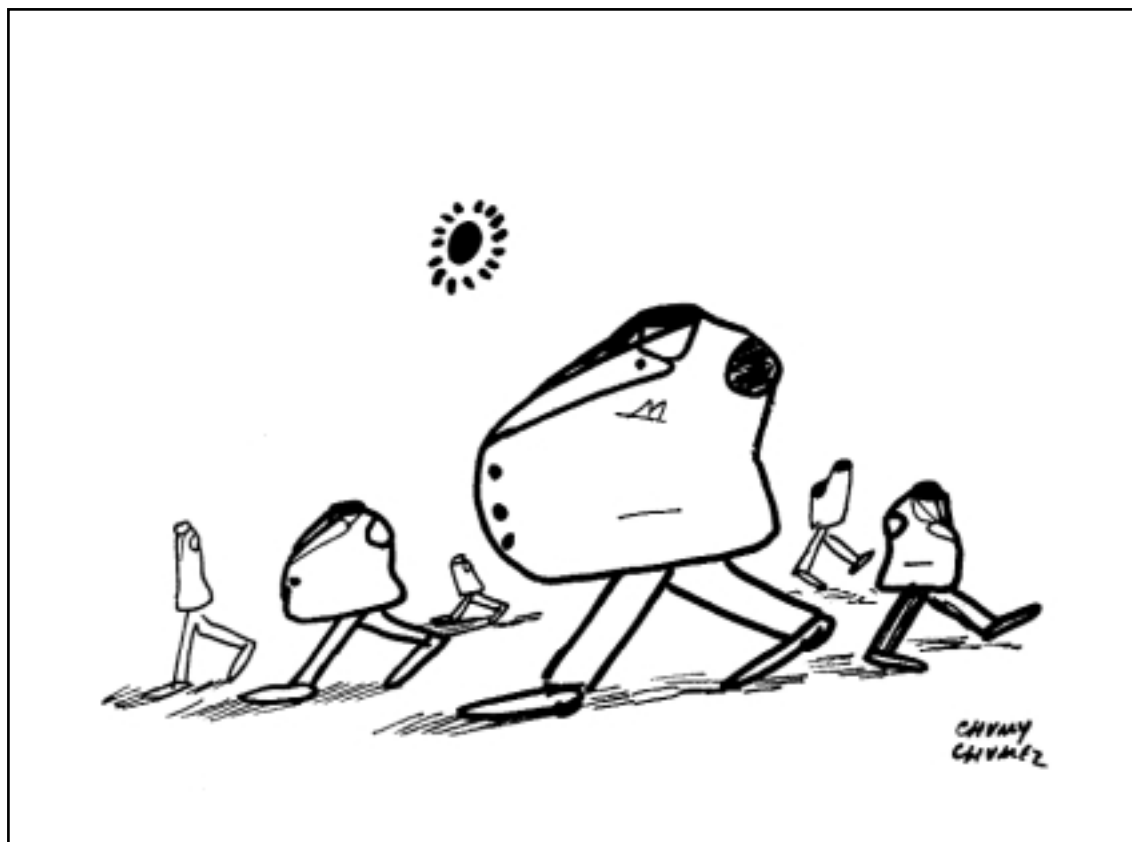
*CHIVAY
CHAVEZ*



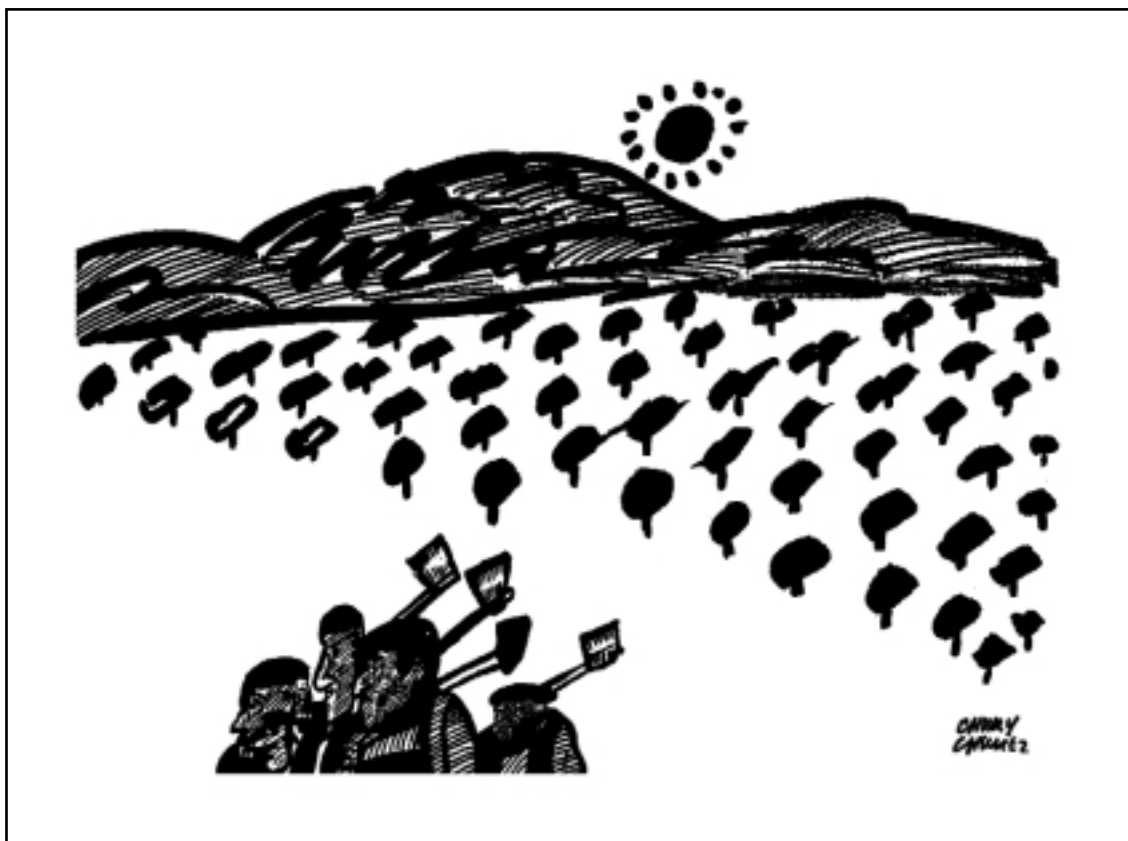
—Sí, ya sé que rebuznas en cuatro idiomas,
pero allí sólo quieren burros de carga.



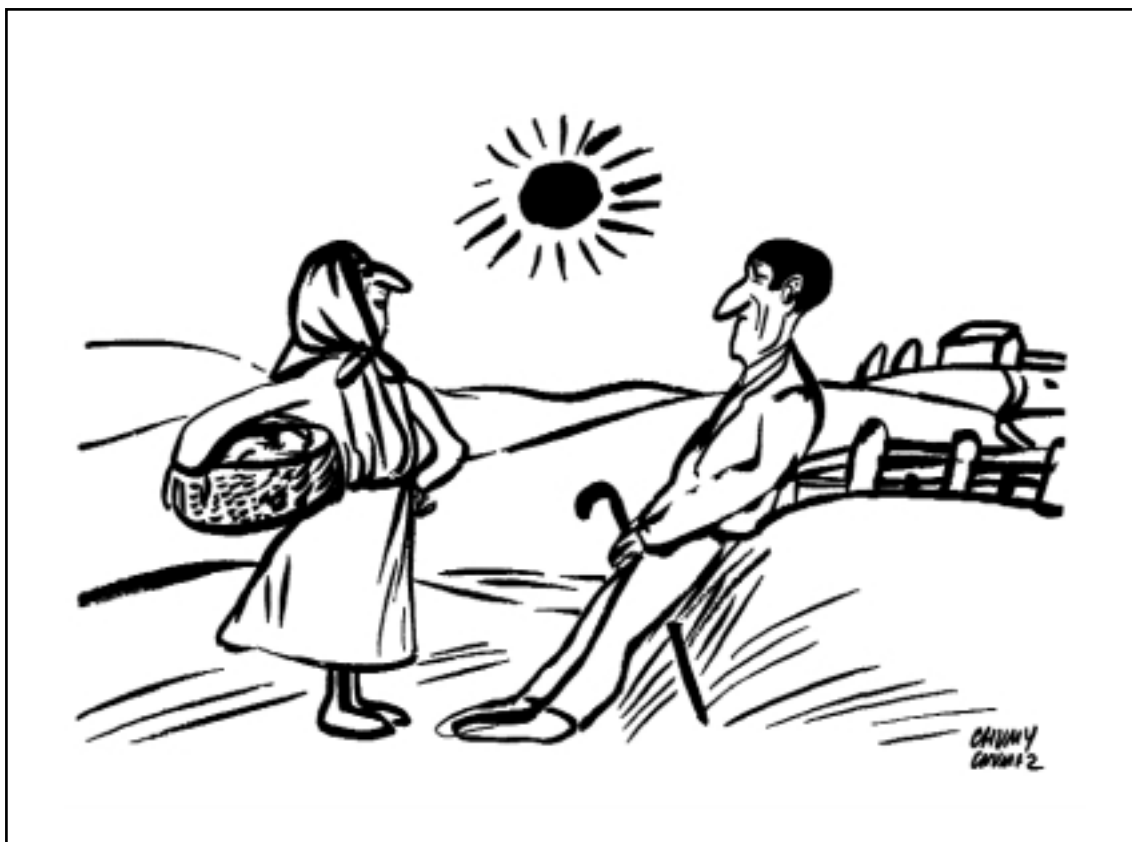
—El problema del idioma no me preocupa, porque estoy acostumbrado a hablar sin que, al parecer, quieran entenderme...



Visión de los españoles tras la fuga de cerebros a
Estados Unidos y de brazos a Alemania.



—El señorito dice que comprende que queramos ir al extranjero, porque él mismo no puede pasar sin ir a París un par de veces al año.



—Me ha escrito mi Pepe desde Alemania y me dice que por allí la familia está muy desunida y separada.



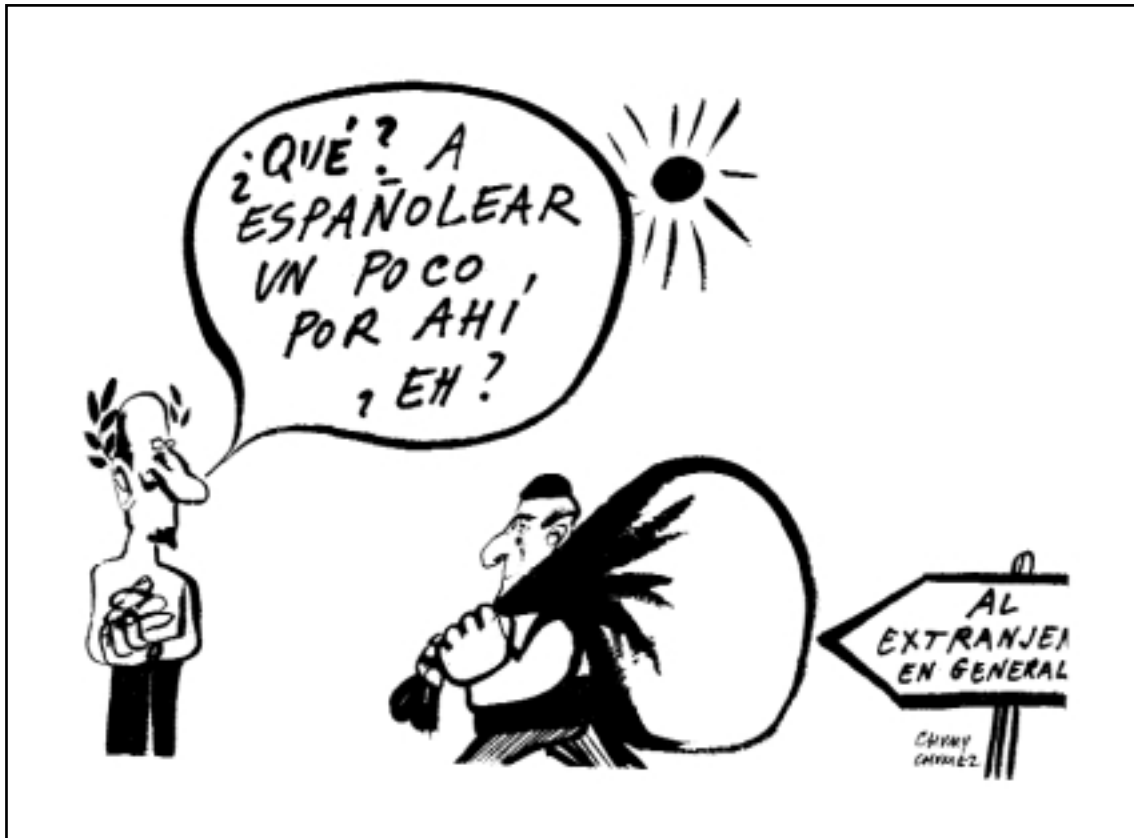
—Sí, señor; aquí tenemos mucha agresividad exportadora.
De los cuatrocientos mozos que había, sólo quedan siete...





—¡Ah, pillín! Mira dónde llevaba escondido el cerebro para fugarse con él.





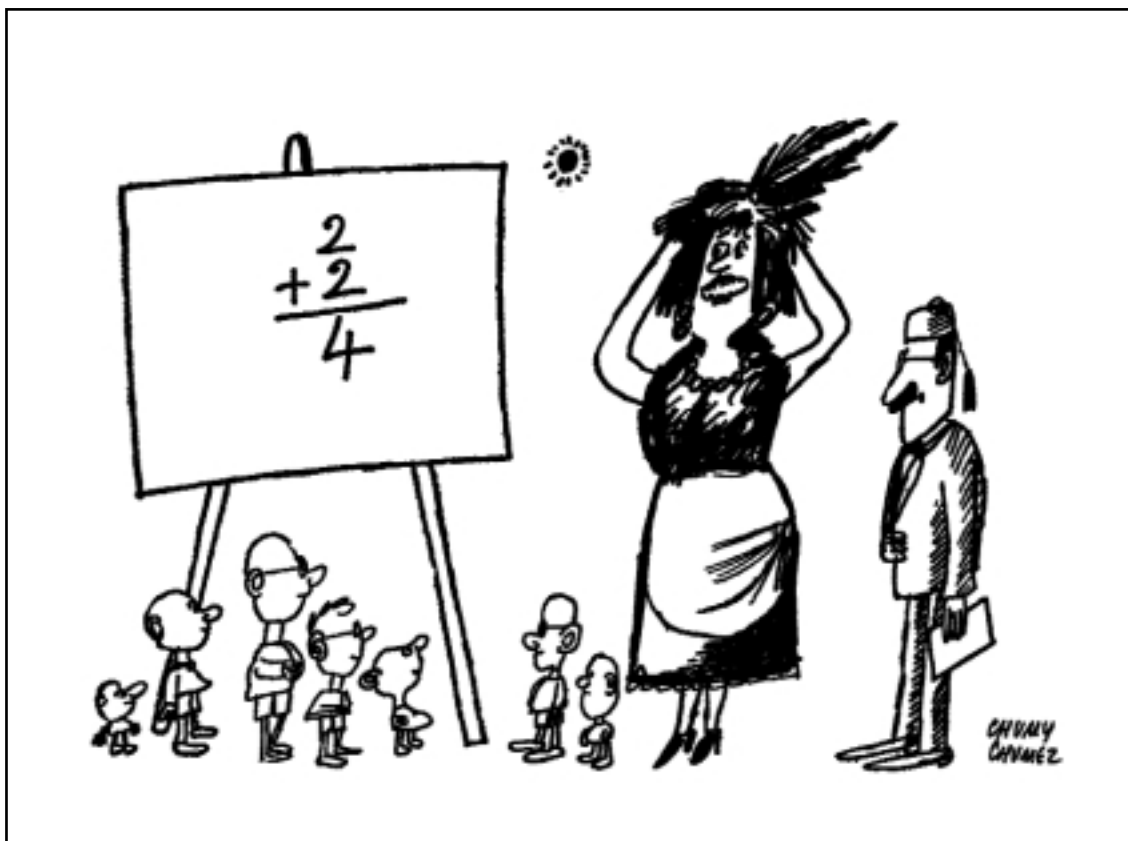
EL PESO DE LA (IN)CULTURA



*OSWALDO
OSWALDO*



—Como el año pasado. Póngame medio kilo.



—Lo que me parece intolerable es que, costando tantísimo dinero este colegio, eso suma aquí lo mismo que en las escuelas públicas.





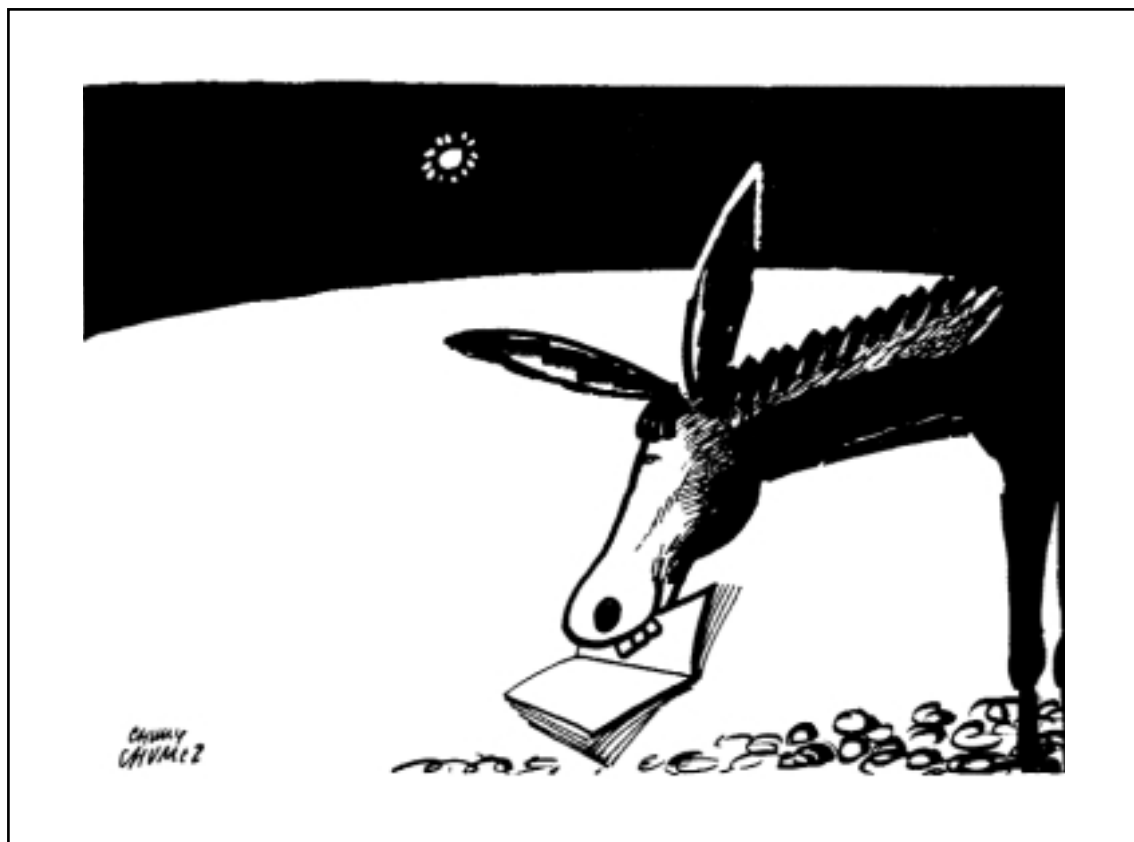
MODERNIDAD

—Como dijo Marx, la televisión es el L.S.D. del pueblo.





—Yo no respeto la ley de la gravedad, porque yo no tengo por qué hacer caso a un extranjero por muy Newton que se llame.



—Estos libros modernos cada vez saben a menos.

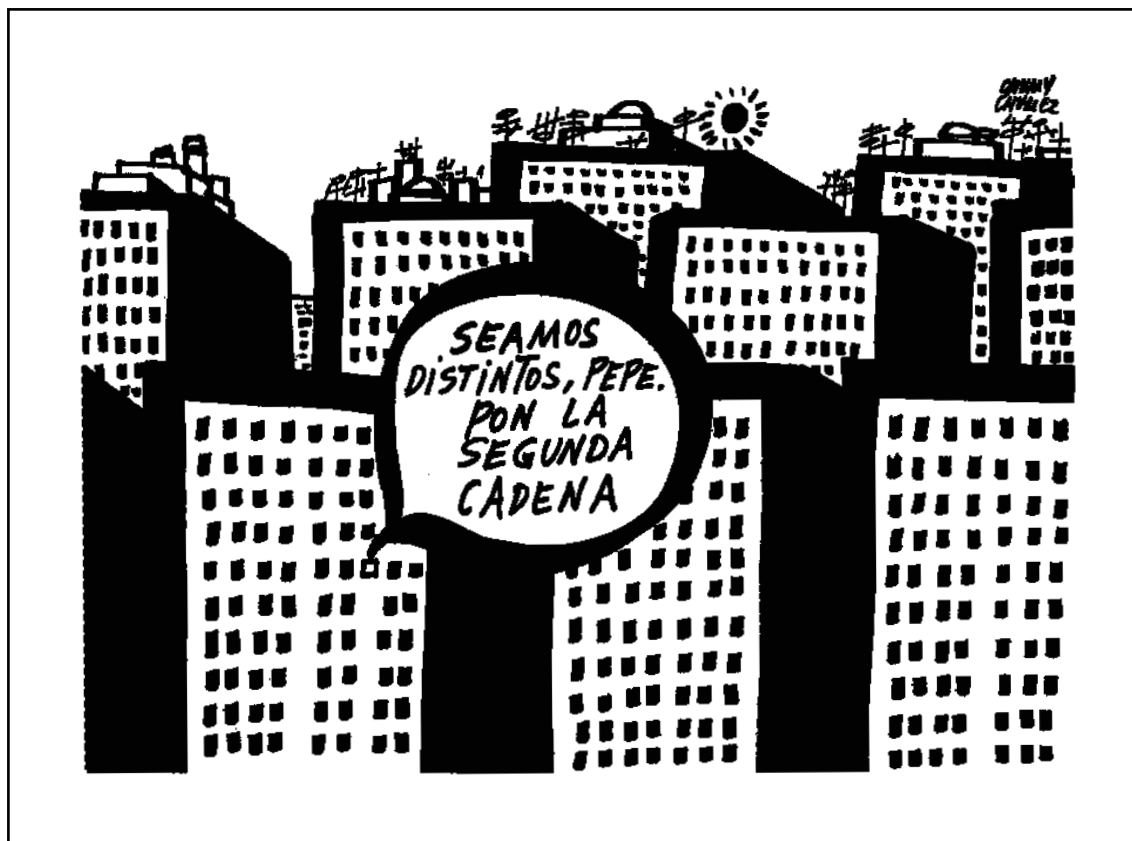


—Yo he leído hasta la parte ésa que dice: «...de cuyo nombre no quiero acordarme...»



—Estoy desesperado. Entre el sexo, las drogas y lo demás,
apenas me queda tiempo para la lectura.

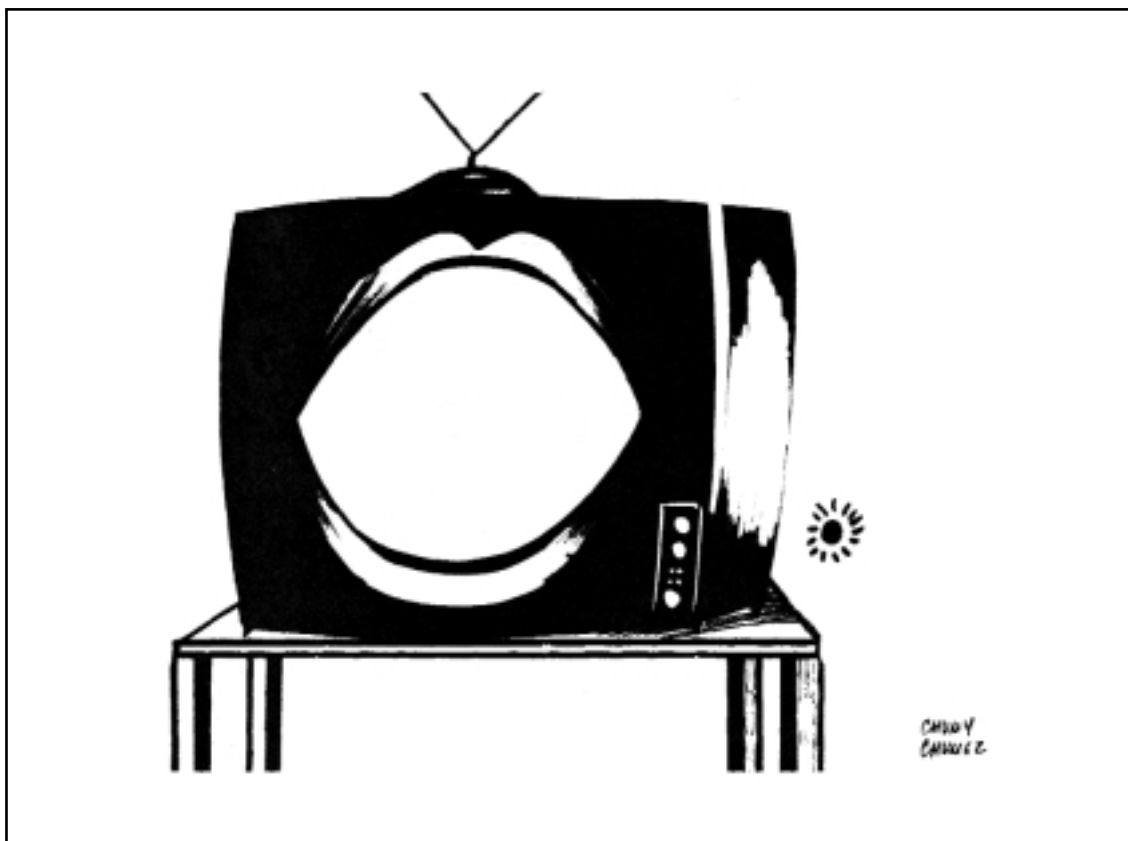






—He leído atentamente el Diccionario de la Real Academia Española y tiene razón.





Moderno y funcional aparato de televisión con pantalla-bostezo.



—Me voy a la feria del libro.

—¡Ah! ¿Pero tú también has escrito uno?

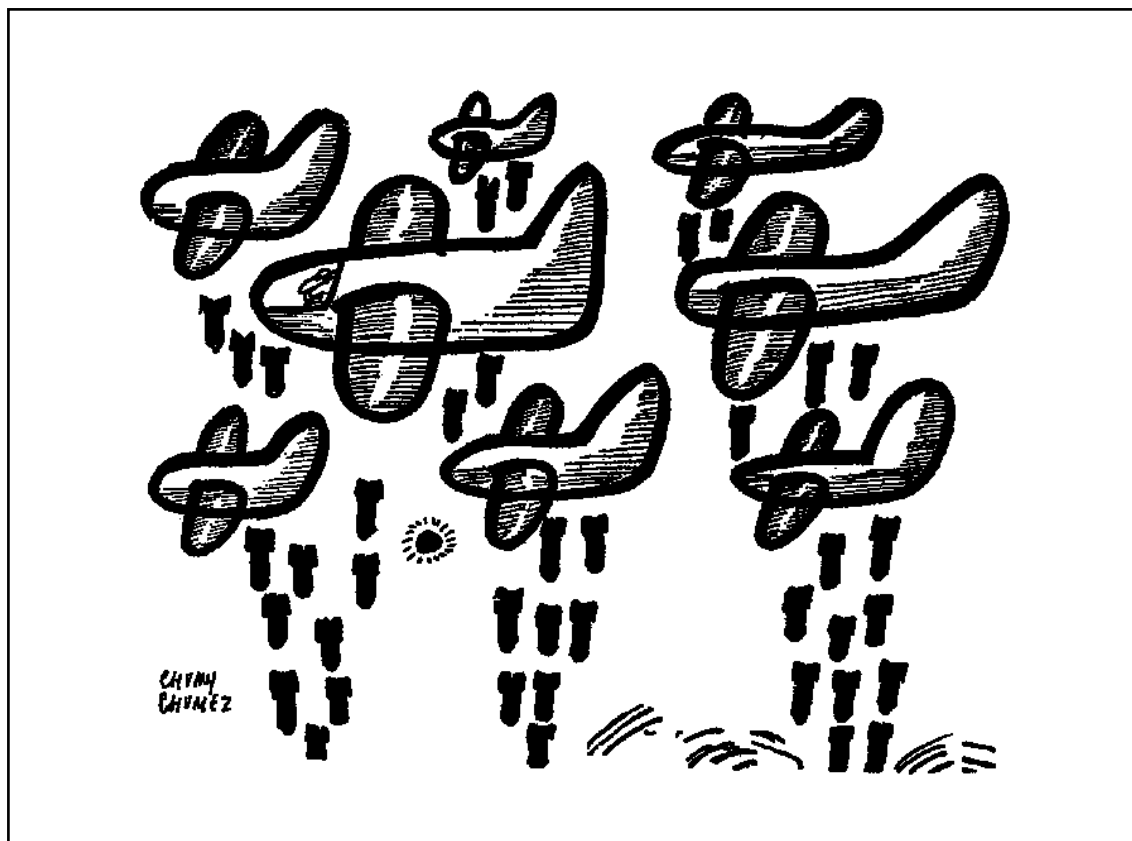


—¡Qué bárbaros! Eran unos cuadros preciosos de la época azul y ¡mira cómo los han dejado!

GUERRA Y PAZ



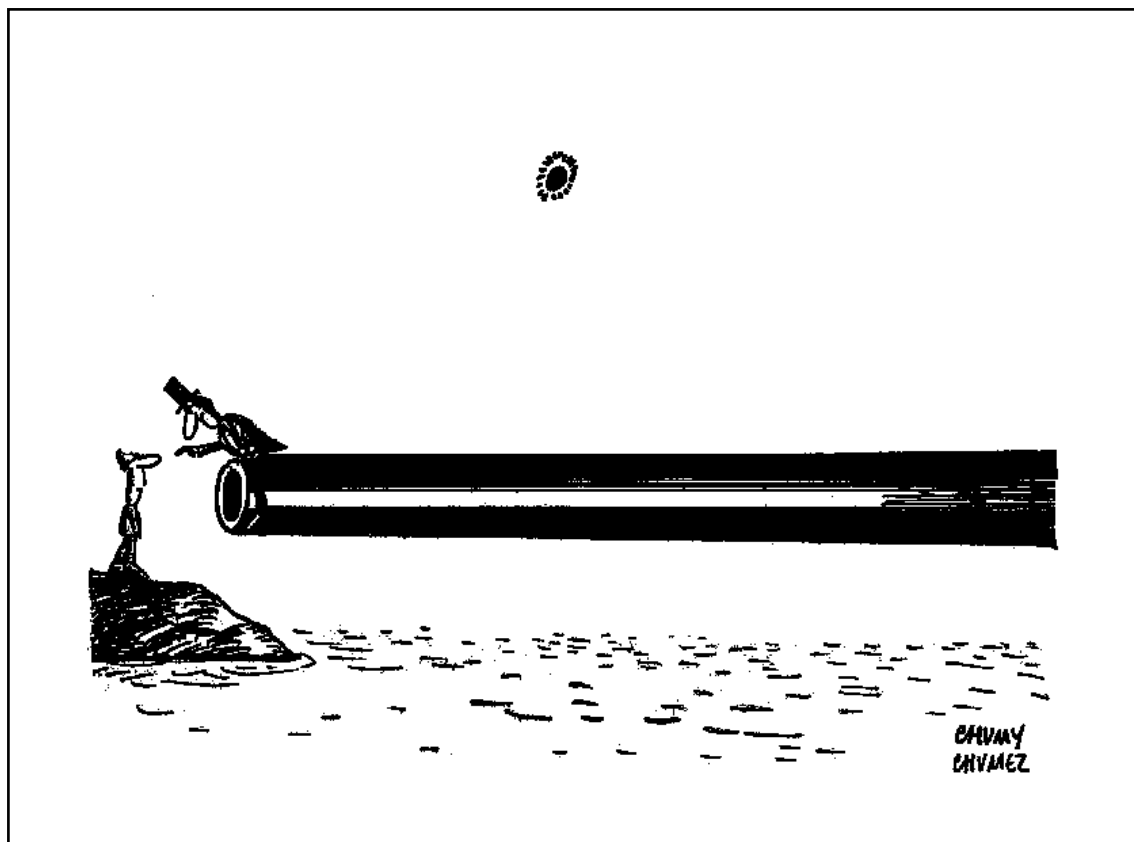
CHUMBY
CHUMBY



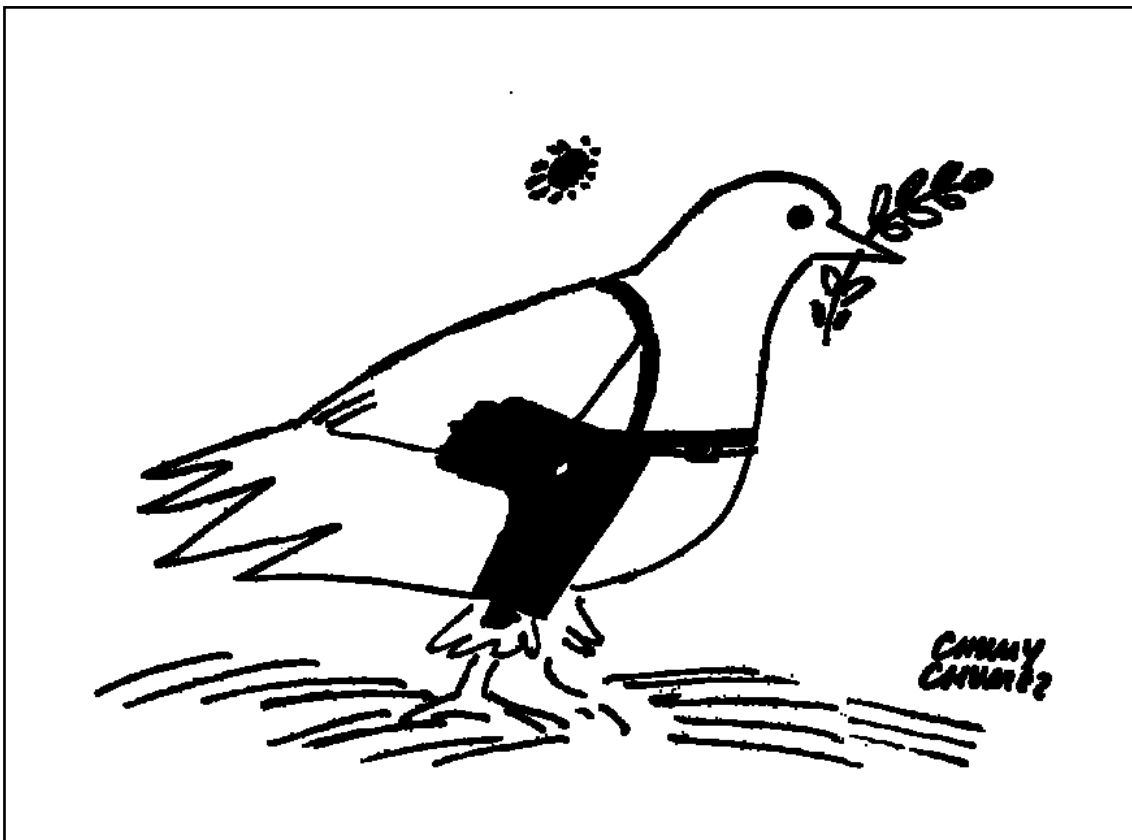
—Hoy les estamos asesorando bien a los del Sur, ¿verdad?

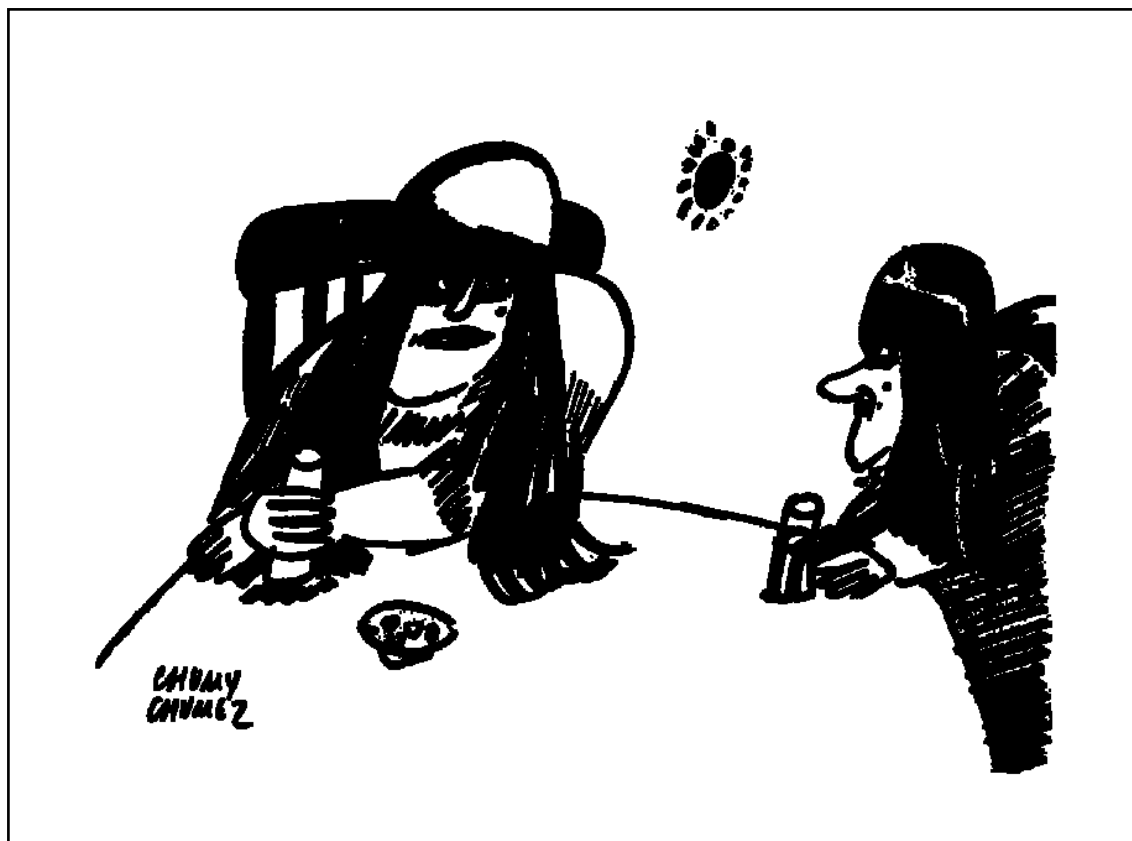


—Procurad que quede vivo algún niño para sacarnos una foto con él dándole caramelitos.

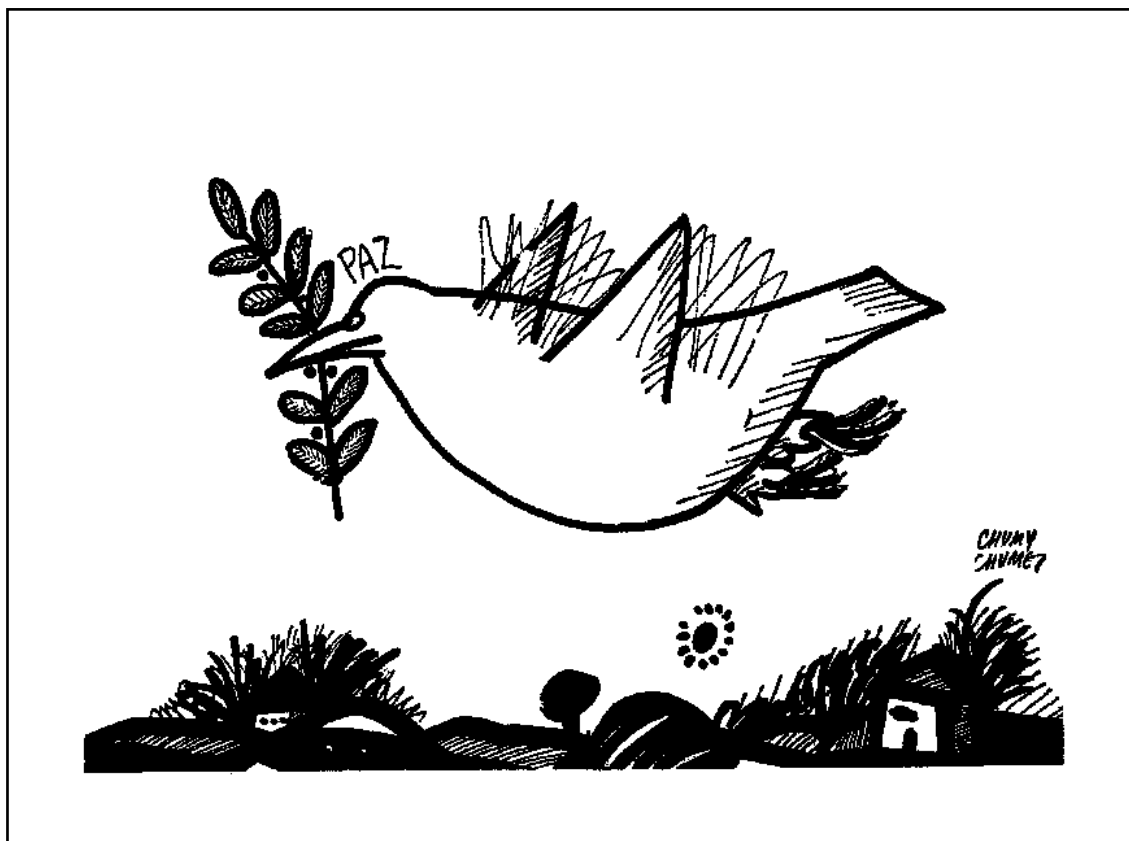


—Yo sólo soy un humilde diplomático.



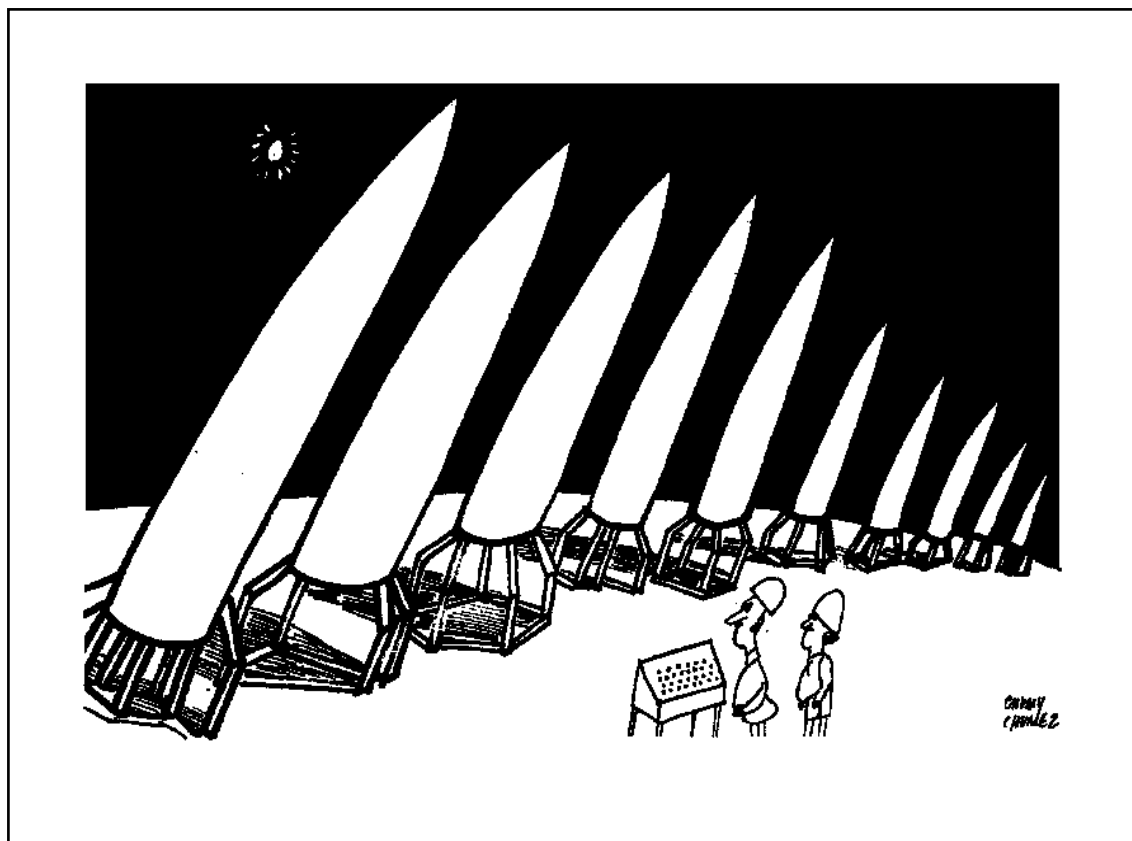


—Los felices años veinte eran una maravilla. La gente se moría de hambre sin tener miedo a la bomba atómica.

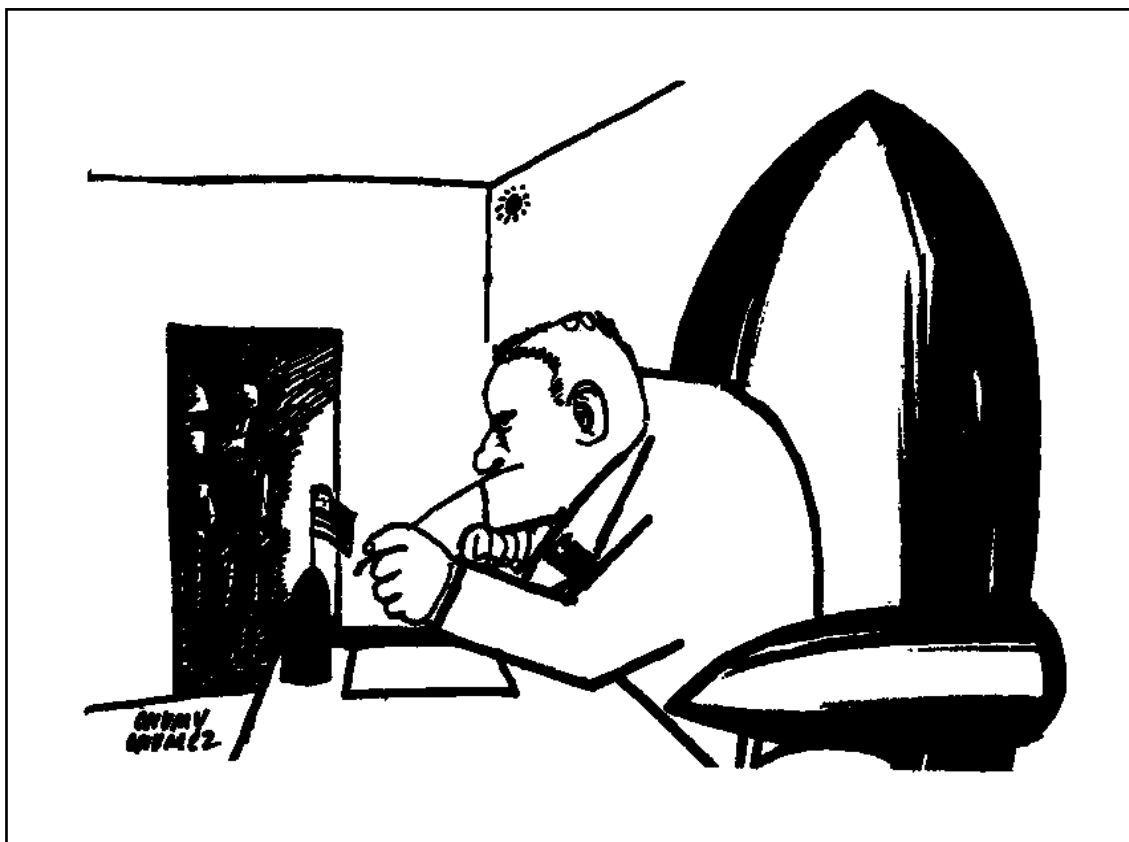


PAZ Y OVNIS

—A veces me siento como un Objeto Volador no Identificado.



—Deberíamos usarlos. ¡Da pena tanto gasto para nada!



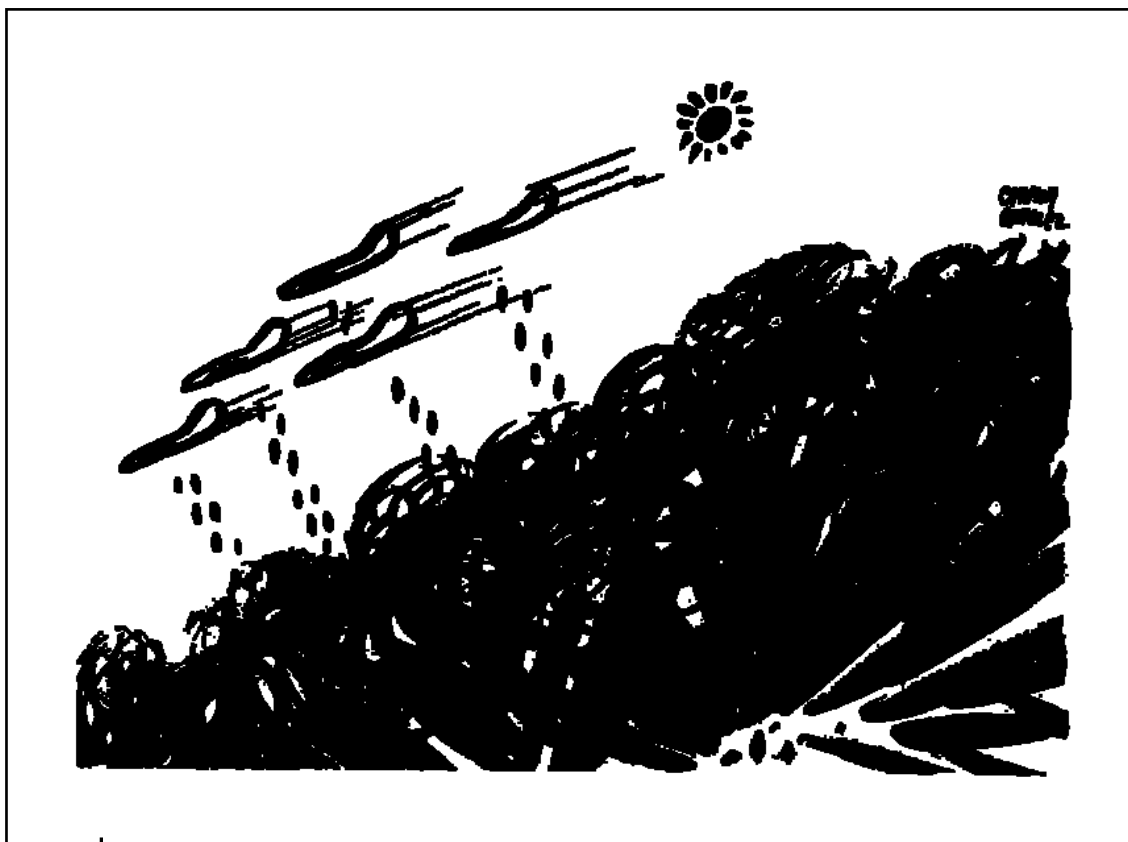
—Es el técnico encargado de encontrar aplicación militar a nuestras tendencias pacifistas.





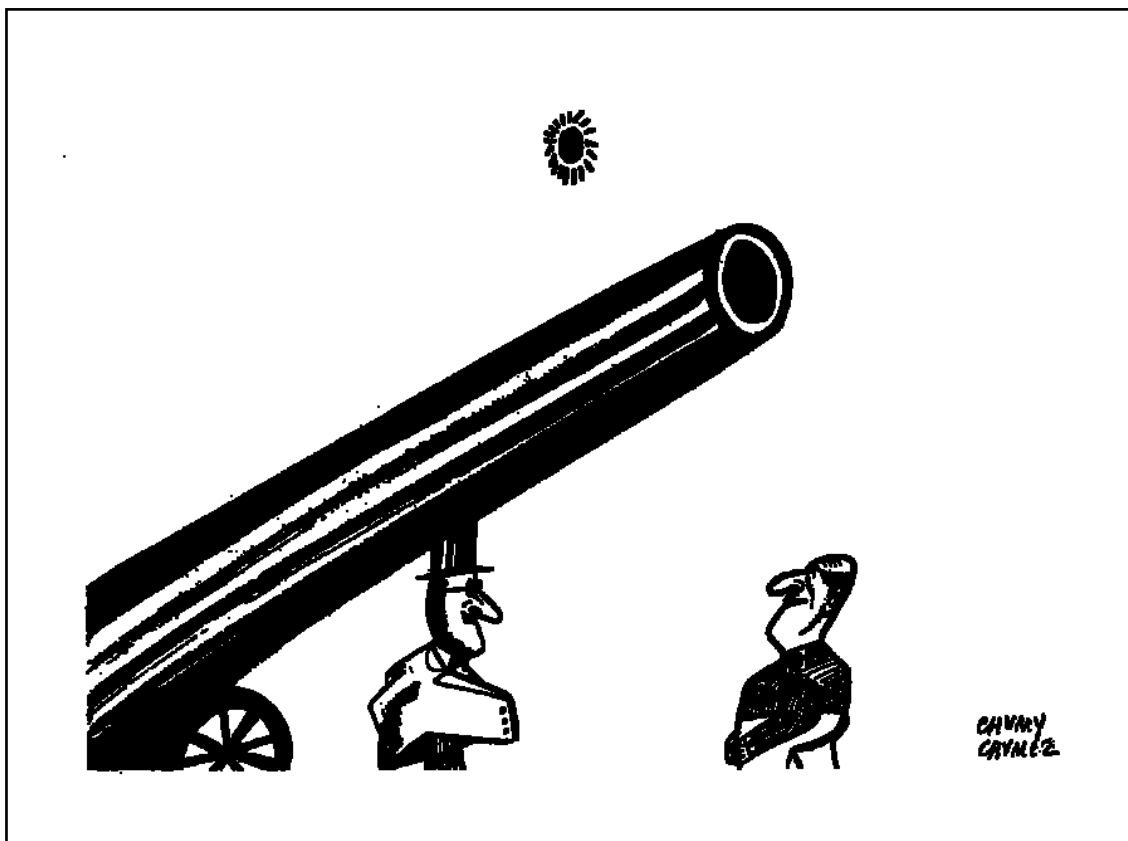


—Les vendemos armas modernas para impedir que se maten a garrotazos como bestias salvajes.



—Ha dicho el jefe que para evitar habladurías
procuremos no llamar la atención.

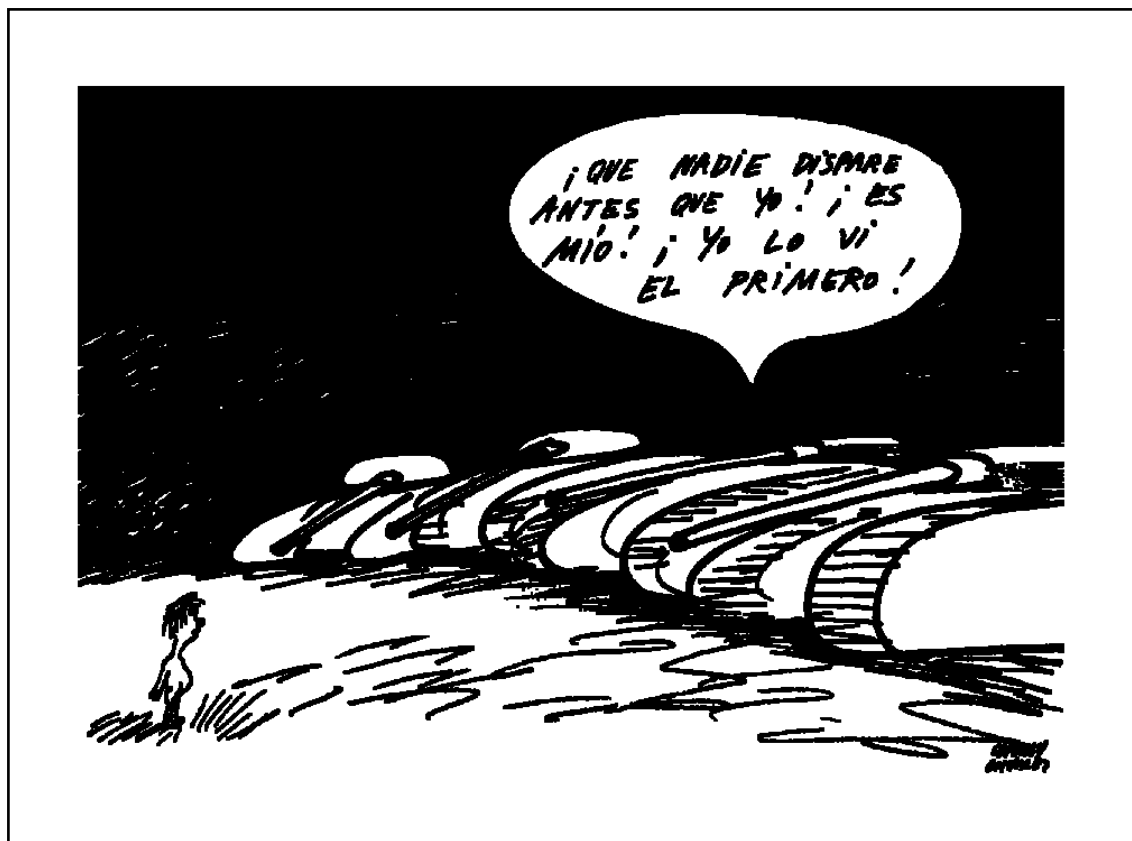


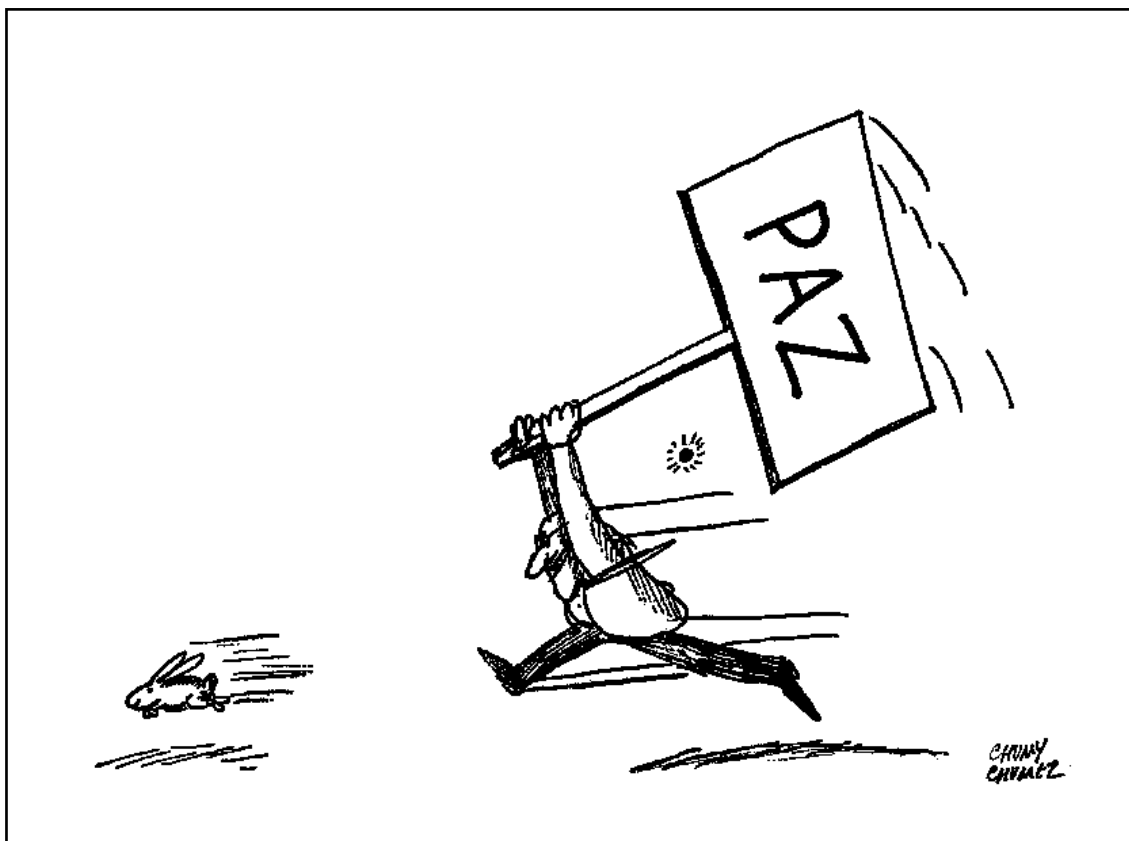


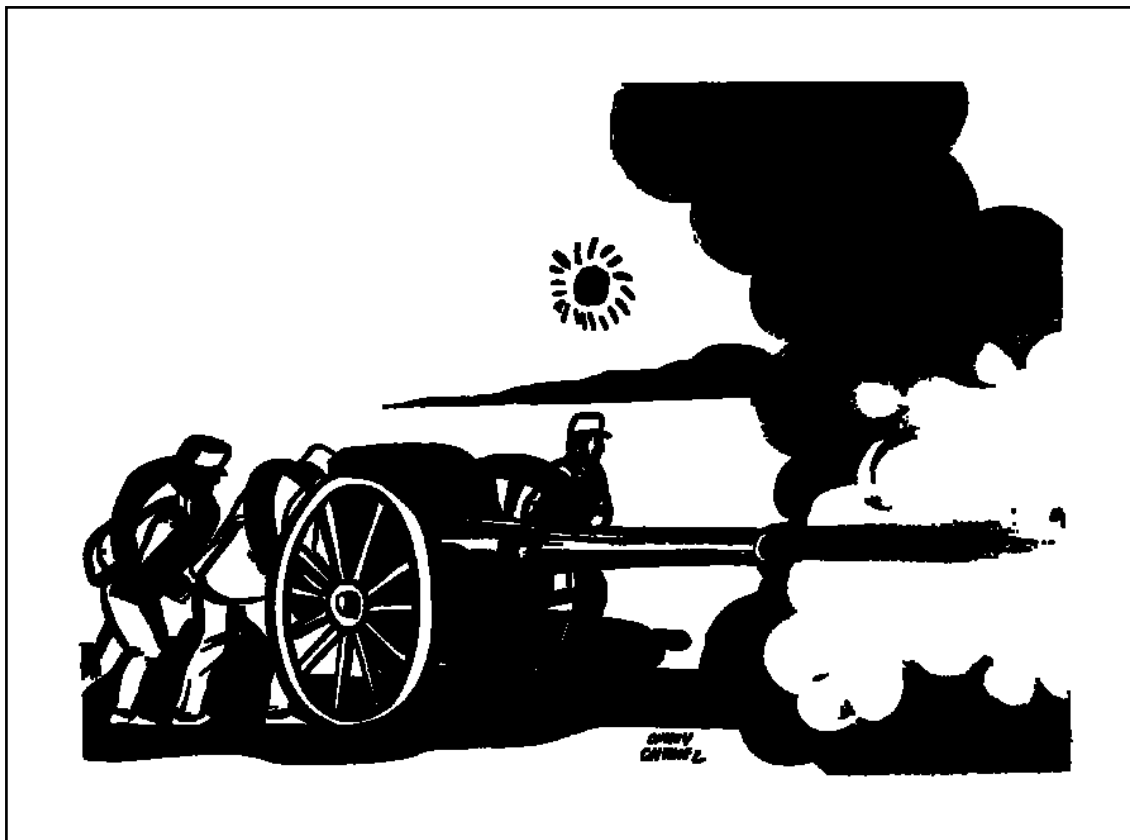
—Me gusta. ¿Cuántos muertos hace por hora y kilómetro cuadrado?



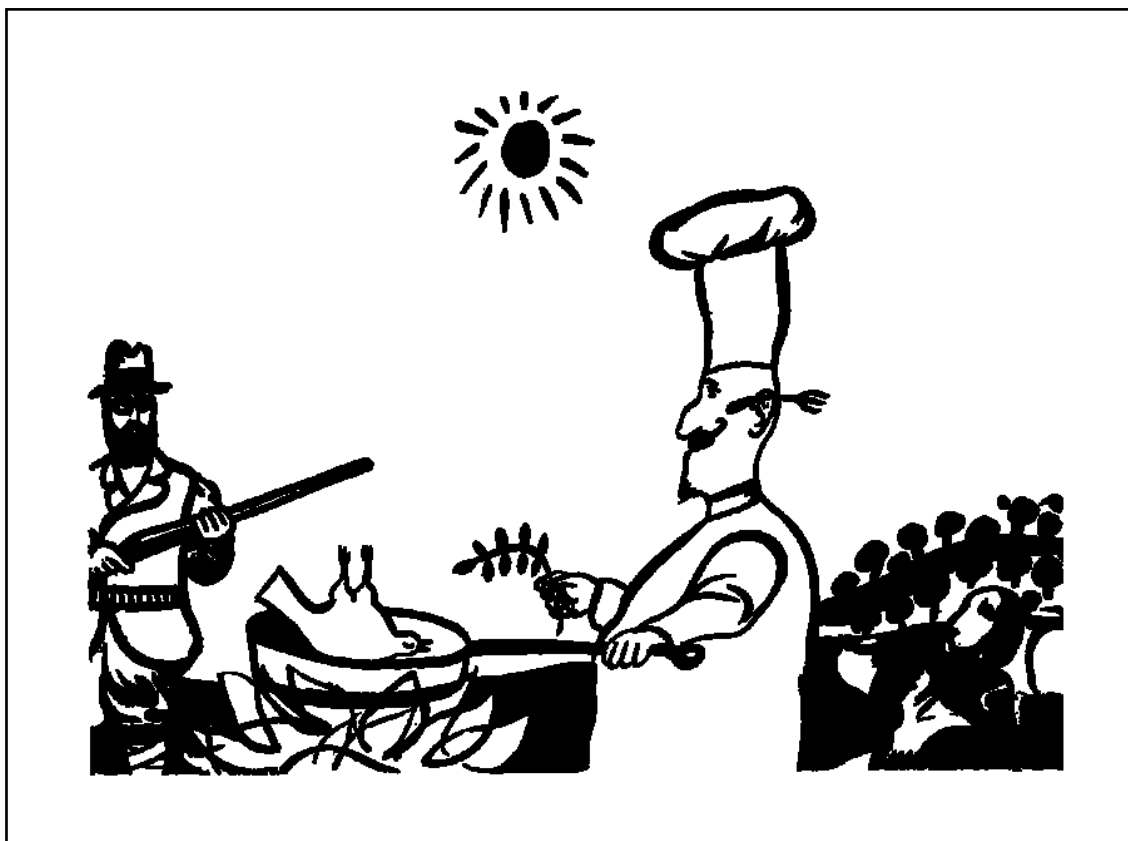








—Por favor, no repitas a cada cañonazo eso de que al que Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

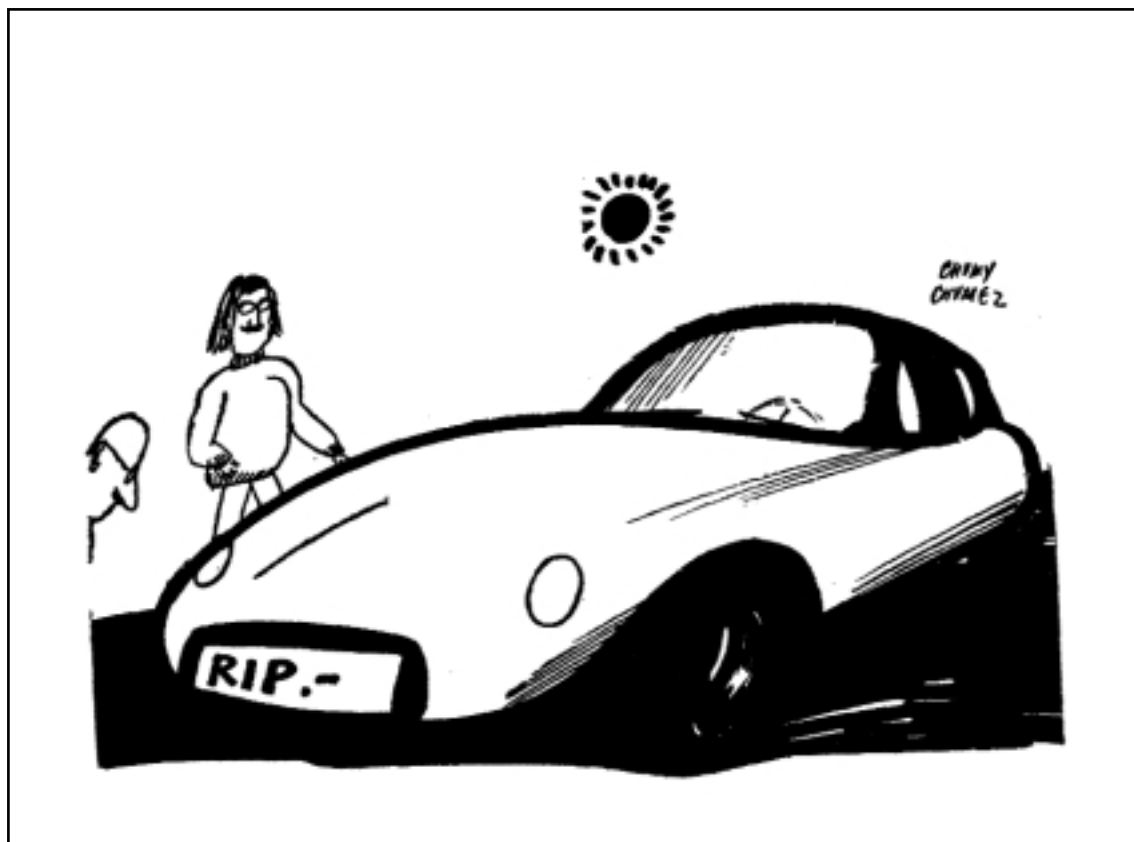


—¿Le añadido también al guiso la ramita de olivo que traía en el pico?

SOBRE RUEDAS



*CHIVAN
CHIVAN*



—No sé de dónde es; pero a mí esta matrícula me resulta conocida.

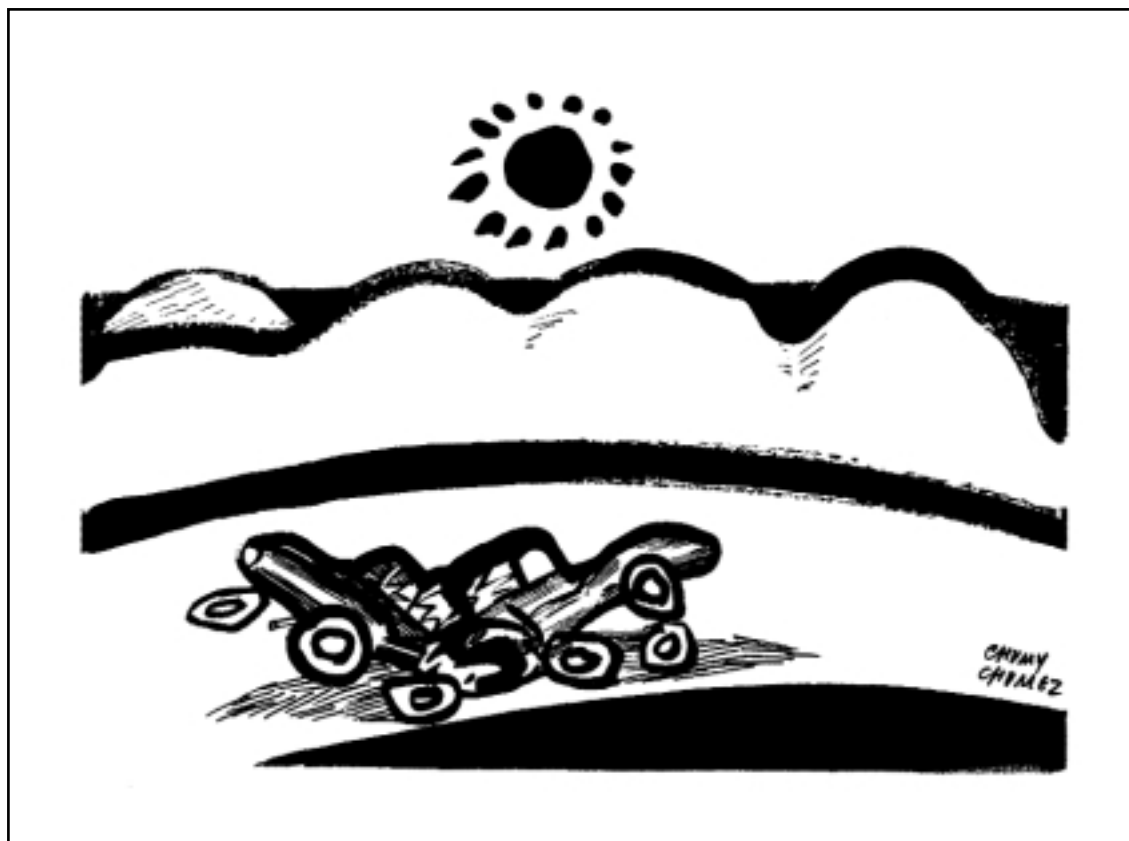


Debe de ser porque es el purgatorio.



—¡Bah! ¡Advenedizos que sólo hace unos meses
han dejado de andar a dos patas...!





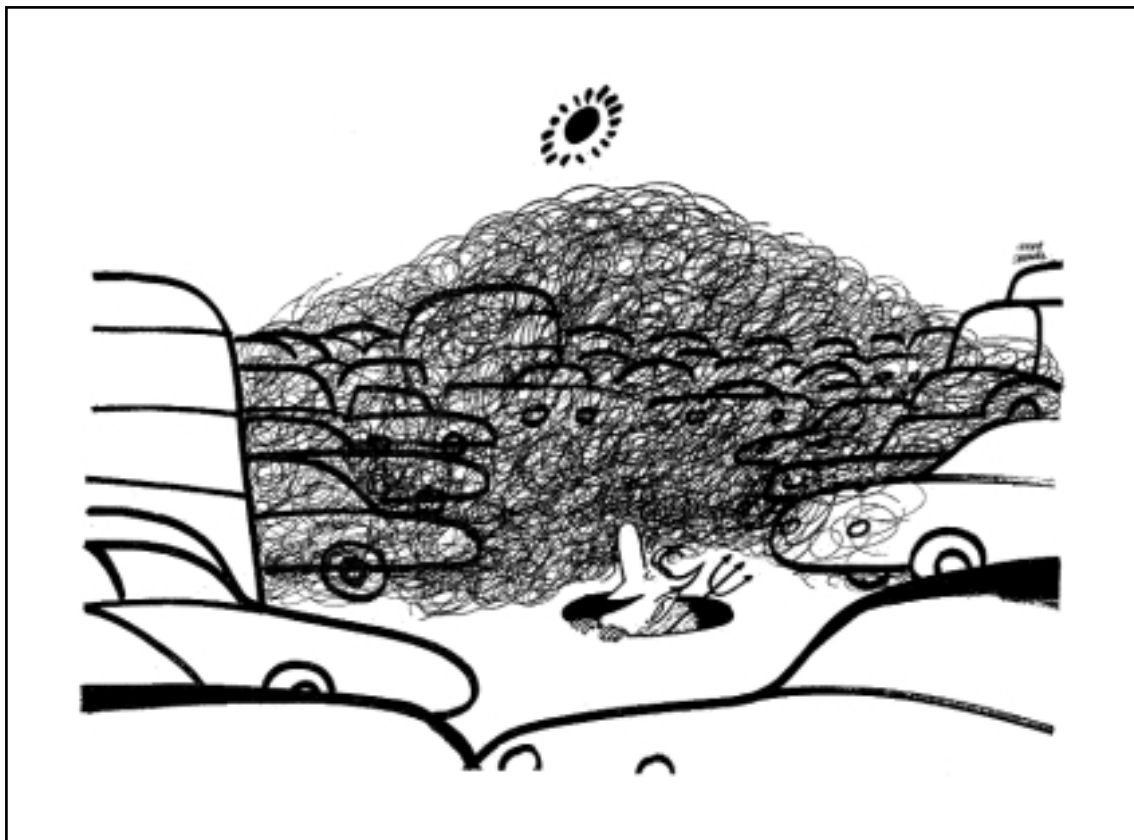
REFRANERO MODERNO

Dios los cría y ellos se juntan.



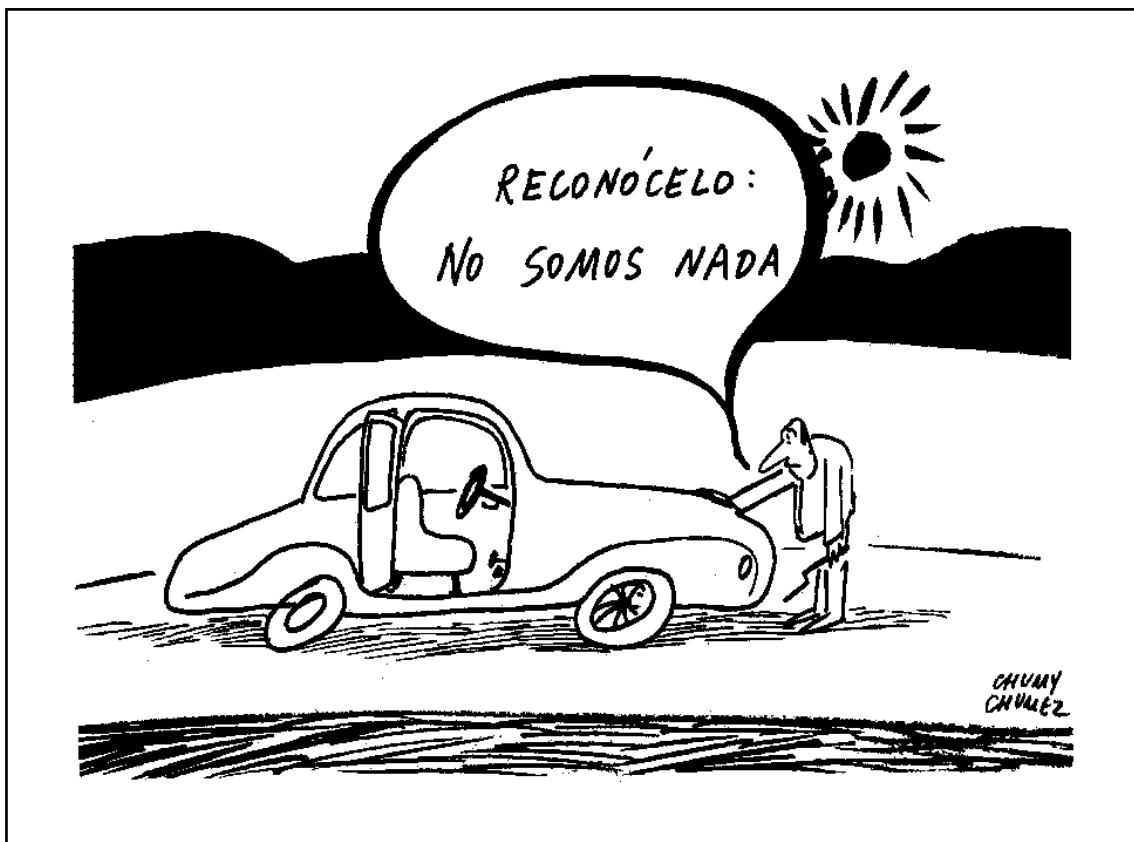
















ASUNTOS DEL MÁS ALLÁ



*OSWALDO
OSWALDO*



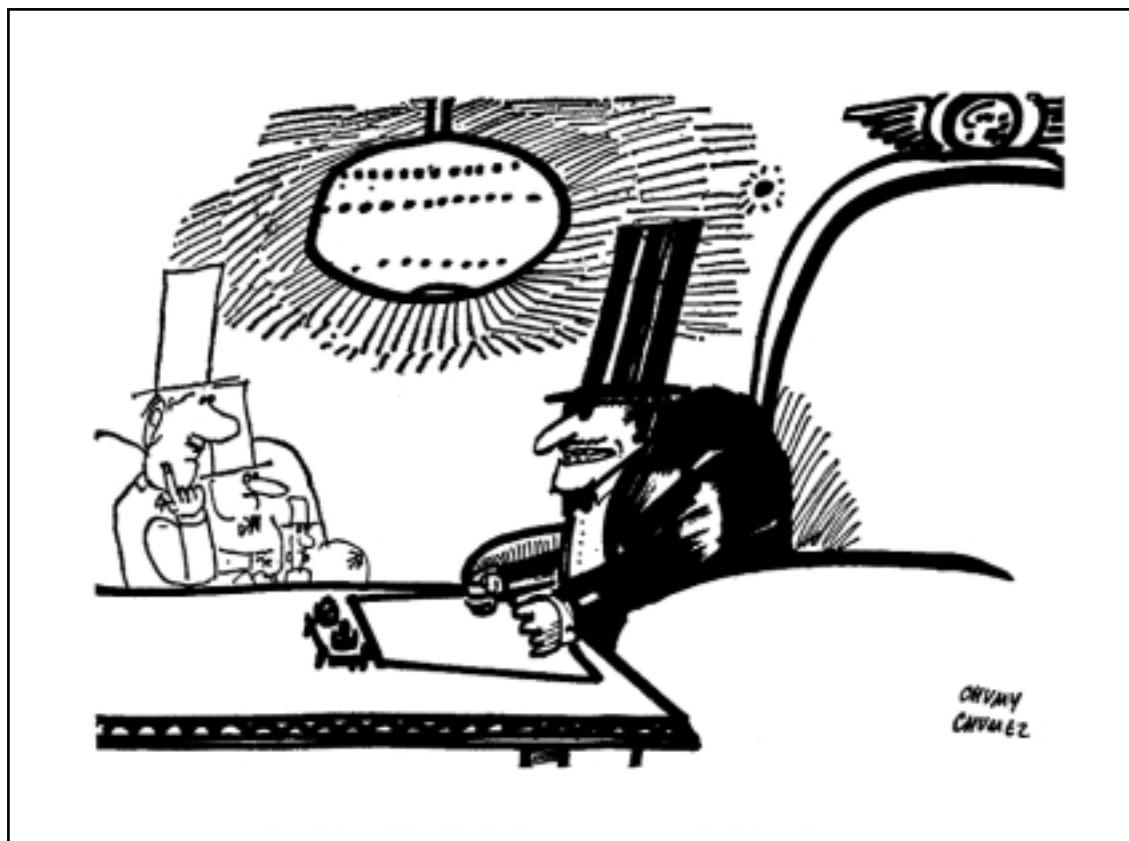
DÍA SIN ACCIDENTES

—Yo puedo ir con la cabeza bien alta. No tuve ningún accidente.
Sólo fue en una discusión con otro conductor.





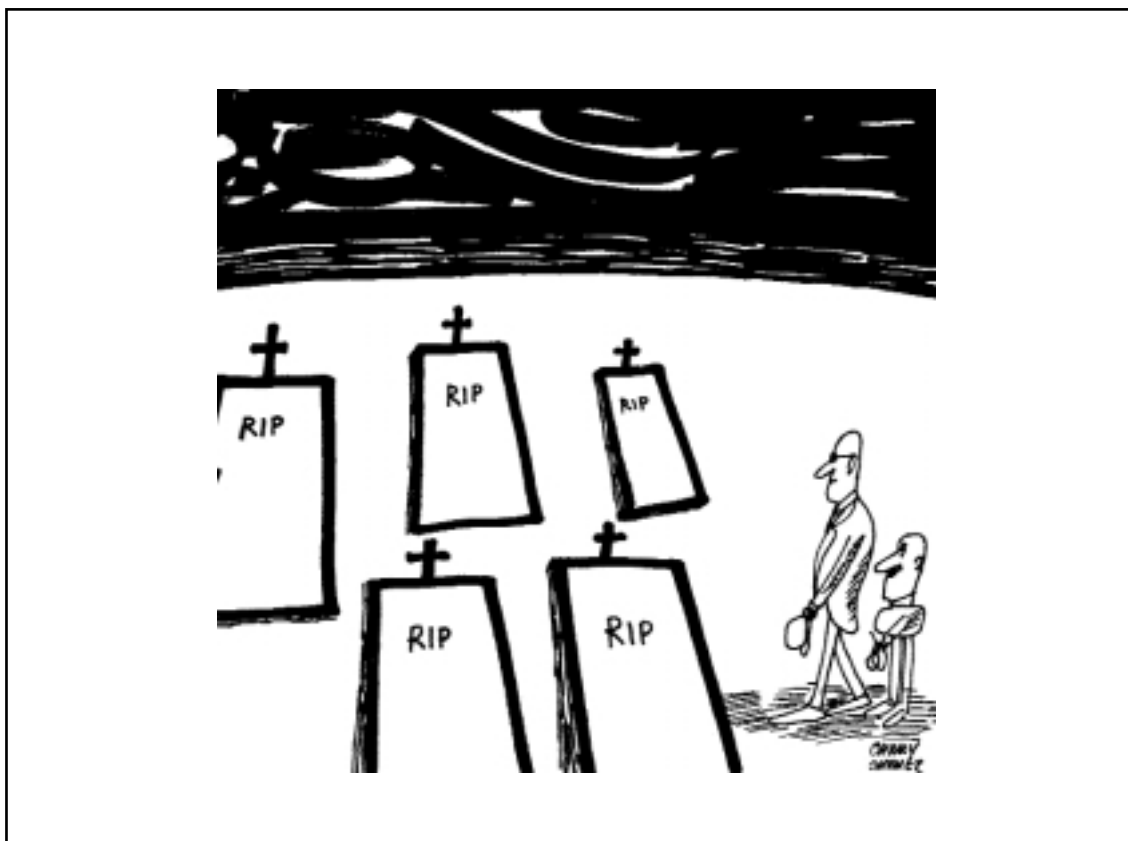




—¿Y por qué no se ocupa ese cierto clero joven de las diferencias sociales que hay entre los querubines y los arcángeles, pongo por ejemplo?







—Es curioso. Hay muchos más apellidos
RIPs que de todos los demás juntos.











—Me mandan para encargarles a ustedes una vasta y moderna campaña de publicidad.



—Pues no, señor. Te equivocas. Sigues alienado.



—Sí, señor. Yo soy la que se ocupa
de los que mueren de risa.







—No se preocupe, doña Benita, que por ahora no se tiene intención de poner «números clausus» en el cielo.



EXPOSICIÓN

ORGANIZA
Asociación de Periodistas Europeos

COLABORA
Fundación Diario Madrid

PATROCINA
Caja Duero

COMISARIO
Juan Oñate

IMPRESIÓN DE IMÁGENES
VyB editores

MONTAJE EN MADRID
Martínez Macarrón y Asociados

CATÁLOGO

EDITA
Asociación de Periodistas Europeos

COLABORA
Fundación Diario Madrid

PATROCINA
Caja Duero

COORDINA
Juan Oñate

DISEÑO Y PRODUCCIÓN EDITORIAL
VyB editores

IMPRESIÓN
EFCA

© de la edición: Asociación de Periodistas Europeos, 2008

© de los textos y las ilustraciones: sus autores

Nuestro agradecimiento al Istituto Europeo di Design

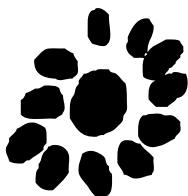
Este catálogo completa el volumen *De su propia cosecha*, publicado por la Asociación de Periodistas Europeos y la Fundación Diario Madrid dentro de una colección sobre el humor durante la dictadura española

Para más información, consulte las páginas web www.apeuropeos.org

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor

ISBN: ??????????????????

Depósito legal: xxxxxxxxxxxxxx



Este catálogo se publicó en Madrid
en el mes de marzo de 2008

